

LOS ERRORES DE AITANA

JENNY DEL

LOS ERRORES DE AITANA

JENNY DEL

LOS ERRORES DE AITANA

JENNY DEL

Primera edición.

Los errores de Aitana

©Jenny Del.

©mayo, 2024

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Los errores de Aitana

©Jenny Del.

©mayo, 2024

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

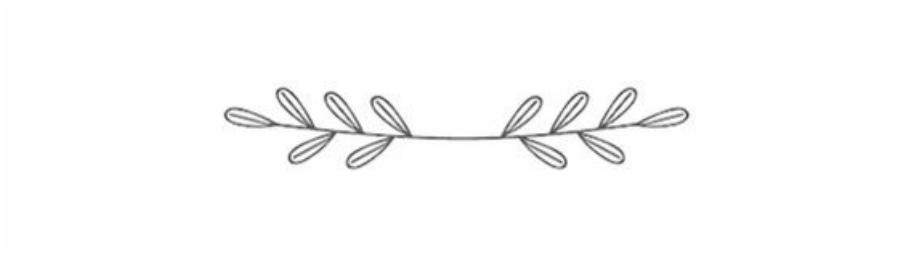
Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo

Capítulo 1



—Cris, hoy no sales, que lo sepas. Mañana tienes un examen y el final de curso está a la vuelta de la esquina—le comenté a mi hermana.

—Sí, claro, a la vuelta de la esquina. No te lo has creído ni tú, Aitana. Y salgo, claro que voy a salir—me desafió como era su costumbre.

—No, soy tu hermana mayor y te repito que de aquí no te vas. Lo que tienes que hacer, en vez de estar ahí tumbada a la bartola, es ir a tu dormitorio, recogerlo y, en cuanto lo hayas puesto en orden, sentarte a estudiar, que es tu única obligación.

—No me hables como si fueras mi madre porque no lo eres, ¿o es que ya se te ha olvidado? —me reprochó. Era el colmo.

—No, no se me ha olvidado porque tu madre es la misma que la mía. Y hace ya mucho que se fue, Cris.

—Porque ese tipo la engatusó, pero ella va a volver. Ya verás cómo vuelve…

—Cariño, eso ya lo hemos hablado. Nos las tenemos que valer por nosotras mismas. Pero que no es ninguna desgracia, ¿me oyes? Mientras yo tenga dos manos para trabajar a ti no te faltará un plato de comida en la mesa.

—Y dale con el dichoso plato de comida. Me dan ganas de ponerme en huelga de hambre para que te enteres de una vez que eso me importa una mier…

—¡Cris, esa boca!

—¿Es que estás chalada? ¿Tampoco se puede decir mierda en esta casa? Me voy a mi dormitorio sí, aunque no para nada de eso que dices. Estoy cansada, cansada de oírte… Me pondré los cascos para escuchar música y punto. Luego te quejas de ella cuando tú eres peor.

—¿Yo peor que mamá? —le pregunté indignada, triste y con un hastío total, porque manda narices lo que hay que aguantar a veces en la vida.

—Sí, tú mucho peor que ella, porque estás todo el día queriéndome dar lecciones. Ella me dejaba tranquila.

—Apártate de mi vista, te lo pido por favor. Es eso o no respondo.

—¿Me vas a dar una bofetada? —me retó poniéndose delante de mí.

—Joder, Cris, ¡para ya! No te he puesto una mano encima en mi vida y eso que más de una vez te hubieras merecido un guantazo, porque…

—Porque tú estás amargada, Aitana. A mí me da igual, ¿eh? Si con eso vas a cerrar el pico de una vez, desahógate —me provocó.

Señor, qué paciencia debía tener con ella. La situación era totalmente desesperante porque Cris no hacía ni el huevo y encima, a sus 17 años, le había dado por salir con un chico de 18, que hasta ahí todo normal, solo que con pinta de macarra cuando ella no tenía ningún recorrido.

A mí me iba a dar algo y más cuando a mis 25 me veía sin salida, solo dedicándome a trabajar a turno partido en unos grandes almacenes, hacer compra, preparar comida y leerle la cartilla a mi díscola hermana. Y todo para que encima me faltase al respeto y cada día sacase más los pies del plato.

Semejante infierno se veía venir, no fue cosa de la noche a la mañana. Veréis, a Cris la conocí cuando tenía siete añitos de edad, por tanto no nos habíamos criado juntas.

Yo había crecido en casa de mis abuelos Amador y Prudencia, a quienes sus nombres les venían al pelo, en un pueblecito de Málaga.

Ellos eran mis abuelos maternos y las personas que me dieron amor a manos llenas, a sabiendas de que de su hija iba a recibir bien poco. No en vano, mi madre me dejó definitivamente con ellos al poco de nacer y tan solo me hacía una visita al año con la intención de "cumplir" y, ya de paso, darles el sablazo a mis abuelos, que siempre se apiadaban cuando ella les decía estar sin blanca.

Mi abuelo Amador murió cuando yo tenía 15 añitos y me quedé como la única compañía de mi abuela. No esperaba entonces que mi madre apareciera para llevarme, sacándole además la parte de la herencia de su padre a esa mujer buena que no dudó en dársela. Y todo para que se la juerguease en tres días, que hace falta tener pelos en el corazón.

En fin, que me instalé con ella en su casa, en una pequeña ciudad de la costa levantina en la que llevaba años residiendo y donde ¡había tenido una nueva hija! Esa sí que fue una sorpresa para mí. Cristina, a la que siempre llamamos Cris, tenía entonces los siete añitos que he comentado y se convirtió en el centro de mi vida. En cuanto a mí, yo me convertí en su madre de la noche a la mañana, pues la nuestra no valía ni para estar escondida.

Al principio, me llevaban los demonios cuando subía hombres a casa, a horas intempestivas… Hombres de la más dudosa calaña con los que compartía vicios varios, porque esa mujer igual se pimplaba una botella de whisky que se metía dos rayas de coca y se quedaba tan pancha.

Cada relación le duraba el tiempo suficiente para buscarle repuesto al tarambana de turno. Ella, que se llama Carmen, se mantuvo un tiempo con el dinero que le sacó a mi abuela, hasta que se le terminó y entonces se volvió loca… Más todavía.

Un "amigo" suyo le presentó a otro que estaba allí de paso, un tipo de Barcelona con el que se largó cuando yo acababa de cumplir los 18 y Cris 10.

Desde entonces, no le habíamos vuelto a ver el pelo. Todo lo más nos hacía una llamadita al mes y punto, siempre con la promesa de llevarse a Cris con ella "cuando las cosas mejoren".

Un puñado de años después, era obvio que las cosas de ese desastre con patas ni habían mejorado ni lo harían en la vida. Yo lo tenía muy claro. Por desgracia, mi hermana no había superado el trauma del abandono y vivía con la fantasía de que nuestra madre era buena mujer y que solo trataba de poder ofrecerle una vida mejor, que un día aparecería y que todo sería de color de rosa. Cuando lo cierto era que allí la única que dio el callo, y desde el primer día, fui yo.

Al principio, me llevaban los demonios cuando subía hombres a casa, a horas intempestivas… Hombres de la más dudosa calaña con los que compartía vicios varios, porque esa mujer igual se pimplaba una botella de whisky que se metía dos rayas de coca y se quedaba tan pancha.

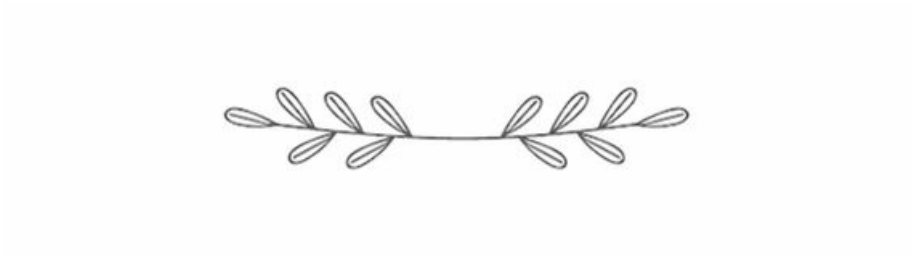
Cada relación le duraba el tiempo suficiente para buscarle repuesto al tarambana de turno. Ella, que se llama Carmen, se mantuvo un tiempo con el dinero que le sacó a mi abuela, hasta que se le terminó y entonces se volvió loca… Más todavía.

Un "amigo" suyo le presentó a otro que estaba allí de paso, un tipo de Barcelona con el que se largó cuando yo acababa de cumplir los 18 y Cris 10.

Desde entonces, no le habíamos vuelto a ver el pelo. Todo lo más nos hacía una llamadita al mes y punto, siempre con la promesa de llevarse a Cris con ella "cuando las cosas mejoren".

Un puñado de años después, era obvio que las cosas de ese desastre con patas ni habían mejorado ni lo harían en la vida. Yo lo tenía muy claro. Por desgracia, mi hermana no había superado el trauma del abandono y vivía con la fantasía de que nuestra madre era buena mujer y que solo trataba de poder ofrecerle una vida mejor, que un día aparecería y que todo sería de color de rosa. Cuando lo cierto era que allí la única que dio el callo, y desde el primer día, fui yo.

Capítulo 2



Entré en el turno de tarde hiperventilando. Cuando la dejaba así en casa, después de haber tenido una bronca, no me fiaba de lo que pudiera hacer a modo de venganza.

—Bonita, vienes colorada como una patata, ¿se puede saber qué te pasa? —me preguntó mi compañero Luis, que tenía todo el arte del mundo concentrado en su menudo cuerpo.

—Que he vuelto a discutir con mi hermana, Luisito, qué me va a pasar…

—Que no quiere estudiar, ¿no? Mira, yo de ti la metía de pinche de cocina en un chiringuito todo el verano. Y ya te digo yo que en septiembre cogía los libros y se los empapaba de pe a pa. Eso fue lo que hizo mi padre conmigo y mira donde he llegado—me indicó con gracia.

—Sí, sí, has llegado a ser un pringado mileurista como nosotras dos—le comentó nuestra amiga Reyes, quien solía decir que éramos tres desgraciados a tiempo completo.

Yo ya llevaba varios añitos en aquella cadena y sí, reconozco que me hubiese gustado poder ganar más pasta, perc nos apañábamos como podíamos.

No he hecho referencia todavía a que cuando mi madre me fue a buscar a casa de mis abuelos para que cuidase de Cris, pues no lo hizo para otra cosa, el padre de mi hermana también había fallecido. Y, por esa razón, ella cobraba una pensión de orfandad que yo administraba. Así que entre eso y mi sueldo, tirábamos para delante.

Yo vivía con la constante ilusión de poder sacar un euro extra de aquí o de allá para darle un capricho a la niña, aunque en el plan en el que se estaba poniendo no se merecía que le diera ni agua. Pero en fin, Cris era mi motor, la amaba con toda mi alma y, a pesar de que también se estaba convirtiendo en mi cruz, hubiese entregado mi vida por ella sin pensarlo.

—Pues ese no es ningún pringado mileurista, ya os lo digo yo—nos comentó Luis mientras se iba a atender a un hombre de unos 35, con una planta de infarto y que estaba mirando unos trajes de chaqueta de corte italiano que acababan de llegar y que estaban causando furor.

A Luis, que era gay, le faltó el tiempo para aconsejarle y Reyes se partía.

—No si verás, todavía se resbalará, porque a Luisillo se le cae la baba con él. Qué tío. Y mira que yo al otro no le veo pinta de gay, más que nada porque te está mirando.

—¿Qué dices, loca? Mírame bien, no sea que me haya dejado chocolate en la boca. Es que por culpa del disgusto que me ha dado la niña ni he comido, de manera que he cogido un bollo y me lo he zampado por el camino de dos bocados.

—Uno le sobraba a ese…

—¿Cómo? ¿En qué estás pensando?

—En que de un bocado te comía ese a ti, asquerosa. Qué suerte tienes, ¿tú te crees que te puedes comer todos los bollos que te dé la gana y tener un tipo que valías para modelo de la sección de ropa de baño?

—Sí, sí, para modelo… En eso estaba yo pensando, en que me va a cambiar la vida así de golpe…

—Un golpe te daré yo si no reconoces que el tío te está comiendo con la mirada. Si es que le va a dar tortícolis, yo me parto.

—Tú te vas a partir cuando veas la de género que tenemos por colocar. Vamos empezando ya, que encima esta noche cuando vuelva le quiero hacer una tortilla de patatas a Cris. Es su cena preferida…

—Muy mal, ¿eh? Tú no puedes seguir mimando a esa niña cuando te está jorobando la vida.

—Si lo sé, Reyes. Lo único es que procuro darle una de cal y otra de arena. A mí me da mucha lástima que piense que nuestra madre volverá un día. Le importamos un comino y lo sabes.

—Es que no quiera Dios que vuelva. Esa mujer es peor que la peste. Y no hablo de la de no lavarse, que esa tiene remedio con una buena pastilla de jabón, sino de esa que se llevó a un porrón de gente por delante en el año de los tiros.

—Ya te he entendido, Reyes… Ay, es que yo al menos me crie con mis abuelos, que me dieron unos años inolvidables. Ella, en cambio, no ha tenido esa suerte.

—¿Y nunca pensaste en llevársela también a su casa? Según dices que eran, la hubieran aceptado con los brazos abiertos.

—Mi abuelo murió antes de que yo me trasladase aquí, ¿no te acuerdas que te lo conté? Y mi abuela un par de años después. Ya en Málaga no me queda nada—entrecerré los ojos.

—Salvo un buen puñado de recuerdos, ¿no?

—Eso es, cariño, los mejores de mi vida.

—De eso nada, que tú tienes que decir lo que pone en las tazas esas pijas de que “lo mejor está por venir”.

—Ojalá, aunque la verdad es que se está resistiendo.

—La que se está resistiendo eres tú a salir. Luis y yo llevamos tiempo queriéndote sacar y es más difícil que ascender en este trabajo—rio.

—Si es que yo no doy abasto entre el curro, la casa y la niña…

—Paparruchas. Tú tienes que echarle combustible al cuerpo para poder seguir… Y ese no se consigue metida en casa con los rulos puestos, ¿me oyes?

—Cuidado, que yo no me pongo rulos, ¡tengo más glamur!

—Pues que se note, bonita, que se note…

—Salvo un buen puñado de recuerdos, ¿no?

—Eso es, cariño, los mejores de mi vida.

—De eso nada, que tú tienes que decir lo que pone en las tazas esas pijas de que “lo mejor está por venir”.

—Ojalá, aunque la verdad es que se está resistiendo.

—La que se está resistiendo eres tú a salir. Luis y yo llevamos tiempo queriéndote sacar y es más difícil que ascender en este trabajo—rio.

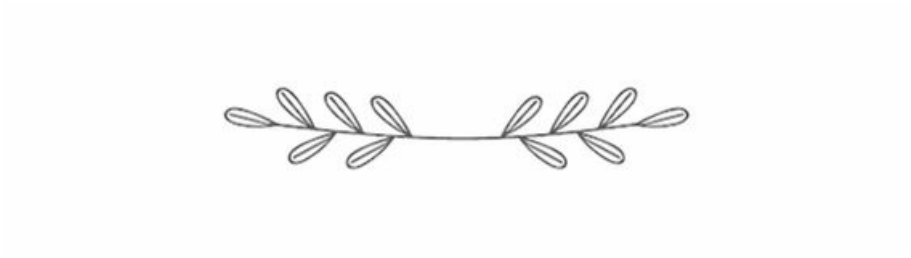
—Si es que yo no doy abasto entre el curro, la casa y la niña…

—Paparruchas. Tú tienes que echarle combustible al cuerpo para poder seguir… Y ese no se consigue metida en casa con los rulos puestos, ¿me oyes?

—Cuidado, que yo no me pongo rulos, ¡tengo más glamur!

—Pues que se note, bonita, que se note…

Capítulo 3



Al día siguiente yo no sabía qué me pasaba. Estaba sacándole una camisa a un chico para su graduación cuando u correr de tripas me llevó derechita al baño.

—Ay, bonita, que se te ha quedado una cara que ni en una peli de zombis, ¿qué has visto en el baño? ¿Es que te has cruzado con Benito? Mujer, que no se sabe de qué especie es, pero que morder no muerde. Que yo sepa…

Reyes siempre con el cachondeo. Benito era nuestro jefe, que se caracterizaba por ser un HP y no me refiero precisamente a la marca de productos tecnológicos, ya me entendéis… Para colmo, no es que fuese feo, sino incómodo de ver, y con lo mal que caía como que se prestaba a chistecitos varios.

—No, cariño, es que igual me ha caído algo mal… La tortilla de patatas de anoche supongo.

—¿Estarían los huevos mal?

—Allí lo que estaba mal era la leche de mi hermana, de manera que volvimos a discutir. Y tú sabes que a mí enseguida me afecta al estómago.

—Joder con tu hermana, Aitana, que te va a matar a disgustos, ¿tú quieres que yo vaya a hablar con ella? Y, si hace falta, me remango y le doy un sopapo en el culo—me sonrió.

—Lo que me faltaba por escuchar. Mira, si me cubres un rato, ya me has hecho un gran favor. Yo necesito ir al baño en mi casa y después darme una duchita rápida, en tres cuartos de hora estoy de vuelta, ¿crees que podrás? No quiero darle explicaciones a Benito, que está al loro de todo.

—Mejor no o se agravará lo que tengas. Venga, ve corriendo. No creo que nos vayan a dejar aquí un autobús de guiris justo ahora. Y si vienen, esos no se llevan trajes ni camisas, sino chanclas y calcetines largos. Yo es que me troncho.

Era lo mejor de mi amiga, que se reía por todo. Claro que ella vivía independiente y estaba disfrutando a tope de la vida, no como yo, que adoraba a Cris, lo cual no evitaba que tuviese tremenda cruz encima con ella.

Llegué a casa a la carrera. Estaba ubicada a un ratito caminando de mi trabajo y yo solía hacer el trayecto a pie. L digo como si tuviese un cochazo en la puerta cuando no tenía ni carné de conducir. En fin, que en casa el único vehículo que había era un patinete que yo seguía pagando a plazos y que le puse a Cris por Papá Noel, gracias a mi descuento de empleada en los grandes almacenes, porque hay que ver lo que se cotizan los cacharros esos.

La sangre se me pudrió al escuchar música en el interior. Se suponía que mi hermana debía estar en el instituto. Ella, que ya había perdido el curso anterior, hacía primero de Bachillerato de nuevo, aunque de seguir así, de ahí no pasaba.

Si había llegado a sacarse la ESO no fue por su esfuerzo, sino porque de tonta no tenía un pelo, y con leerse el temario le bastaba. Pero ya ni eso. Era la ley del mínimo esfuerzo… conmigo acababa.
n

Puse la oreja y sonaba Myke Towers, uno de sus cantantes preferidos. Aunque no era de las últimas ni mucho menos, desde que salía con Jairo, con el prenda del chico que ya os dije, le había dado por poner a todas las horas la cancioncita esa de “La pareja del año”. Y yo cada vez que la escuchaba es que me daban ganas de potar, si bien en ese momento lo que necesitaba era desatascar mis cañerías.

Entré en casa como una exhalación y me la encontré bailando en el salón mientras cantaba a pleno pulmón. Os prometo que le hubiera dado una torta a mano abierta, pero como yo no soy así conté hasta diez mientras entré a desahogarme en el baño. Y no solo por lo de mi diarrea.

Salí ya duchada de nuevo. Tenía que volver volando al trabajo. Y ella es que no se inmutaba.

—¿Y tienes la cara de seguir bailando y cantando como si nada? —le pregunté indignadísima.

—¿Y qué quieres que le haga? ¿Has venido a vigilarme? ¿O es que te estabas yendo por la patilla?

—Lo segundo, ¿y sabes por qué?

—Porque habrás comido alguna mierda, a mí qué me preguntas.

—No, que yo como muy sano…

—Otro pildorazo más, tú dale.

—Mira, Cris, ¿te crees que me chupo el dedo? ¡¡Que estás haciendo pellas!!

—Ah, no… Es que el muermo de Lengua no ha venido hoy. Y como teníamos dos horas seguidas con él, para estar en el insti haciendo el tonto me he venido a casa…

—Claro que sí, primero que no me lo creo. Y segundo que aquí no estás haciendo el tonto, sino el vago y el

ocarajote… Perdiendo el tiempo. Y luego querrás pasar un buen verano.

—Es que el veranito es para descansar, Aitana, que lo dicen todos los psicólogos. Los jóvenes necesitamos cargar pilas, reunirnos con nuestros amigos, irnos a la playita…

—Claro y yo no necesito más que trabajar como una mula para que a ti no te falte de nada.

—Tú tranquila, que ya estoy harta de que me lo eches en cara, ¿te enteras? A mí no me compres nada más que a partir de ahora me encargaré yo de mis caprichos.

—¿Con qué dinero? ¿Es que por fin vas a cuidar al niño de Pili?

—Pues lo mismo, sí. Y ahora, déjame, que viene la parte de la canción que más me gusta.

Pili era una antigua vecina que se había mudado a otro barrio más pijo al casarse con su novio, después de que los dos se hubiesen sacado unas oposiciones. Enseguida tuvo un niño y me llamó por si mi hermana se podía hacer cargo de él unas horas por las tardes, porque nos tenía cariño y por echarnos una mano. A Cris la idea no le sedujo en absoluto, porque no era de dar palo al agua, pero al menos parecía habérselo pensado mejor.

carajote… Perdiendo el tiempo. Y luego querrás pasar un buen verano.

—Es que el veranito es para descansar, Aitana, que lo dicen todos los psicólogos. Los jóvenes necesitamos cargar pilas, reunirnos con nuestros amigos, irnos a la playita…

—Claro y yo no necesito más que trabajar como una mula para que a ti no te falte de nada.

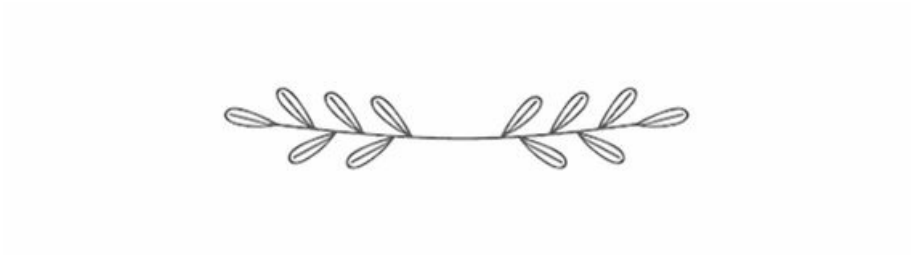
—Tú tranquila, que ya estoy harta de que me lo eches en cara, ¿te enteras? A mí no me compres nada más que a partir de ahora me encargaré yo de mis caprichos.

—¿Con qué dinero? ¿Es que por fin vas a cuidar al niño de Pili?

—Pues lo mismo, sí. Y ahora, déjame, que viene la parte de la canción que más me gusta.

Pili era una antigua vecina que se había mudado a otro barrio más pijo al casarse con su novio, después de que los dos se hubiesen sacado unas oposiciones. Enseguida tuvo un niño y me llamó por si mi hermana se podía hacer cargo de él unas horas por las tardes, porque nos tenía cariño y por echarnos una mano. A Cris la idea no le sedujo en absoluto, porque no era de dar palo al agua, pero al menos parecía habérselo pensado mejor.

Capítulo 4



Al mediodía volví echando fuego por la boca, ¿no iba a tener la tripa suelta? Me pasé por el instituto a ver si era verdad que "el muermo de Lengua", como mi hermana llamaba a Juan, el profesor de esa asignatura, había faltado o no. Y claro, como era de esperar, me lo encontré saliendo tranquilamente.

—Hola, Aitana, ¿está bien tu hermana Cris? —me preguntó el hombre, que era muy bueno.

—Sí, Juan. Está demasiado bien. Me dijo que no habías venido hoy a clase… Qué fuerte.

—¿Yo? Con lo que me gusta estar con los chavales debería tener la cabeza debajo del brazo para no venir. Es ella la que no ha aparecido y ayer tampoco. Justo te lo acabo de poner en la aplicación.

—Madre mía, qué poquísima vergüenza tiene esta niña. Es que sabe que, entre unas cosas y otras, a veces se me olvida mirarla. Estoy sobrepasada, Juan…

—Dale tiempo, pero un poco de mano dura también o Cris te cogerá…

—El pan debajo del sobaco, ese ya me lo ha cogido. Menos mal que hoy me ha dicho que se va a poner a trabajar —suspiré.

—¿Y dejar los estudios? No, mujer, si con un poco de empeño que le ponga. Sabes que es…

—Muy lista, ya lo sé. Y muy cuca también. Me está vacilando. No, lo del curro es de niñera algunas horitas por la tarde, tú tranqui, que el instituto no lo deja. Por encima de mi cadáver lo deja, vaya.

Me fui para casa como un basilisco. Entré y estaba nuevamente con el reguetón y en videollamada con Jairo, que se pasaban las horas muertas charlando.

Sin más, le quité el móvil y apagué la llamada. Ella no estaba acostumbrada a verme así y me escuchó.

—Pero ¿tú quién te crees que eres para cortarme la llamada? ¡¡Que estoy hablando con Jairo!! —me chilló tirando

del móvil.

—Ya lo sé, ya. Y precisamente por eso te la he cortado, porque estoy hasta las mismas narices de que andes con ese chico, que vas de mal en peor desde que estás con él.

—¿A ti te falta un tornillo? Jairo es un tío de puta madre. A ti lo que te da es coraje de que esté genial con él, como eres una amargada que no sale con nadie…

Tuve que contener la rabia que sentí, porque sus provocaciones iban a más y no quería verme como en los episodios esos de "Hermano Mayor" en los que se llegan a vivir situaciones surrealistas y más que bochornosas con ciertos jóvenes problemáticos.

—Si no salgo con nadie igual es porque no me queda tiempo después de todo lo que llevo encima, ¿te enteras? Porque tengo 25 años y muchas ganas de vivir, aunque algunas veces se me quiten al ver el plan.

—¿Qué plan? Si estaríamos genial con tal de que quitases esa cara de perro que llevas siempre, que estás muy amargada.

—Igual te deberías preguntar por qué. Vengo de hablar con Juan. Se ve que se ha obrado un milagro, porque el hombre se ha puesto bueno de repente y allí estaba dándole clases a tus compañeros.

—¿Has ido a ver al muermo? Eso es jodido espionaje, ¿ves cuál es el problema? No confías en mí y por eso hago las cosas que hago.

—No puedes tener menos vergüenza, no sé a quién te pareces. Cris te estás pasando de la raya, te lo advierto.

—Dilo, te falta el canto de un duro para decirme que me parezco a mamá, ¿es o no es?

—Yo no he dicho eso—me excusé de inmediato. No quería meterme en terreno pantanoso y menos estando tan exaltada como estaba en ese momento.

—Pero lo has pensado, ahora no te hagas la tonta. Lo sé muy bien, te lo veo en los ojos… Me tienes ese coraje porque te recuerdo a ella.

—Tú no te pareces a mamá ni en el blanco de los ojos. Solo estás pasando un mal momento, solo eso. No la metas en esto, no quieras desviar mi atención.

—No, no, tú has empezado y ahora yo quiero seguir. Te crees mejor que ella, ¿verdad? Claro, porque tú no te equivocas. Aitana, el jodido problema es que tú te crees perfecta cuando la verdad es que no haces nada bien. Si lo hicieras, yo no me sentiría así como me siento y…

Cielo santo, ya se estaba victimizando. Se las sabía todas. Se lo había estudiado a conciencia para salirse siempre con la suya, ganarme con la pena y quedar impune.

—No, esta vez no voy a caer en tu trampa. A partir de mañana ni una sola falta al instituto, ¿me estás oyendo? He quedado con Juan en que miraré todos los días la aplicación y en que ellos anotarán cualquier incidencia.

—Puta conspiración se llama eso. Iré si puedo, si no me encuentro bien, no me puedes obligar.

—Irás, sí. Y otra cosa, me lo he estado pensando. Llama a Pili y sí, igual lo has dicho por decir, pero cuidarás de su niño unas horitas por las tardes. Si te organizas bien, tendrás tiempo para todo.

—Ya, ahora organízame tú la vida, como si supieras lo que es vivir…

—Me dan igual tus ataques. Piensa lo que te dé la gana, me es indiferente por completo. Irás a clase, harás de canguro y comenzarás a mostrarme respeto.

—Claro que sí. Y ya también, si te parece, me meto una escoba en el culo y voy barriendo mientras bailo.

—O mejor todavía, baila menos y barre más, que estoy harta de decirte que la casa estaría como una pocilga si no fuera porque cuando vengo del trabajo me remango y…

—Tú sigue, que luego la mártir soy yo—me dijo mirándose la manicura, porque ella se la hacía cada dos semanas en el chino del barrio. A la señorita que no le faltase un detalle, que ya estaba yo para pagárselo.

ȝ

ɔ

Cielo santo, ya se estaba victimizando. Se las sabía todas. Se lo había estudiado a conciencia para salirse siempre con la suya, ganarme con la pena y quedar impune.

—No, esta vez no voy a caer en tu trampa. A partir de mañana ni una sola falta al instituto, ¿me estás oyendo? He quedado con Juan en que miraré todos los días la aplicación y en que ellos anotarán cualquier incidencia.

—Puta conspiración se llama eso. Iré si puedo, si no me encuentro bien, no me puedes obligar.

—Irás, sí. Y otra cosa, me lo he estado pensando. Llama a Pili y sí, igual lo has dicho por decir, pero cuidarás de su niño unas horitas por las tardes. Si te organizas bien, tendrás tiempo para todo.

—Ya, ahora organízame tú la vida, como si supieras lo que es vivir…

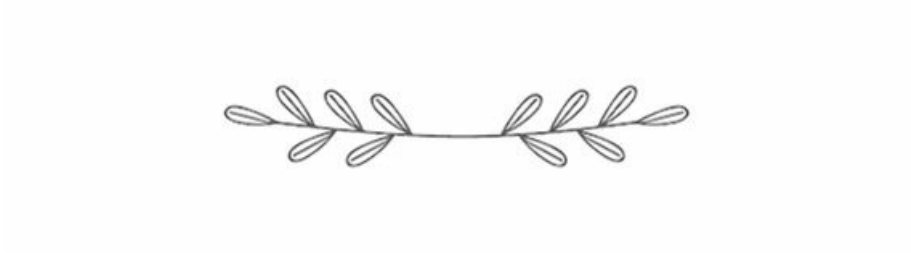
—Me dan igual tus ataques. Piensa lo que te dé la gana, me es indiferente por completo. Irás a clase, harás de canguro y comenzarás a mostrarme respeto.

—Claro que sí. Y ya también, si te parece, me meto una escoba en el culo y voy barriendo mientras bailo.

—O mejor todavía, baila menos y barre más, que estoy harta de decirte que la casa estaría como una pocilga si no fuera porque cuando vengo del trabajo me remango y…

—Tú sigue, que luego la mártir soy yo—me dijo mirándose la manicura, porque ella se la hacía cada dos semanas en el chino del barrio. A la señorita que no le faltase un detalle, que ya estaba yo para pagárselo.

Capítulo 5



Cris sabía muy bien cuándo el vaso estaba a punto de rebosar. Y en esa ocasión me vio más que dispuesta a tomar cartas en el asunto.

—Oye, llevas unos días más tranquila—me comentó Reyes una semanita después.

—Sí, niña. Verás, tampoco es que sea para tirar cohetes, pero al menos Cris recoge la mesa, su dormitorio… Está yendo a clase y trabaja de canguro por las tardes.

—¿Y me lo sueltas sin anestesia? Hoy Luis, tú y yo nos tomamos algo a la salida para celebrarlo.

—Hoy es que no voy a poder. He dejado guisado un pollo y necesito echarle el arroz para el almuerzo.

—Pues que se aparte tu hermana lo que quiera y le eche el arroz ella, que es muy lista para lo que quiere…

—¿Dejarla comer sola? No me parece bien…

—Eres más tonta que hecha de encargo, te lo digo muy en serio.

—No me des más caña, que estoy muy harta de todo. Lo hago lo mejor que puedo y lo sabes…

—Lo sé, cariño, tú tranquila. Solo quiero que vivas un poco. Ponle un mensaje a Cris. También se pondrá content de que hagas más cosas. Si ella afloja, tú también…

—Es verdad, tienes razón. Se lo diré.

Me hacía ilusión ese tapeo con los chicos. Con ellos me lo pasaba fenomenal y casi nunca tenía ocasión de echar ese ratito, al menos en los últimos meses en los que todo se complicó mucho.

Al mediodía, estaba sentada en la mesa relajadamente con esa cervecita por delante.

—Tenemos que pedir las croquetas de chocos en su tinta, que están exquisitas—propuso Reyes.

—Sí, pero luego a cepillarse todo cristo los dientes, que nos sale un ligue y los tenemos negros, y yo es que me caigo muerto—improvisó Luis, como si se cayera de espaldas.

—Sobre todo si te aparece un tipo como aquel, el que te gustó, ¿te acuerdas? El que se llevó el traje italiano y tú decías que provocó tus sueños húmedos.

—Ah, sí, Luca se llamaba, que lo vi yo en la tarjeta al pagar. Qué tío… Lo malo es que solo miraba a esta, hay que ser guarra—me tiró con una servilleta.

—¿Y tendré yo la culpa de que me echase el ojo? Además, que esas son cosas vuestras, yo no noté nada.

—¿No notaste nada? Definitivamente debes estar muerta, porque a mí me mira un buenorro así y me entra tal calor que me culpan del jodido cambio climático, te lo digo…

Mientras le escuchaba, su voz se me fue como difuminando porque vi algo en la esquina que llamó mi atención. Llegó una motocicleta con una parejita, la cual se bajó. El chico se acercó a un tío que le esperaba y hubo un intercambio. Él le puso algo en la mano y el otro le dio dinero. Después, le dio una palmada en el culo a la chica y ambos se subieron, marchándose.

—Oye, tú, que no te hemos dicho nada para que no nos dirijas la palabra, ¿se puede saber qué te ha pasado? —me preguntó Luis.

—Esperad un momento…

Sin más, me levanté y me fui hacia el tipo, corriendo y prácticamente asaltándolo.

—Oye, tú, ¿qué mierda es eso que llevas? —le pregunté de mala manera y se quedó parado en seco, estando como estaba de espaldas a mí.

—Joder, que solo es para consumo propio. Yo no trapicheo, me lo han pasado unos chavales—me confesó dándose la vuelta y quedándose a cuadros al verme con mi uniforme de los grandes almacenes.

—¿Qué chavales? ¿De qué los conoces? Pásame el teléfono.

—Y una mierda, que está la cosa con la protección de datos que se le cae a uno el pelo. Si quieres hierba, te buscas la vida como hacemos todos. ¿Tú estás pirada, tía? Creí que eras una poli. Yo no quiero jaleos, me he cagado… Pírate ya de aquí, ¡largo! —me chilló.

De ese alcornoque no sacaría nada, pero yo había visto con mis propios ojos que la chica era Cris… Estaban a

cierta distancia, pero reconocí los pantalones encerados negros que le acababa de comprar el mes pasado, aparte de que su figura a mí no se me despintaba. Joder, ¡que era mi hermana!

Ni croquetas ni nada… Se las dejé allí plantadas a los chicos y corrí para casa como alma que lleva el diablo. Cuando llegué, ya ella estaba allí, echando el arroz al pollo como si tal cosa. Y perreando, de paso.

—Os he visto—le dije por todo saludo, con las manos temblándome de los nervios.

—¿Qué dices, Aitana? ¿Tú te has tomado la medicación? —me preguntó burlona, pues yo no tomaba nada y menos para los nervios, aunque a ese paso sí que lo necesitaría.

—Que he visto al delincuente ese de tu novio vendiéndole hierba al otro tío. Es más, me lo ha reconocido.

—Dios mío, estás muy loca, pero que muy loca… ¿De qué me estás hablando?

—Que el otro tío no os ha querido delatar, pero que llevaba hierba…

—Pues la habrá cogido de un parque, tendrá complejo de vaca, ¿a mí qué me cuentas? —se echó a reír.

—¿Dónde están tus pantalones?

—¿De qué pantalones me hablas? Tú estás muy loca, ¿eh? A ti no hay quien te entienda… Si hago las cosas como no te gustan, se lía… Y ahora que lo estoy haciendo todo del carajo, me la lías más.

—Cris, esa boca, que no son maneras de hablarme.

—Ya, pero tú sí que puedes venir acusando a mi novio de hacer no sé qué disparate y te quedas tan campante. Esc sí, porque eres la hermana mayor o la fantasiosa mayor diría yo. Jairo no hace nada de eso, tú no lo conoces…

—No, pero eso es de momento, porque estoy muy dispuesta a echármelo a la cara y a partírsela si es necesario. Ese no te va a arruinar la vida, por la memoria de los abuelos que no lo hará.

—Ese es el problema, que tú vives anclada en el pasado… Mira al futuro, diviértete, abandona las teorías conspiranoicas y disfruta, ¿echo más arroz y almorzamos juntas? Aprovecha, que no te pienso cocinar todos los días.

La conocía muy bien. Estaba aflojando y, si yo no me hubiese equivocado, nunca lo habría hecho. Los gritos se habrían escuchado hasta dónde…

—A mí se me han quitado las ganas de comer, Cris.

—Encima, encima de que he pasado de eso tan idiota que acabas de decir, ¿quién eres tú para partirle la cara a nadie? Y mucho menos a Jairo, que es un tío…

—Un tío con más cara que espalda es. Un niñato, un delincuente, un desgraciado, un perdedor, un nini y….

—No, si al final te asfixiarás. Te vas a tener que tragar tus palabras una a una, ¿lo quieres ver?

—No, lo único que quiero ver son tus pantalones.

Por una vez, el que mi hermana fuese tan desastrosa jugaría a mi favor. Siempre que se quitaba algo de ropa, la dejaba durante horas encima de la cama, y aunque en aquellos días mantenía el dormitorio algo más arreglado, en eso no me equivoqué.

—¡¡Toma ya!! Aquí está la prueba—le comenté llevándolos para la cocina.

—Te juro, es que te juro que tú no estás buena de la cabeza, ¿qué perra te ha entrado con esos pantalones? —se hizo la tonta.

—Que los llevaba la chica de la moto, ¡¡que eras tú, Cris!! ¡¡Que has ido a trapichear con el nini!!

—¡¡Que se llama Jairo!!

—Luego reconoces que trapichea…

—¿Qué dices? ¡¡Claro que no!! Jairo no haría una cosa así, ¿me oyes? Y si la hiciera no me metería a mí.

—Ojalá hubiera algo de verdad en tus palabras, Cris. El problema es que te has convertido en una mentirosa patológica y ya no te creo nada.

—Ese, como bien dices, es tu problema. A mí no me taladres más los oídos, que me los vas a perforar—me dijo y siguió cantando y meneándose a ritmo de reguetón.

No pude más. Perdí los nervios y, para no hacerle nada a ella, tomé ese móvil suyo del que salía la música y lo estampé contra la pared.

—¿¿¿Qué has hecho??? ¡¡¡Mi móvil!!! —se agachó a cogerlo con los ojos llenos de lágrimas, pues pocas pérdidas tan profundas para un adolescente como la de su móvil.

—Obligarte a que me escuches, ¡¡eso es lo que hay!! —le chillé.

—¿Y crees que lo vas a conseguir así? ¡¡Estás loca!! —me gritó.

—Estoy loca porque así me estás volviendo, Cris. Yo no puedo más…

—Pero si ahora estoy haciendo las cosas como tú quieres—se echó a llorar sin consuelo.

—Eso creía yo, hasta que he visto lo que he visto…

—Lo que crees haber visto, ¿qué pruebas tienes de nada de eso? ¿Les has visto la cara a esos chavales acaso? ¿Puedes decir que éramos nosotros? ¿Seguro? ¿O tu jodida mente de hermana mayor tocapelotas nos ha inculpado por las buenas?

—Llevabais puesto el casco, pero la chica tenía tus pantalones y casualmente tú hoy también te los has puesto.

—Pantalones como esos hay patadas, ¡joder! Y encima resulta que yo, que tampoco tengo tanta ropa, me los pongo cada dos por tres. Esta vez has ido demasiado lejos. Si es lo que yo le digo a Jairo, que ya da igual lo que haga, que estudie, que trabaje o que me haga piloto. Tú has perdido la confianza en mí y no la recuperarás, ¡¡mierda ya!! —le dio una patada al cubo de la basura con las chanclas puestas y se dolió de un dedo.

Me conmovió. Cabía la posibilidad de que me hubiese equivocado. Me fui hacia el suelo y cogí su móvil. Lo había tirado con ganas y le partí la pantalla. Ella se acercó, me lo quitó de las manos, y se enjugó las lágrimas.

—Lo siento, Cris, yo estaba segura de que…

—Da igual, Aitana. Mi vida es una mierda y lo único bueno que tengo es Jairo. Y encima me lo quieres quitar. Es que si ya me quedo también sin él, no sé para qué quiero vivir—lloró con amargura.

Nunca le había escuchado decir nada así. El corazón parecía tenerlo en un puño y el mío comenzó a columpiarse en el interior de mi pecho, de lo mucho que palpitaba.

—Cariño, no digas eso. Puede que me haya equivocado… Cabe esa posibilidad. Respecto a lo del móvil, yo me encargo de cambiarle la pantalla. En mis grandes almacenes me lo harán rapidito y costará menos que comprar uno nuevo—la consolé.

—Tú no tienes dinero para encargarte ahora también de eso. Cuando cobre donde Pili se la cambiaré yo—me dijo tratando de borrar las lágrimas de su cara.

—No, déjalo de mi mano, mañana mismo lo tendrás de vuelta. Lo siento, pequeña, es que creí veros, estaba lejos…

—Jairo no es una mala influencia para mí como tú crees, Aitana.

—Va, va, de veras que para mí erais vosotros. Se trataba de una motocicleta negra…

—Jairo no tiene moto ni tiene nada, si él va con su perro a todas partes.

—Eso no me lo habías contado….

—¿Es que acaso te ha importado alguna vez algo de él? —suspiró.

—Anda, echa un poco más de arroz y almorzamos las dos mientras me lo cuentas, va…

—Tarde, se ha pegado en el fondo, ¿no hueles a quemado?

—Madre mía, tendremos que pedir unas pizzas.

—Bueno, pero a esas te invitaré yo. Pili me dio el otro día una propina porque me quedé un par de horas más con Daniela.

—Ok, pero yo pago el arreglo del móvil—insistí.

—Va, va, de veras que para mí erais vosotros. Se trataba de una motocicleta negra…

—Jairo no tiene moto ni tiene nada, si él va con su perro a todas partes.

—Eso no me lo habías contado….

—¿Es que acaso te ha importado alguna vez algo de él? —suspiró.

—Anda, echa un poco más de arroz y almorzamos las dos mientras me lo cuentas, va…

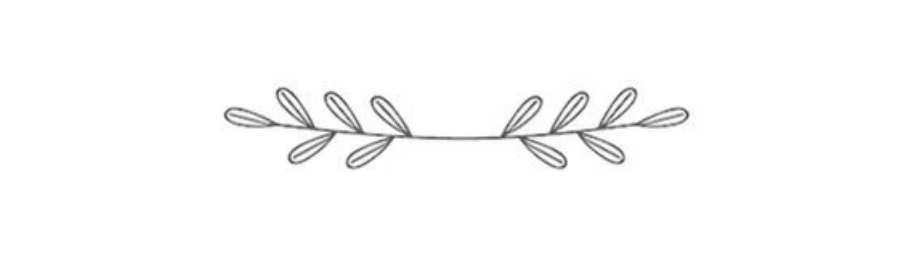
—Tarde, se ha pegado en el fondo, ¿no hueles a quemado?

—Madre mía, tendremos que pedir unas pizzas.

—Bueno, pero a esas te invitaré yo. Pili me dio el otro día una propina porque me quedé un par de horas más con Daniela.

—Ok, pero yo pago el arreglo del móvil—insistí.

Capítulo 6



Lo hablaba por la tarde con Luis.

—Niña, si es que casi se te salen los ojos como a la rana Gustavo cuando viste a aquella parejita. Reyes y yo no entendíamos nada, palabrita del Niño Jesús. A mí, la única vez que se me pusieron así fue cuando estuve de vacaciones en La Habana y me encamé con el mulato aquel que te conté que…

—Calla, calla, no me vayas a contar otra vez toda la historia, que me la sé de memoria.

—Pues menos memoria y más venirte conmigo la próxima vez.

—Para eso estoy yo. No le he dicho nada a Cris, pero es que te juro que no sé cómo voy a pagar la pantalla del móvil. Nos quedamos sin comer la semana que viene, vaya. A ver si puedo echar algunas horas limpiando en alguna casita o algo, ¿tu madre no necesitará un repaso en la cocina o en los baños?

—O en el balcón. Mi madre debe tener telarañas. Se quedó viuda hace diez años y desde entonces no ha vuelto a catar varón, fíjate… Pero lo que es de limpieza va a ser que no, menuda es ella, tiene la casa como los chorros del oro. Ahora ha hecho unas patucos de punto para los dos, que dice que no se debe pisar en la casa con los zapatos. Es mortal—rio.

—Vaya por Dios, pues me estrujaré el cerebro.

—El arreglo ya está pagado, tonta, hemos llegado a un acuerdo.

—¿Con el chaval de los móviles? Tío, que a mí no me gusta, ¿qué le habéis prometido?

—Si Julián es gay reprimido, ¿no te has dado cuenta? Lleva años buscando la salida del armario y no la encuentra el muy tarado. Con lo fácil que es darle un buen empujón a la puerta como hice yo.

—Ay, madre, ¿entonces de qué va esto?

—De que ni Reyes ni yo queremos verte así, tesoro, así que lo hemos pagado a medias. Es un regalito—me guiñó el ojo.

—Un regalito sois vosotros. Pero de verdad, ¡que os quiero yo más!

—Sí, sí, tú quiérenos mucho—llegó Reyes—. Pero que conste que esto no te saldrá gratis: nos debes una salida.

—Vale, en cuanto todo se calme un poco en casa, nos vamos una noche.

—En tu casa ya está todo calmado. La única que tiene que confiar un poco eres tú, tontona, que te has empeñado en verlo todo gris. Dale un poco de cancha a Cris, que parece que por una vez quiere sentar la cabeza.

—Eso es verdad, amores. Trataré de hacerlo—asentí.

Me dediqué a tratar de abrir la mente, a bien que otras cosa no las abría ni por cachondeo con la vida de monja qu llevaba, de mi casa al trabajo y del trabajo a mi casa.

Al día siguiente, le devolví a Cris su teléfono como nuevo y ella me dio un abrazo.

—Te habrá costado un dineral. Te lo iré reponiendo poco a poco—murmuró.

Hacía mucho que no me abrazaba y para mí fue como si se me abrieran las puertas del cielo.

—Está bien, mi niña, no pasa nada. Además, que me ha salido gratis. El arreglo ha sido cortesía de Luis y de Reyes, que me quieren mucho.

—Yo también te quiero, aunque no te lo suela decir. Me duele que tengas ese concepto de mamá, como si nunca hubiera hecho nada por nosotras, pero bueno—me comentó.

No era el momento de entrar en ninguna polémica. De decirle que, en mi caso, me abandonó nada más nacer y no se volvió a preocupar de mí hasta que me necesitó precisamente para cuidarla a ella. Y que luego nos abandonó a las dos enseguida. Y que por medio mi abuela Prudencia se murió sola y eso era algo que yo no le perdonaría mientras viviese.

—Va, va… Mira, he pensado una cosa, Cris.

—¿Tú pensar? Malo, dime—suspiró.

—¿Por qué no le dices a Jairo que venga a cenar mañana?

—¿Es que vas a salir? Vale, mira, podemos hacer una cosa. Me pones un whatsApp antes de volver y así te

ahorras una escena.

—No te pases, Cris, que yo no me voy a ninguna parte. No tienes ni la mayoría de edad.

—Pronto la tendré y él la tiene ya.

—Bueno, no corras tanto. Mi idea es conocerle.

—Ok, pero que vendrá con Letal, es que él se lo lleva a todas partes.

—¿Letal es el perro ese con el que le vi una vez contigo por la calle?

—La única que has visto a Jairo… Si hubieran sido más, sabrías que lo lleva a todas partes.

—Mira tú qué bien, porque un caniche no me pareció que fuese.

—Claro que no, a él le gustan los perros potentes. Es un Pit Bull.

—Ay, madre, ¿pero esos perros no son peligrosos?

—¿Y eso me lo preguntas tú? Si cuando te pones a chillarme das mucho más miedo que una fiera.

—Venga, ya. Yo no te he intimidado en la vida.

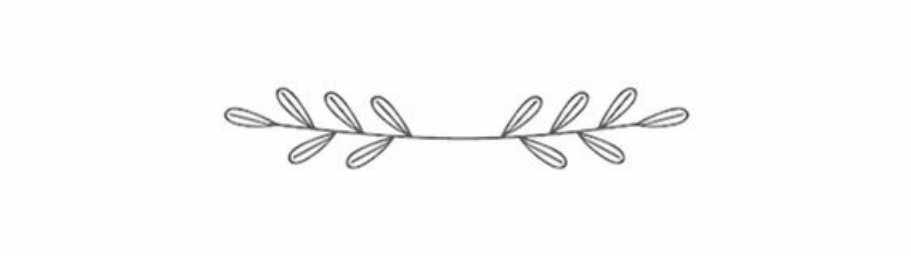
—Porque tengo mucho carácter, en eso salgo a mamá.

Cada vez que me hacía una comparación con mi madre yo el cielo lo cogía con las manos. Siempre la tenía presente cuando lo único cierto es que esa mujer salió de nuestra vida a hurtadillas y pasaba de ambas como de la mierda. Daba igual cómo estuviésemos o si necesitábamos algo, ella nos haría el caso de la pared. Para mí es que ni siquiera existía.

Hice como que no la había escuchado y la vi sonreír mirando a la pantalla de su móvil mientras le escribía a su novio, feliz cual perdiz.

Yo tendría que hacer de tripas corazón porque ese chico no me gustaba en absoluto, pero sería mejor ponerme de su parte que en su contra. Además, que les debía una por lo de mi cagada con lo del trapicheo. Se me fue la pinza y pensé lo que no era, por lo que deseaba partir de cero.

Capítulo 7



Pues nada, que Cris abrió la puerta y su novio soltó a Letal, su perro…

Ellos se morreaban mientras que el animal se acercó a mí. Di tal salto, que me caí de culo, y él se puso encima de mí.

—Por favor, quitádmelo de encima, que todavía me viola—les pedí hiperventilando mientras el animal, que se enteró, corrió por toda la casa y su dueño detrás.

Para mí que a ese chico le faltaba un hervor. No sé cómo definirlo. Vale que no fuera un maleante, pero desde luego que tampoco un príncipe azul para mi hermanita.

—Es que yo soy de la opinión de que a los animales no se les puede tener atados porque después es peor. Hay que dejarles libres y que se desarrollen—me contaba él después de darse el lote con Cris.

—Y a mí me parece una bonita teoría, pero haz el favor de soltarle en tu casa, que aquí no va a dejar títere con cabeza.

—Tú ni caso, que corra y que desbrave, que mi hermana es muy exagerada—le decía Cris.

—¿No te importa? Es que fíjate cómo disfruta—me preguntó él.

—Bueno, pero que igual te tengo que poner la brocha en la mano con un cubo de pintura, ¿sabes? Como me ensucie las paredes… ¿es que tiene la sarna? Que no para de rascarse con todo.

—No, qué va, se refriega como marcando territorio. Es algo que le gusta hacer…

—Pues aquí que no marque mucho, que ya te digo yo que mucho tiempo no pasará. Después de la cena, os doy una propina para un helado y le dais una vueltecita…

—Ah, vale—dijo él.

—Pero para un helado, ¿eh? Nada de ir a comprar porros…

—Bueno, vale—asintió, que para mí que sí que se los fumaba. No los vendería, pero ese debía darle tela a los canutos.

—Pues nada, que voy a sacar la carne del horno. Vosotros tranquilos—les dije con retintín porque comenzaron a besarse otra vez en el sofá. Y el dichoso perro detrás de mí, olisqueándome. Para mí que estaba más salido que el dueño, que ya era decir.

No, no era sexo lo que quería… Por suerte. Ese lo que estaba buscando era la carne y yo, que iba con la bandeja del horno hacia el salón, casi hocico en ella cuando se me puso en medio.

—Letal, ya está bien, hombre. Ven aquí y compórtate como yo, ¿o es que no ves que tenemos que causarle buena impresión a Aitana? —le preguntó Jairo.

Tragué saliva porque no era para menos. Qué torta tenía el tío en lo alto, igual fruto de las neuronas que hubiese podido perder a causa de los porros. Mi niña le miraba como hipnotizada y yo… Yo me cagaba en todo lo que se meneaba.

Nos sentamos a cenar y hubiera sido mejor regalarle un traje de esos italianos que vendíamos en mi sección, porque el tío, como buen adolescente, era un pozo sin fondo.

—Yo es que me paso horas en el gym y claro, luego hay que comer. Porque si le das tela a las pesas y cierras el pico es como si…

—Es como si tienes una novia como yo y no la aprovechas, una pamplina—se contoneó Cris.

—Hermanita, un poquito de por favor, que estoy yo delante.

—Pero es que nosotros somos así, Aitana, ¿tú no nos quieres conocer en nuestra salsa? Pues es lo que hay.

—Aunque de salsa poca, ¿eh? Nosotros somos más de perrear, ¿a que sí nena? Si hasta Letal lo es….

—En su caso es normal porque se trata de un perro—le aclaré.

—Anda, qué graciosa eres, cuñadita. Si no había caído—me dio un manotazo y casi me parte el brazo.

A los libros no le daría mucho, pero lo que toca a las pesas, bendito sea Dios…

—Aunque también nos encanta ir al polígono y darle al chunda chunda—me comentó ella.

—¿A qué le dais? Eso no será una nueva droga de diseño, ¿eh? Mirad que esas cosas os pueden dejar medio tontos…

Por Dios que en ese momento me tuve que morder la lengua porque estuve a punto de decir que "y encima aquí alguno ya está servido con lo suyo".

Así a bote pronto, no es que se viera tan mal chico, pero no me equivoqué en que calle tenía más que todos mis amigos juntos y en que ese para ministro no iba.

—A mí es que me está costando un poco sacarme la FP de mecánica porque me atranco con las asignaturas, pero luego mi hermano Bruno me dice que soy un fuera de serie cuando echo horas en su taller. Lo que me gusta es meterme ahí con los motores y ponerme hasta las cejas de grasa, ¡qué disfrute! Es que yo para eso no tengo que aprobar las Matemáticas, ¿para qué me sirven?

—Pues, por ejemplo, para cuando tengas que cobrar en el taller. Si no sabes calcular una factura a partir de las horas que hayas echado, dime tú a mí si te vale la pena trabajar—traté de explicarle.

—Pero para eso ya están las calculadoras, ¿tú no sabes lo que son?

—Sí, sí sé lo que son—le contesté riéndome y pensando que tenía menos luces que un carrillo de mano. Mucha calle, sí, pero poca sesera, también.

—Va, va, que traigo las trufas de postre—se ofreció Cris—. Además, que da igual, que yo le voy a ayudar con las asignaturas, ¿a que sí?

—Eso sí que mola, porque tu hermana es una crack. Va a sacar casi todo suficientes y solo unos cuantos insuficientes—me comentó él.

A mí me hirvió la sangre.

—Cris, ¿es verdad que me encontraré con unos cuantos cates? Porque mira lo que dice tu novio…

—No, no, me pondré las pilas ya y salvo el curso fijo. Además, que también le ayudaré a él.

—A ver si lo ven mis ojos—resoplé.

—Que sí, pesada, si nos vamos a venir por las tardes aquí a estudiar los dos solitos, ¿a que sí?

—¿Aquí todas las tardes? Cris, que exámenes de anatomía no tenéis…

—Venga ya, ¿tampoco vas a confiar en eso? Si te digo que vamos a estudiar, vamos a estudiar… Él me recogerá de casa de Pili y todavía nos quedarán un par de horitas hasta la cena.

—Veo que lo tenéis todo muy bien planeado.

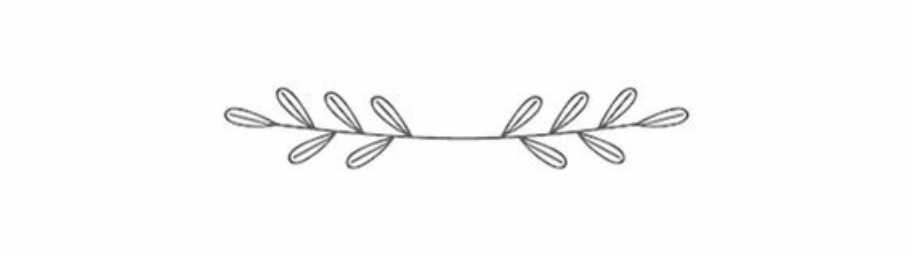
—Es que tu hermana es tremenda jeva, a mí me tiene enloquecido—murmuró en un tonito así latino, como canturreando reguetón.

—Venga ya, ¿tampoco vas a confiar en eso? Si te digo que vamos a estudiar, vamos a estudiar… Él me recogerá de casa de Pili y todavía nos quedarán un par de horitas hasta la cena.

—Veo que lo tenéis todo muy bien planeado.

—Es que tu hermana es tremenda jeva, a mí me tiene enloquecido—murmuró en un tonito así latino, como canturreando reguetón.

Capítulo 8



La siguiente semana yo ya estaba algo más tranquila.

—A ver, no es el cuñado de mis sueños, eso está claro. Y los porros los tiene que dejar, eso también. Pero me han convencido: no tiene pinta de delincuente y por lo visto echa más horas que un reloj en el taller de su hermano —les contaba a la hora del desayuno a mis compis.

—¡Alabado sea Dios! Pues entonces a ver si te relajas de una puñetera vez, nena, que pareces un disco rayado siempre hablando de lo mismo—me comentó Luis.

—Sí, y lo mejor es que Cris parece estar mucho más centrada y cariñosa contigo, ¿no es eso lo que querías? Ese chico le está haciendo bien—añadió Reyes.

—Tenéis razón, a ver si ya me animo y salimos una nochecita—suspiré.

—De eso nada: saca ya el calendario y le ponemos fecha, que no veas si es dificilito echarte a ti el lazo, nena—hizo el gesto Luisillo como si estuviésemos en un rodeo.

Para subirme en un toro estaba yo. Como si la vida no me estuviese dando bastantes embestidas. Y la que estaba por venir…

El teléfono me sonó y vi el número de una centralita. Mosqueada, descolgué y pregunté.

—¿Aitana Santos?

—Sí, soy yo.

—Le llamamos del instituto “Los Rosales”, ¿podría venir de inmediato? —me preguntó el que luego me diría que era el jefe de estudios.

—Sí, claro, ¿le ha sucedido algo a mi hermana?

—Ella está bien, pero hemos encontrado algo en su taquilla y es importante que venga ya, por favor. Si no quiere que demos parte a los Servicios Sociales. Le recuerdo que su hermana es menor de edad.

En los pies, a mí me salieron alas.

—Me tengo que ir, cubridme con Benito—les pedí. Menos mal que no añadí ningún adjetivo peyorativo hacia el sieso del jefe, porque me di con él en cuanto me volví.

—¿Y dónde se supone que vas, Aitana?

—Benito, se trata de una urgencia. Me han llamado del instituto de mi hermana y tengo que ir.

—¿Ha sufrido un accidente o algo? —me preguntó como si fuese un juez.

—No, pero me han dicho que he de acudir sí o sí. Lo lamento mucho, discúlpame.

—Yo te disculpo, pero este tiempo lo recuperas. Y cuidadito con las tonterías de tener que salir así corriendo, que te pueden salir caras.

No me faltaría más que perder mi puesto de trabajo. Me fui tirándome de los pelos y llegué al instituto más roja que un tomate, sin respiración y con un disgusto que para mí se quedaba.

Cris estaba sentada en el despacho de la directora, Antonia, siendo interrogada por ella y por Anselmo, el jefe de estudios.

Antes de explicarme, tuvieron que darme una botellita de agua y no era para menos. La carrera me había dejado sin aire en los pulmones y la posibilidad de un nuevo disgusto me bloqueó.

—No nos andaremos por las ramas, Aitana, hemos encontrado esto en la taquilla de su hermana—me dijeron poniéndome por delante una bolsa de hierba de un tamaño considerable.

Casi me desmayo. Yo me quería morir, ¿de qué iba eso? ¿Yo tenía razón el día que creí verlos y estaban trapicheando? Cris me lo negó rotundamente entonces, pero las evidencias eran las evidencias.

—A ver, que entiendo que césped no es, ¿no? Yo es que de estas cosas no entiendo mucho—les dije teniendo que tomar asiento mientras que Cris me miraba apurada.

—No, no lo es. Su hermana está pasando hierba en el instituto y esto es muy grave. En realidad, a quien deberíamos dar parte es a la Policía y nos lo estamos pensando, pero dado que es la primera vez…

—No, por Dios, no llamen a la Policía. Verán, yo se lo voy a explicar todo. Ella lo niega porque quiere a ese chico, a su novio, pero la hierba no es de Cris, se la está guardando a él, seguro. Es más, yo creí verle vendiendo no hace mucho, pero ya saben cómo son los jóvenes, ella me perjuró que no eran ellos y…

—¡Ya vale, Aitana! Que sí que es mía—me cortó mi hermana.

—A ver, cariño. Que yo sé que tú quieres mucho a Jairo, lo cual no quiere decir que te puedas meter en este marrón por él. Cada uno tiene que apechugar con las consecuencias de sus actos…. Vale que él te haya dicho que se la guardes en tu taquilla, que le faltará un hervor, pero ya me estoy dando yo cuenta de que no es tonto. Y tú has cometido un error. Tranquila, todos a tu edad los cometemos, Cris. Ahora piensa en lo que te voy a decir: confiesa la verdad y estarás liberada de culpa. Ese chico te lleva por el mal camino. Mira que he intentado que me gustase, si hasta le he metido en casa con el vándalo de su perro, pero al final la ha cagado. Y no me extraña, ¿eh? Porque las primeras impresiones son las que cuentan y yo lo tuve muy claro desde el principio: que te iba a meter en un lío. Y no me he equivocado, aquí está el lío. Pero como Aitana que me llamo que te saco.

—¿De qué chico habla? —me preguntó la directora.

—De un tal Jairo, no es un nombre muy común. Estudia también en este centro, FP de mecánica, él ya es mayor de edad, no como mi niña.

—Pero si nos llevamos unos meses—se quejó Cris.

—Sí, aunque él se hace el tonto cuando en realidad sabe latín.

—¿Es Jairo Quintanilla, Cris? —le preguntó la directora.

—Él es mi novio, pero le prometo que no tiene nada que ver con esto.

—No le haga caso, llámelo ahora mismo, por favor. Que venga a este despacho, que le voy a poner verde…

—Anselmo, por favor, ve a llamarle. Y contacta también con sus padres…

—Ese chico vive con su hermano, Antonia. Está a cargo de él.

—Pues que venga también a la menor brevedad. Necesitamos estar todos presentes.

—Eso, eso… Nunca, nunca me gustó ese chico. Y hasta estuvo a punto de darme coba la otra noche, directora, que le tuve en mi casa, ¡¡sentado en mi mesa!! Y con su perro dando por saco por todo mi piso, que me lo puso patas arriba… Y todo lo hice porque hubiera paz, que a la niña me la ha revolucionado por completo y la ha puesto en mi contra.

—Jairo no ha hecho nada de eso—negaba Cris con la cabeza.

—¿Tú qué vas a decir, cariño mío? Si puedo entender que lo defiendas… Me joroba, ¿eh? Me joroba que estés a punto de tirarlo todo por la borda solo por ayudarle, pero como él es mayor de edad sabes que se le caerá el pelo y por eso lo haces.

—¡¡Que no es por eso!! —me chilló y me sentí muy avergonzada.

—Cristina, que sea la última vez que tienes ese comportamiento en este despacho—le indicó la directora—. No he llamado aún a la Policía, pero estoy a un tris de hacerlo, de manera que no hagas que pierda la paciencia o lo lamentarás.

Mi hermana no estaba acostumbrada a que nadie le hablase así y se quedó parada en seco, rumiando. Enseguida la puerta del despacho se abrió y era Jairo, que venía con el jefe de estudios.

Tenía muy mal color en el rostro y yo pensé que no era para menos. No solo se trataba de un delincuente, sino que había metido a mi hermana en sus tejemanejes, algo a todas luces imperdonable.

—Tú, tú has sido—le señalé con el dedo acusador y él bajó la cabeza, no fue capaz de negármelo.

—Que no, ¡que he sido yo! —insistió mi hermana.

—Esto se tiene que aclarar, ¡se tiene que aclarar! Porque si no es así, os pongo de patitas en la calle ¡a los dos! —chilló Antonia.

—Por favor, directora, no le haga nada a Cris. Sí, la hierba es mía—asintió el maleante.

—¡¡¿Lo ha escuchado?!! Acaba de confesar, ¡¡que conste en acta!! —exigí dando un golpe en la mesa que a la directora no debió de sonarle tan bien como el que dio ella misma, mirándome de un modo reprobatorio—. Lo siento, lo siento, pero que ya está todo aclarado.

—Pero ¿tú cuántas películas de juicios has visto? Y que no… ¡¡De eso nada!! —intervino mi hermana y, si os digo la verdad, sentí unas tremendas ganas de darle un tapaboca. Nada, que ella se iba a seguir metiendo en líos.

—A mí me está empezando a faltar la paciencia. Esto no es un jodido tribunal, desde luego que no lo es. Quiero una confesión por parte del verdadero culpable, ¡¡y la quiero ya!! —exigió Antonia.

—Yo soy el culpable, directora. Por favor, deje que Cris se vaya, ella no ha tenido nada que ver en todo este asunto de la hierba. Yo asumo toda la responsabilidad—le comentó él.

—Menos mal… Muchas luces no tendrás, chaval, pero por lo menos algo de vergüenza sí—le comenté—.

Lástima que no hubieses tenido más cabeza para dejar a Cris al margen desde el principio.

—Si ha sido al revés, ¡¡yo le metí a él en este embolado!! —se quejó ella.

—Cris, te lo pido por favor… Los nervios no me los crispes más porque mira lo que me está pasando, ¡que hasta se me encrespa el pelo! —me quejé mirándola y suspirando.

—Si es la verdad, si lo es…

—Cris, déjalo, por favor. Tú no has sido, cariño. Deja que la directora haga lo que tenga que hacer. Por favor, admite que no tienes nada que ver con esto y vete—le pidió su novio.

—Ni muerta, Jairo, ni muerta…

Yo la miraba y no daba crédito.

—Cris, dicen que el amor es ciego, pero lo que yo no sabía es que también es imbécil. ¿Quieres dejar ya que él asuma su culpa? Tú no tienes nada que ver con su mundo, ¡¡nada!! Y como sigas tratando de defender a este camello de tres al cuarto te vas a caer con todo el equipo, ¡y sin ninguna necesidad! —quise hacerle ver.

En ese instante tocaron en la puerta. Se trataba de un chico de unos 30 años, castaño y de ojos claros, súper atractivo y eso que no venía precisamente vestido de gala, sino con el mono de un taller.

—¿Quién es un camello? —me preguntó encabritado—. Perdonen que ni haya saludado, pero es que el alegato de esta mujer parece el de un juicio. Soy el hermano de Jairo, Bruno.

—Muy bien, así que ya estás aquí—me dirigí a él—. Tu hermano, tu hermano es el camello… Y no solo eso, que ya es gordo el tema de por sí, sino que aparte es un inconsciente total que ha metido a mi hermana en un lío bien gordo, ¿te enteras? Es un sinvergüenza y un manipulador que la ha utilizado para que ella ocultase la hierba en su taquilla. O sea, que él se lucra, y ella se jode si la pillan, que es lo que ha pasado. Y todo por su inocencia, por tratarse de una niña… Es que ni con la horca pagaba—le solté, pasándome tres pueblos.

—Vaya, que no sabía yo que soy el hermano de Pablo Escobar—me soltó con ironía.

—Más o menos… Tú lo vas captando, se nota que como hermano mayor tienes más sesera.

—Lo que tengo es más juicio, ¿tú cómo te llamas? —me preguntó.

—Yo soy Aitana, la hermana de Cris. Y Cris es…

—Sé quién es Cris, ella viene por mi casa—me aclaró.

—Normal, porque a ti te conviene que tu hermano, que aparte de un delincuente es un zoquete, esté con ella—le solté sin filtros.

—Mira, yo no te voy a consentir…

—Tú no me vas a consentir qué, ¿qué es lo que no me vas a consentir tú a mí? —le reté poniéndome de pie.

Estaba fuera de mí, tanto que no le metí mano de milagro. En el sentido de darle leña, digo, claro… Que el tío estaría muy bueno, pero yo de lo único que tenía ganas era de liarme a tortas con él.

—Jairo, dime que lo que está diciendo esta mujer no es cierto. Mírame—le pidió.

—Sí lo es, Bruno. Siento mucho haberte decepcionado, otra vez—murmuró el chaval y tenía la lagrimilla a punto de salir de los ojos.

—¿Lo has escuchado? ¿Lo has escuchado? Pues nada, aquí os quedáis los dos rindiendo cuentas, que yo cojo a la niña y me voy—le aseguré.

—Eso no es verdad, Jairo. Sé de sobra cuándo me mientes y ahora mismo lo estás haciendo. Mírame a los ojos—le pidió.

—Anda, si tenemos un adivino entre nosotros, lo que sucede es que en sus horas libres trabajas en el taller—le solté con sorna.

—Jairo, es verdad, tu hermano te conoce y sabe que solo me estás defendiendo. Bruno, toda la culpa es mía—le dijo mi hermana—. Yo he sido quien le ha metido en el lío. Lleva semanas tratando de persuadirme, pero no le hice caso. Y ahora se está culpando para cubrirme.

—Gracias, Cris, es noble de tu parte admitirlo—le contestó él.

—¿Noble de su parte? Claro, a ti te conviene creerla, ¿cómo no te va a convenir? Mira, te juro que como mi niña salga escaldada de esta, os arruino la vida a los dos, ¡es que te lo juro! —le chillé.

—Así no vamos a ninguna parte—intervino la directora—. Si no se esclarece quién es el culpable, tendré que expulsarlos un mes a los dos.

—¿Un mes? Si es lo que queda de curso, Antonia. Este de todas maneras no iba a aprobar, pero Cris estaba estudiando más. No le hagas eso, por favor—le pedí.

—¿Quién no va a aprobar? —me preguntó Bruno muy ofendido.

—El zoquete de tu hermano, obviamente, ¿y sabes por qué? Porque Cris le estaba ayudando y eso se ha acabado: a partir de hoy tiene prohibido verle.

—Ni de coña, ¡es que me largo de casa! —me amenazó ella.

—Tú no te largas a ninguna parte, advertida quedas. Tu relación con este capo de la droga acaba aquí y ahora.

—¿Ha dicho capo de la droga? —le preguntó Bruno a Antonia.

—Eso parece…

—Es muy surrealista, es una terrorista de las palabras, lo es—murmuraba él.

—¿Terrorista me estás llamando? Hombre, no voy a negar que ganas que no me faltan de ponerte una bomba en e taller, pero vamos a dejar las cosas estar…

—Esta mujer está loca, ¡está loca!

—Yo estaba muy cuerda hasta que tu hermano ha llegado a nuestras vidas para joderlo todo…

—Yo no te voy a seguir escuchando, lo siento. Antonia, sé cuándo Jairo miente y él está tapando a Cris, no le puedo decir otra cosa—le comentó.

—Antonia, le está dando la vuelta a la tortilla y no lo puedo consentir—proseguí yo.

—Así no vamos a ninguna parte. Os doy un par de días para que todo esto se aclare. Si no es así, ya sabéis lo que hay, ¡un mes expulsados ambos!

—El zoquete de tu hermano, obviamente, ¿y sabes por qué? Porque Cris le estaba ayudando y eso se ha acabado: a partir de hoy tiene prohibido verle.

—Ni de coña, ¡es que me largo de casa! —me amenazó ella.

—Tú no te largas a ninguna parte, advertida quedas. Tu relación con este capo de la droga acaba aquí y ahora.

—¿Ha dicho capo de la droga? —le preguntó Bruno a Antonia.

—Eso parece…

—Es muy surrealista, es una terrorista de las palabras, lo es—murmuraba él.

—¿Terrorista me estás llamando? Hombre, no voy a negar que ganas que no me faltan de ponerte una bomba en el taller, pero vamos a dejar las cosas estar…

—Esta mujer está loca, ¡está loca!

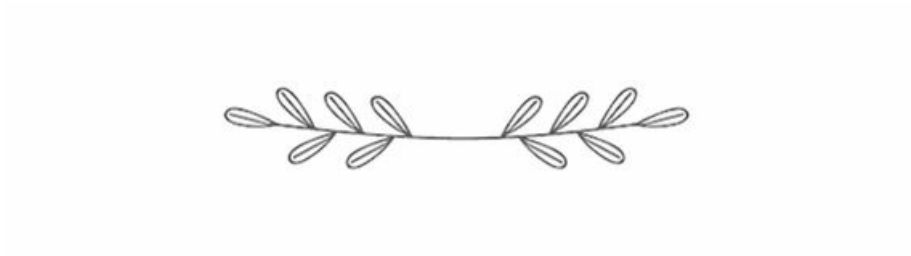
—Yo estaba muy cuerda hasta que tu hermano ha llegado a nuestras vidas para joderlo todo…

—Yo no te voy a seguir escuchando, lo siento. Antonia, sé cuándo Jairo miente y él está tapando a Cris, no le puedo decir otra cosa—le comentó.

—Antonia, le está dando la vuelta a la tortilla y no lo puedo consentir—proseguí yo.

—Así no vamos a ninguna parte. Os doy un par de días para que todo esto se aclare. Si no es así, ya sabéis lo que hay, ¡un mes expulsados ambos!

Capítulo 9



Los chicos se dieron un beso en la puerta del instituto mientras yo le lanzaba un rayo incendiario con mis ojos a Bruno.

Llamé al trabajo y comenté que tenía un problema grave para poderme marchar con Cris a casa, a quien llevaba de la mano a tirones.

—¡Que me sueltes! Que no soy una cría—se lamentaba ella.

—Pues entonces no actúes como tal, que me tienes muy quemada ya, pero que muy quemada, ¿a qué ha venido esto Cristina Santos?

En las raras ocasiones en mi vida en las que la llamé por su nombre completo y apellidos, demostré estar más quemada que la pipa de un indio. Y aquella resultaba ser la peor de todas.

—A que he dicho la verdad…

—Sí, claro, y toda la verdad y nada más que la verdad. Qué buen chiste…

—Jairo no ha mentido, todo esto lo he montado yo—insistió.

—Cris, si no entras en razón no voy a poder ayudarte. Te lo suplico. ¿Sabes lo que sucederá? Que tú dentro de nada ya no estarás con ese chico, porque eso no va a durar… Y por medio te habrá destrozado la vida. Yo no puedo permitirlo, ponte en mi lugar. Es mi deber dar con la verdad y que tú salgas indemne de esta.

—O sea, que me vaya de rositas y que Jairo se coma un marrón que es mío…

—Qué locura, ¿hasta cuándo vas a seguir defendiéndole? ¿Es que no te das cuenta de que te está arruinando la vida?

—No, ¡me la estás arruinando tú! ¡Porque no me crees!

—No puedo creerte porque me has mentido cantidad… Vamos a hacer una prueba. Ahora que ya sé que hay esto de por medio, ¿vas a seguir negando que erais vosotros los chicos que vi en la motocicleta el otro día? El día que partí la pantalla del móvil de lo que me entró…

Miró al suelo y lo admitió.

—Vale, sí, éramos nosotros… Y no me mires así, por favor. Yo no te lo podía confesar, ¡no podía!

—Yo vi que el chaval entregaba la hierba, Cris, lo vi con mis propios ojos…

—Tú no tienes ni idea de lo que viste, de la verdad…

—Cris, ¡ya está bien! Lo pones todo a tu manera, a tu conveniencia. Me quieres hacer comulgar con ruedas de molino. Y no te imaginas lo mal que me haces sentir…

—¿Y tú a mí? Por primera vez te estoy diciendo toda la verdad, ¡y sigues sin creerme!

—No paras de decir tonterías para defenderle, cariño. Vámonos a casa y…

—Yo no quiero ir a casa contigo, ¡me voy a ir a buscar a mamá! —me chilló zafándose de mi mano y salió corriendo.

Me quedé loca. Aunque Cris siempre defendió que ella era una mujer buena a la que la vida no trató bien, defendiéndola a capa y espada, nunca me había dicho expresamente de ir a buscarla, de ahí que me doliese tanto…

No pude seguirla porque se marchó calle abajo. Yo me sentí morir y no sabía qué hacer. Me senté en una cafetería en la que me pedí una tila doble. Me la tomé con las manos temblorosas y comencé a llamarla por teléfono.

Cris no me lo cogía y entonces se me ocurrió que habría ido en busca de Jairo. Yo no tenía su teléfono, pero sí idea de dónde estaba el taller de su hermano, al cual me dirigí, desesperada.

Cuando Bruno me vio llegar solo le faltó rociarme con agua bendita, porque yo iba como poseída.

—Dile al malhechor de Jairo que quiero a mi hermana en mi casa ya—le espeté.

—Que sí, que yo también me alegro de volver a verte, ¿qué estás diciendo?

—Que mi hermana se ha escapado y solo puede estar con él, pues para eso se ha encargado de lavarle el cerebro. Cris no ve más que por sus ojos. Seguro que ha sido él quien la ha puesto en mi contra y quien le ha metido esos pajaritos en la cabeza sobre nuestra madre.

—Yo no tengo ni la más remota idea de lo que hablas, pero tú no conoces a Jairo. Él venía entusiasmado la otra noche de vuestra casa. Se había sentido querido e integrado.

—¿Sí? Es lo que pasa cuando alguien que pertenece a una familia desestructurada llega a otra normal, que ve el cielo abierto—me lucí con mi impertinente comentario.

—¿Tú te estás escuchando? ¿Qué te crees que es nuestra familia? Y tú, ¿tú te crees una reina o algo? Hay que joderse…

—Sé que no tenéis padres y supongo que habrás sacado adelante a Jairo como yo a Cris. Eso, sin embargo, no te convierte en alguien igual a mí, porque tú lo has hecho como el culo. Te ha salido un delincuente en potencia. Que digo en potencia, en acción… Oye, una cosita, ¿eso qué es? —le pregunté mirando una motocicleta que había en un rincón.

—¿Qué dices? Es una motocicleta, ¿también tienes un problema con eso?

—Pues sí que lo tengo, y claro que lo tengo… La estás pintando porque habrá llegado a tus oídos que vi a tu hermano en ella, trapicheando con droga. Y por eso le estás dando otro color, hay que ser cuco. Te vas a cagar…

—No sabes lo que dices, es que no lo sabes. Oye, ¿tú te has tomado tu medicación?

—¿Perdona? A mí no se te ocurra decirme nada así porque no respondo, ¿me oyes? Es que no respondo… Hay que ser maldito, ¿a quién va a salir tu hermano? ¡Tú eres su cómplice! Has montado todo ese numerito en el despacho de la directora, de hermano responsable, cuando seguro que este taller no es más que una tapadera… Os vais a cagar los dos.

—¿Una tapadera? Mira cómo tengo las manos de trabajar desde los 15 años, ¿a ti te parece que yo soy un delincuente? Estás muy loca tú, pero que muy loca…

—Es que los delincuentes no llevan un cartel en la frente. No tienen valores, pero sí miedo. Pues nada, que ya me queda todo claro. Le estás encubriendo, pero que esto no se queda así…

Giré sobre mis talones y lo dejé allí relatando. Ya era casi mediodía y me fui a buscar a mis compis de trabajo, quienes alucinaron mientras almorzaban.

—Menudo lío, es cierto que la niña se te puede echar a perder—me comentó Reyes enarcando una ceja.

—Niña, que lo dices como si fuera una ensaladilla, no le pongas ese mal cuerpo—le recriminó Luis.

—¿Mal cuerpo a esta? Eso es imposible, la hija de la gran china nos mata a todas de la envidia con su escultural

figura.

—Sí, yo tengo un plan como para envidiarme—resoplé sin poder probar bocado.

—Eso es verdad. El plan no te lo envidio, pero lo que es el cuerpo…

Me querían mucho los dos y yo a ellos más. Eran adorables mis compañeros y siempre estaban ahí para escucharme.

—A mí me enseñaron mis abuelos que los problemas gordos hay que cortarlos de raíz—les dije en un momento dado levantándome.

—¿Y qué vas a hacer?

—Ya os lo contaré—les comenté mientras salía andando.

figura.

—Sí, yo tengo un plan como para envidiarme—resoplé sin poder probar bocado.

—Eso es verdad. El plan no te lo envidio, pero lo que es el cuerpo…

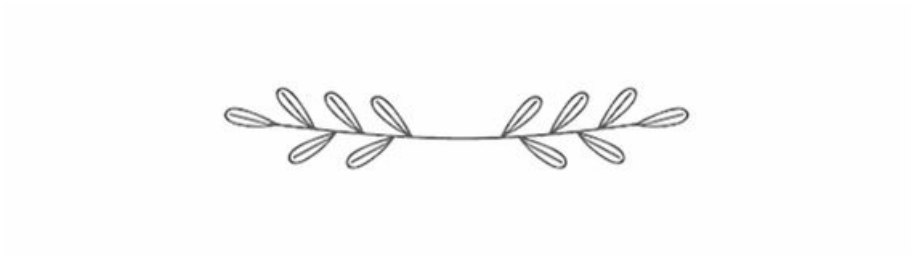
Me querían mucho los dos y yo a ellos más. Eran adorables mis compañeros y siempre estaban ahí para escucharme.

—A mí me enseñaron mis abuelos que los problemas gordos hay que cortarlos de raíz—les dije en un momento dado levantándome.

—¿Y qué vas a hacer?

—Ya os lo contaré—les comenté mientras salía andando.

Capítulo 10



Ni corta ni perezosa me dirigí a comisaría. Ese chico no podría destrozarle la vida a mi hermana y quedarse como si tal cosa.

No voy a decir que con Cris todo hubiera sido de color de rosa, pero de un tiempo a esa parte todo se complicó mucho, coincidiendo en parte con su noviazgo.

Y en un momento en el que parecían mejorar y en el que ella incluso comenzó a trabajar con Pili para sacarse un dinerito para sus caprichos, llega él y lo jode todo. La había cagado ese chico. Y bien cagada…

—Quiero hablar con el comisario—le comenté al agente que me atendió.

—¿Con el comisario? ¿Y eso por qué, señorita?

—Porque se trata de un asunto muy gordo de tráfico de drogas en el que se está tratando de culpar a una menor. Y además, puede que haya un rapto de por medio, puesto que mi hermana hace rato que no aparece y debe estar con el jefe de la banda—me volví a lucir.

El agente arqueó la ceja como escéptico.

—¿Y todo eso aquí?

—Sí, sí, que yo sé que esto no es Colombia ni hay cárteles de esos, pero sí que comienza a haber más delincuente que orejas. Y esto hay que atajarlo.

—Está bien, voy a llamar a un compañero.

—¿A un compañero? ¿No al comisario?

—Me temo que no—me comentó risueño.

Al poco salió una chica poco mayor que yo, lo que me sorprendió.

—¿Usted lleva el tema de los delitos de tráficos de drogas? —le pregunté.

—Me temo que esta es una comisaría de barrio. Aquí todos lo llevamos todo. Tutéame, por favor. Oye, ¿eres andaluza? —me preguntó también con cierto acento.

—Me crie en Málaga, aunque ya llevo aquí muchos años, ¿tú también lo eres? —le pregunté.

—Sí, sevillana. Inspectora Rocío Miralles.

—Jo, inspectora y todo… Y encima medio paisana. Mira, es que traigo entre manos un tema muy gordo. Resulta que a mi hermana me la están echando a perder…

Rocío me recogió la denuncia tras contarle yo lo preocupadísima que estaba por Cris, y mi seguridad respecto a que entre Jairo y Bruno, a quien ya consideraba metido en el ajo también en cierta forma, me la echaran a perder.

—Bueno, pues no te quepa duda de que daremos con ese chico y tendrá que venir a declarar, igual que su hermano. Cualquier cosita, te vamos informando. Pero tranquila, que de esta salís—me decía porque yo estaba que me iba a dar un soponcio allí mismo.

Igual, las cosas como son, exageré un poco en mi declaración. Pero es que a mí se me había metido en el coco que Cris acabase mal y quería que todo el peso de la ley cayese sobre Jairo y hasta sobre Bruno, por ayudarle con lo de la moto. Eso si su hermano no tenía mayor implicación, que al saber…

Lo peor de todo fue que Benito me llamó para asegurarme que, si faltaba a mi puesto de trabajo esa tarde, me atuviese a las consecuencias. Y me lo dijo en un tono que vi peligrar mi curro, de forma que tuve que volver y estar al pie del cañón hasta la hora del cierre, sin saber nada de mi hermana y con un verdadero ataque de nervios, por mucho que Luis y Reyes trataron de calmarme.

En cuanto echamos el cierre, me fui volando para casa y me la encontré vacía. Yo es que me quería morir, y a mi madre no quise llamarla para preguntarle, pues me sentía como fracasada al tener que darle explicaciones que no merecía en lo más mínimo.

Llevaba allí como una hora cuando escuché voces en la puerta y eran ellos. Abrí de golpe y la metí del tirón. No sabía si abrazarla o gritarle, qué nervios me hizo pasar. Jairo me miraba.

—Tú te largas—le comenté.

—No te preocupes, que no pensaba entrar. Siento molestarte, pero quería asegurarme de que entraba bien en casa —me dijo mientras Letal, su perro, pretendía avanzar, que ya la conocía.

—Vaya, ojalá la cuidaras tanto siempre, y no la metieras en líos. De todos modos, ya me he asegurado yo de que sea la última vez.

—¿Qué estás diciendo? —me preguntó mi hermana.

—Mira, Cris, yo no quiero que entre nosotras haya más secretos… Aparte de que te vas a enterar en cuanto le detengan, porque hace unas horas denuncié a Jairo a la Policía.

—¡¡Estás loca!! —me chilló.

—Tranquila, nena, no le hables así a tu hermana—le pidió él.

—¿Y encima la defiendes? Te está queriendo buscar la ruina, ¡¡que tú tienes antecedentes!! —le chilló ella.

—¿¿Antecedentes?? Ay, madre, si ya lo sabía yo, que tú eras un delincuente. Ahora casa todo, pero que todo… Tú estás tratando de evitar que entre en la cárcel por eso de los antecedentes. No, Cris, a ti este camello no te arrastra con él así sea lo último que yo haga en la vida.

—¿¿Arrastrarme con él? Pero si soy yo quien le ha metido en el lío, ¿es que no te das cuenta?

—¿Y vas a seguir defendiéndole? Me da algo, Cris, me da algo…

—¿Es que no te das cuenta de lo que estás haciendo? ¡¡Que yo soy la culpable de todo!! ¡¡Que él no quería!!

—Ya estamos otra vez. Jairo, te largas ya, ¡¡fuera!! —le chillé.

—Te lo dije, que me llevaras con mi madre, ¡joder! —se dirigió a él—. Pero tú erre que erre en que mejor volvier con mi hermana, ¿pues no ves que está loca? —le preguntó ella.

—¿Tú la has convencido para que vuelva a casa después de que yo te pusiera de vuelta y media? —le pregunté desconcertada.

—Sí, sé que tú la cuidas como nadie. Aunque yo también la cuido todo lo mejor que puedo porque la quiero muchísimo—me confesó.

—Me quiere como para echarse toda la culpa, ¿me oyes? Le dije a Jairo que iba a trapichear con hierba y…

—Mierda, Cris. ¿Qué estás diciendo? Entrad los dos en casa, que nos va a escuchar hasta María Santísima en las escaleras.

—¿Yo también? —me preguntó Jairo extrañado.

—Tú también y hasta el perro. Pero sujétalo, que mis nervios hoy no están para carreras…

Los dos entraron y se sentaron en el sofá. Yo necesitaba tomarme una tila y lo hice: triple me la preparé.

—¿Queréis una? —les pregunté.

—No, no, que eso a mí no me gusta. Yo cuando tenía que tranquilizarme me tomaba unas pirulas que… Pero que de eso hace ya mucho tiempo—me contó el chaval viendo que hablaba de más.

—No quiero ni una mentira más. Puede que la haya liado más que el pollito y necesito la pura verdad porque igua estamos metidos en un fregado de categoría.

—Pero es que yo prefiero cargar con la culpa, de verdad que no pasa nada—intervino él.

ú

—Ni muerta. Tú no querías volver a meterte en ningún lío y vengo yo y te cuento lo de mi negocio—le cortó mi hermana.

—Cris, ¿eso es verdad? ¿Él trató de persuadirte y tú le convenciste? Estoy que me va a dar un telele, ¡es que no me lo creo!

—Pues no será porque no te lo dijese veces esta mañana, Aitana.

—Y por muchas que me lo dijeses, creí que estabas encubriendo a tu novio, que es una joyita.

—Pues sí que lo es, pero de las buenas. Si le viste entregando en la moto fue porque, como no podía convencerme ade lo contrario, me dijo que no me dejaría sola con las entregas, que él se expondría por mí…

—A mí me da, a mí me da, ¿es eso verdad, Jairo?

El chaval la miró y ella le devolvió una mirada suplicante.

—Jairo, por favor, no me cubras más. Es mi hermana, tenemos que sacarte del lío en el que te ha metido. Todo esto es mi culpa, no ayudará que mientas más.

—Es que yo no quería que la cogieran con las manos en la masa. Prefería que me cogieran a mí—me confesó y los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Ay, Dios, ¡la que he liado! Pero niña, ¿a quién se le ocurre? ¿Tú te crees que es normal? ¿En qué estabas pensando? Y ahora, que precisamente habías comenzado a trabajar…

Se removió intranquila y me di cuenta de su argucia.

—Ejem—se aclaró la voz.

—Ejem te voy a dar yo a ti. O sea, que no era verdad lo de Pili, ¿no? ¿Y creías que me podrías engañar para siempre? La primera vez que me cruzase con ella por la calle me habría dado cuenta.

—Es que yo quería tener dinero, sacarme el carné de conducir… Tener un coche cuando cumpla los 18.

—¿Un coche? Pero ¿qué necesidad tenías tú de un coche? ¿No tienes ya el patinete?

—Anda que es igual…

—Pues claro que no, para mí el patinete mola más—intervino él que, por momentos, me estaba dando más pena a comprobar su nobleza.

—Yo no sé qué he hecho mal, te lo prometo que no. Cris, ¿en qué momento te ha dado por pensar que delinquiendo vas a ir a ninguna parte?

—Delinquiendo no, pero montada en mi coche… Se lo escuché a unas chicas en un vídeo, que hicieron sus trapis durante un tiempo y se montaron en el dólar…

—Cuánto daño ha hecho Internet, cielo santo—le dije queriéndome tirar de los pelos.

—¿Qué daño ni daño? Si…

—¡¡Que te calles!! Y ahora yo lo he denunciado, lo he denunciado. Y di los datos de la moto, que está en el taller. Y declaré que Bruno la está pintando para deshacerse de las huellas del crimen y…

—¿Para eso? Bruno la está poniendo al gusto de Jairo para regalársela por su graduación. Ea, pues ya le has jodido la sorpresa también—resopló ella.

—Cris, ni se te ocurra echarme a mí toda la culpa, que te cogía y no sé lo que te hacía… Ay, Dios mío, la que he liado…

Les acompañé a su casa, por lo que pudiera estar pasando allí, y cuando llegué había dos agentes hablando con Bruno.

—Mi hermano viene por allí, mírenlo. Ni ha huido ni ha secuestrado a nadie. Y por supuesto que no trapichea con droga, se lo juro, agente.

—Normal, usted qué va a decir si parece ser que es su cómplice. Ya le vale, quedan detenidos los dos…

Cris me miró con los ojos llorosos y me habló.

—Aitana, no lo permitas, por favor, cuenta la verdad.

Yo estaba bloqueada, muy bloqueada. Más de lo que lo estuviera en ningún otro momento de mi vida.

—¿Has sido tú? ¿Tú nos has denunciado? Ya sabía que estabas loca, pero esto es el colmo. El colmo…—me decía Bruno.

—Todo ha sido un malentendido, hermano. Aitana no ha tenido mala intención—le comentaba Jairo mientras Letal miraba a los agentes de un modo…

—O le pones el bozal ahora mismo o nos lo llevamos también a él…

—Ay, que lo siento, no me había dado cuenta, agentes. Pero que es como un osito de peluche…

Y lo era, lo era, pero no con ellos, a quienes consideró una amenaza para su dueño, poniéndose de lo más nervioso.

Cris trataba de calmarlo mientras que Jairo le ponía el bozal.

—Las manos, chaval—le pidieron entonces para ponerle las esposas.

—Es a mí a quien se deben llevar, ¡a mí! —chillaba ella.

El día había comenzado mal, pero iba a terminar mucho peor.

—Tú cállate, chica, y mira con quién te mueves a partir de ahora, que comienza una con malas compañías y acaba entre rejas o algo peor—le advirtieron.

Les metieron en el coche patrulla. Bruno me fulminaba con la mirada y no era para menos. Nos quedamos con Letal, de quien se terminó haciendo cargo un amable anciano que vivía en el bajo y que le decía “ven anda, que todo lo que tienes es presencia, pero luego pareces un cachorrito”.

—Tienes que sacarlos de allí, hay que contar la verdad. A mí no me pasará nada tan malo, soy menor de edad. Pero Jairo no, y encima el juez verá que ya la había cagado en su día y…

—Tranquila, voy a llamar a Luis, que creo que tiene un amigo que es abogado. Espera, por favor. Cris, no sé en

qué estabas pensando. Cuando todo esto acabe, te prometo que te vas a reformar, te lo prometo.

—Vale, vale, pero saca a Jairo, por favor. Y a Bruno.

Llamé a Luis y me contó que su amigo estaba fuera de la ciudad, por lo que no podría ayudarme.

—De todos modos, cari, a ti te corresponde un abogado de oficio. En cuanto estés en comisaría, pide uno. Te lo tienen que dar enseguida.

—Ay, pues es verdad… Anda que estoy yo como para pagar minutas de abogados, es que no puedo.

—Lo sé, tú tranquila, ¿vale? Ahora mismo voy para allá.

—Que no, que no, que no hace falta.

qué estabas pensando. Cuando todo esto acabe, te prometo que te vas a reformar, te lo prometo.

—Vale, vale, pero saca a Jairo, por favor. Y a Bruno.

Llamé a Luis y me contó que su amigo estaba fuera de la ciudad, por lo que no podría ayudarme.

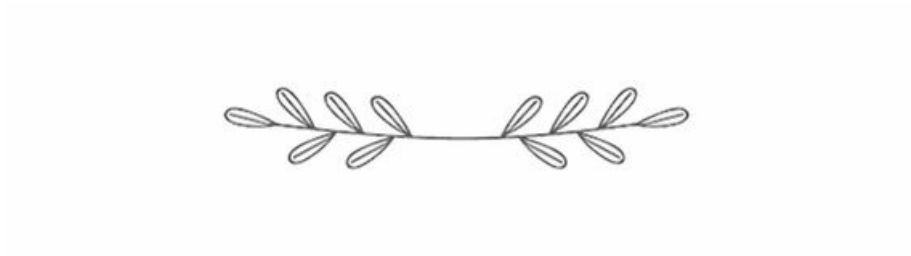
—De todos modos, cari, a ti te corresponde un abogado de oficio. En cuanto estés en comisaría, pide uno. Te lo tienen que dar enseguida.

—Ay, pues es verdad… Anda que estoy yo como para pagar minutas de abogados, es que no puedo.

—Lo sé, tú tranquila, ¿vale? Ahora mismo voy para allá.

—Que no, que no, que no hace falta.

Capítulo 11



Podía presumir de tener buenos amigos. No solo apareció él, sino que pasó a por Reyes.

—Yo es que quiero hablar con la inspectora Rocío—les comenté.

—Ella no está ahora mismo—me respondió la agente que me atendía.

—Yo me encargaré, ¿qué pasa? Soy el inspector Gonzalo Camacho—se presentó con unas malas pulgas impresionantes el tipo.

—Yo de ti no decía ni mu hasta que llegase vuestro abogado—murmuró Luis por lo bajini.

—Cuando dejen de cuchichear, si les parece, me dicen en qué puedo ayudarles. Y si no, aire…

—Yo es que necesito un abogado de oficio. Verá… No sé cómo explicarle. Es por los chicos que han traído detenidos: Jairo y Bruno Quintanilla.

—¿Es usted familiar suyo? ¿Esposa del mayor quizás?

—No, claro que no. Ese y yo no nos llevamos. A ver que…

—Mire, mientras se aclara y no, que la veo muy nerviosa, me voy a cenar algo. Luego hablamos, a ver si en ese rato se le quitan a usted las pamplinas de la cabeza.

El tío era pura amabilidad. Cris no se atrevió a abrir la boca, temerosa de su reacción.

—Tenemos que contar la verdad, que soy yo quien se dedica al menudeo—me habló ella cuando se hubo ido.

—A ver, cariño, que tú has cometido un error y grave, ¿eh? Pero que tampoco eres una traficante, vamos a poner las cosas en su sitio.

—Ya, cuando se trataba de Jairo, parecía ser un narcotraficante a nivel internacional, pero como ahora soy yo va a quedar en una tontería, ¿no?

—En una tontería no, que bien disgustada que me tienes, pero de ahí a que te vaya a pasar algo gordo pues tampoco, ¿te enteras? —le decía yo mientras miraba a mis amigos.

Entonces vimos a alguien que se acercaba muy trajeado. Se trataba de un hombre a quien Luis miró.

—Pero bueno, si tú eres Luca—le saludó.

Se trataba del buenorro a quien él le vendió el traje italiano, el que decía que no paraba de mirarme en los grandes almacenes. Y que seguía haciéndolo en esos momentos, por cierto.

—Sí, y tú te llamabas… Espera, Luis, ¿me equivoco?

—No, qué fenómeno—le contestó.

—Fenómeno tú, yo no recuerdo haberte dicho mi nombre.
—Ya, es que lo vi en la tarjeta—le comentó.

—Ok, son tus compañeras, ¿verdad? ¿Qué os sucede?

—¿Eres el comisario? —le preguntó él.

—No, claro que no. Soy abogado, acabo de lograr que suelten a un cliente, ¿por qué estáis aquí?

—A ver, ella es Reyes y esta otra monada que se muere de la preocupación es Aitana.

—Ya las recuerdo, ya—le comentó con la vista puesta en mí.

—Y ella es Cris, la hermana de Aitana.

—Me ha parecido escuchar que estabais pidiendo un abogado de oficio, ¿os puedo ayudar yo? —nos preguntó.

—Ojalá, pero a juzgar por los trajes que llevas, no podría pagarte ni en varias vidas juntas—resoplé—. Yo soy la del problema.

—No te estoy preguntando si me puedes pagar, sino si te puedo ayudar, Aitana—me comentó con esa voz tan varonil y en el tono tan resuelto que utilizaba.

—Verás, es que necesitaría un rato para contártelo. Ha sido un día largo—le comenté apurada.

—¿Nos podéis dejar a solas, por favor? —les pidió a los otros tres.

Nos dejaron y le conté con detalle mientras él tomaba nota de todo.

—Y ahora hemos acusado a Jairo cuando el chaval no ha hecho más que cubrir a mi hija. Pero claro, para que le suelten, se ha de inculpar mi hermana y eso es como echarla a los pies de los caballos. Yo es que no puedo, no puedo… Aunque no podemos cometer esa injusticia.

—Tranquila, que hay soluciones para todo. No llores, ¿necesitas un pañuelo de papel? —me preguntó mientras ya lo estaba sacando.

—¿Es que llevas de todo en ese maletín?

—Son años ya de experiencia con los clientes, y estas cosas suelen pasar. Cuanto más prevenido vayas, más rápido podrás avanzar.

—Ay, Dios mío, lo que es saber manejarse en ciertos ambientes. Yo me encuentro amedrantada y ese inspector me pone los pelos de punta con solo dirigirse a mí.

—¿Camacho? Enseña los dientes, pero no muerde.

—Pareces conocerles muy bien a todos.

—Me dedico al Derecho Penal, es normal. Nos codeamos a diario.

—Entiendo. Bueno, ¿y tú cómo lo ves?

—Yo te voy a ser muy franco. De esta os puedo sacar sin consecuencias. Todo quedará como un tremendo malentendido y un poco de hierba que los chicos guardaban en la taquilla para el fumeteo en una fiesta que nos inventaremos.

—¿Y eso se lo va a creer alguien?

—Pues no, pero como no es un tema importante nadie enredará, salvo que en el instituto se empeñen.

—No, ni Antonia ni Anselmo se lo pondrán tan complicado. A mi hermana la expulsarán un mes, eso sí.

—Y bien expulsada que estará. Aparte de que yo hablaré con ella y le caerá algo más que una reprimenda. Me tienes que prometer una cosa, Aitana, a cambio de que te ayude.

—Lo que me pidas, claro.

—Que actuarás con mano dura y que me harás caso en todo. Lo importante no es lo que haya hecho hasta ahora tu hermana, sino lo que pudiera llegar a hacer.

—En eso tienes toda la razón, aunque estoy segura de que va a aprender la lección.

—Es lo más probable, no te digo que no. Y, aun así, es muy importante que le marques el camino, que te mantengas firme y que te asegures de que a partir de ahora vaya por la vida recta como una vela.

—Oye, me gusta tu estilo.

—¿Lo dices por el traje? —bromeó.

—El traje también mola. Mucho. Pero que no, que ya me has entendido, ¿cómo te lo voy a pagar?

—Me he ofrecido yo, no hace ninguna falta.

—Pero tu minuta debe ser de aúpa. Si otros compañeros tuyos de medio pelo ya cobran…

—¿Puedes hacerme el favor de olvidarte del dinero? Me he ofrecido yo y me apetece mucho ayudaros.

—Eres como un ángel que me ha caído del cielo, Luca.

—¿Un ángel con toga? Es la mayor contradicción del mundo, ya te adelanto que no soy ningún santo.

—Pues para mí, como si lo fueras… Yo estoy por encenderte una vela.

—Me han querido pagar de muchas maneras a lo largo de mi vida, pero esta es la más original.

—Lo que me pidas, claro.

—Que actuarás con mano dura y que me harás caso en todo. Lo importante no es lo que haya hecho hasta ahora tu hermana, sino lo que pudiera llegar a hacer.

—En eso tienes toda la razón, aunque estoy segura de que va a aprender la lección.

—Es lo más probable, no te digo que no. Y, aun así, es muy importante que le marques el camino, que te mantengas firme y que te asegures de que a partir de ahora vaya por la vida recta como una vela.

—Oye, me gusta tu estilo.

—¿Lo dices por el traje? —bromeó.

—El traje también mola. Mucho. Pero que no, que ya me has entendido, ¿cómo te lo voy a pagar?

—Me he ofrecido yo, no hace ninguna falta.

—Pero tu minuta debe ser de aúpa. Si otros compañeros tuyos de medio pelo ya cobran…

—¿Puedes hacerme el favor de olvidarte del dinero? Me he ofrecido yo y me apetece mucho ayudaros.

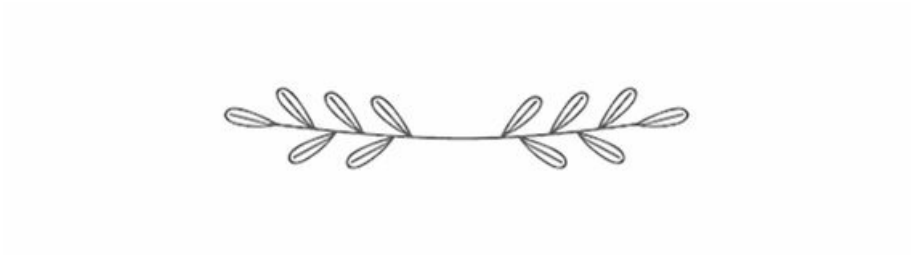
—Eres como un ángel que me ha caído del cielo, Luca.

—¿Un ángel con toga? Es la mayor contradicción del mundo, ya te adelanto que no soy ningún santo.

—Pues para mí, como si lo fueras… Yo estoy por encenderte una vela.

—Me han querido pagar de muchas maneras a lo largo de mi vida, pero esta es la más original.

Capítulo 12



Un par de horas más tarde, tanto Jairo como su hermano estaban en libertad sin cargos.

La mirada de rabia de Bruno era evidente en el momento de marcharse. Ni siquiera le permitió a Jairo despedirse con tranquilidad de Cris, quien lloraba abrazada a él.

—Y ahora, señorita, tú y yo vamos a hablar—le comentó Luca.

—Usted dirá, abogado—se puso ella muy formal.

—Llámame Luca, es mi nombre.

—Vale, Luca, pues tú dirás…

—No, Cris, le llamas Luca pero no es tu colega, de usted—le corregí porque yo la habría cagado, pero lo de mi hermana no tenía nombre.

—Ok, ok, entiendo. Me lo merezco todo, ¿qué me va a pasar? ¿Me van a internar en un centro de menores? Es que me da mucho miedo. Además, que Jairo no estará allí.

Reyes y Luis la escuchaban también. No se quisieron marchar a casa y estaban dando ánimos a tope.

—Es lo que te mereces, sí. Y no solo por esta chaladura, sino porque tu hermana me ha contado que tienes una actitud en casa que vaya, que a veces un poco mejor, pero que otras…

—Ya, que si me cogiera el juez ese tan famoso no veas, ¿no? Ella siempre me lo pone de ejemplo, no me acuerdo de cómo se llama. El que siempre les pone condenas ejemplares a los chavales como sacar el curso y demás.

—Pues sí que ese hombre te daría un buen tirón de orejas. Porque te lo mereces de sobra. Mira, Cris, tú y yo vamos a llegar a un acuerdo, ¿te parece?

—¿Qué tipo de acuerdo?

—Yo te saco de esta, porque te voy a sacar… Pero tú no solo vas a tratar a tu hermana como se merece, haciéndole caso en todo, respetándola y no volviéndole a mentir, que tengo entendido que vaya con tu complejo de Pinocho…

—Sí que le he mentido mucho.

—Y con toda la boca ahí grandota, como cuando jurabas y perjurabas que no erais los de la moto—le recordé.

—Lo sé y me da mucha vergüenza. Lo siento, Aitana. Lo siento mucho, de verdad.

—Y más que lo vas a sentir, porque además ingresarás en un programa de voluntariado que yo te buscaré—le indicó Luca.

—¿De voluntariado de qué?

—Pues ya veremos qué se me ocurre, que yo tengo mucha imaginación.

—O sea, que en el fondo será como si pase por un juez de menores, porque tú me impondrás la condena.

—¿Lo ves una condena comparado con el ingreso en un centro? —le hizo reflexionar.

—No, no, claro que no. Perdona.

—Ah, vale, me creía. Porque el otro camino es confesarlo todo y que…

No solo tenía una labia impresionante, sino un carisma que era para caerse una de espaldas. A todo lo que decía, Cris asentí hipnotizada. Luca diría que no, pero era como un regalo que me había caído del cielo.

Cuando terminamos de hablar, nos marchamos. Luis y Reyes me despidieron con un abrazo.

—Sois los mejores—les dije.

—La mejor eres tú, que has conseguido gratis un abogado así y encima es que parece embobado contigo—me indicó él.

—Anda ya…

—Que sí, guarri, que tienes mucha suerte—asintió Reyes.

—Os quiero mucho. Os adoro a los dos. Mañana nos vemos.

Luca se empeñó en llevarnos en su coche a casa. Yo de coches no es que entienda mucho, pero a la vista de aquel BMW supe que debió costar una cifra astronómica. Y estaba nuevo y flamante.

—Guauuuu—se dejó caer mi hermana—. Cómo me gusta este carro.

—Pues lo que debes hacer es estudiar y algún día tendrás uno. Trapicheando no llegarás más que a la cárcel. No s a quién se le ocurre—negó con la cabeza.

Parecía que todo lo que él dijese iba a misa para ella. Y eso me gustaba.

—Aquí es que la Cris Hamilton de la vida es una amante de los motores. Y todo lo estaba haciendo para sacarse e carné y comprarse un coche a su mayoría de edad. Eso dice, ¿qué te parece, Luca?

—Un disparate, qué me va a parecer. Cris, hazme caso. Estudia y todo llegará en su momento, bonita. Como bien dice tu hermana, no eres Lewis Hamilton.

Me encantó su familiaridad, la cercanía de su tratamiento.

—Claro, Luca, le haré caso.

—Dios te escuche, Cris, porque me vas a matar a disgustos si no…

—¿La estás oyendo? Apuesto a que tu hermana, por lo que me ha contado, no lo ha tenido fácil para sacarte adelante.

—Eso es verdad. Ha hecho mucho por mí y nunca se lo reconozco. Lo siento, Aitana, lo siento de verdad. Has sido y eres la mejor hermana del mundo—me confesó y tuve que reprimir las lágrimas.

Llegamos a casa y ella se bajó del coche, el cual se quedó admirando desde fuera mientras él me hablaba.

—Ha sido un placer ayudaros. Estamos en contacto por teléfono, ¿vale? A ver qué se me ocurre para meterla en vereda.

—Seguro que algo brillante. Todo lo que tú haces debes serlo.

—No me sobrestimes, guapa—me dijo y me hizo una carantoña en la mejilla. Después me despidió.

Me quedé allí de pie, atontada y con una sonrisilla boba que no se le pasó por algo a Cris.

—No, si al final hasta te vendrá bien que yo haya actuado así.

—Ni se te ocurra insinuar eso, ¿me oyes? A partir de esta noche, las cosas van a cambiar y mucho, ¡mucho!

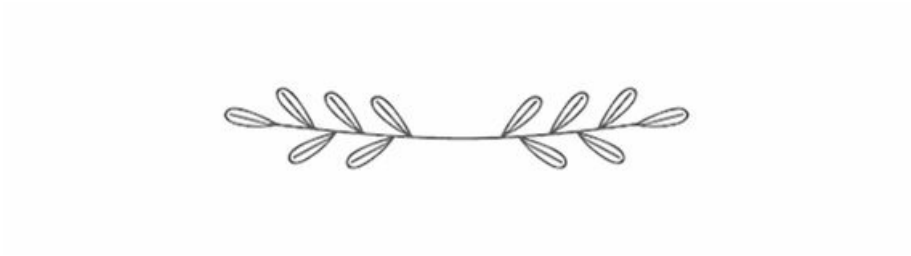
é

l

—No, si al final hasta te vendrá bien que yo haya actuado así.

—Ni se te ocurra insinuar eso, ¿me oyes? A partir de esta noche, las cosas van a cambiar y mucho, ¡mucho!

Capítulo 13



Y sí, las cosas cambiaron. Y no solo porque se confirmó la expulsión de Cris de un mes en el instituto, después de que confesase, sino porque al mediodía llegó llorando como una Magdalena.

—Cariño, si tú ya sabías que esto iba a pasar. Si estudias aquí en casa no perderás el curso. Te sobra inteligencia para hacerlo—la consolé—. Además, que las cosas se pagan, Cris. Demasiado poco, te podría haber salido mucho más caro.

—No, no… Yo preferiría haber ido a un centro de menores antes de lo que ha ocurrido—lloró amargamente.

—¿Y qué es lo que ha ocurrido?

—¡¡Que Jairo me ha dejado!! —gritó desconsolada.

—¿Jairo te ha dejado? Eso no puede ser, es que no puede ser.

—Sí, claro que puede ser. Dice que su hermano no le permite estar conmigo. Bruno anda súper encabronado porque ahora es él quien opina que yo no soy buena compañía y que tú estás loca de remate. Que a punto has estado de meterlos en un marrón tremendo.

—¿¿Eso dice??

—Sí, y no se lo ha sacado de la manga… Las dos cosas son verdad, no te hagas la tonta.

—Hombre, según se mire—me excusé mientras me recorría un escalofrío por todo el cuerpo.

—¿Según se mire? Por favor, no me busques la lengua… ¡que salieron los dos esposados de su casa por nuestra culpa!

—Menos mal que admites que es “nuestra”.

—Claro, yo soy la culpable principal, pero tú arremetiste como Chicho Terremoto. Y ahora es que Bruno no se lo consiente, porque Jairo es mayor de edad, pero depende de él. Aparte de que Bruno le ha dicho que no puede con más problemas, que ya sufrió mucho con él en el pasado y que ahora que todo va bien, ¡menudo zasca! Que se tiene que apartar de mí, vaya. Que no me puede ni llamar por teléfono.

—Jesús, pues sí que se ha blindado el tío. Madre del amor hermoso… Esto se va a arreglar, mi niña, se va a arreglar.

—¿Tú crees? Porque yo te prometo que no la lío más en mi vida, pero a Jairo lo necesito. Es que yo lo quiero, ojalá le hubiera hecho caso.

—Ay, cabecita loca—suspiré mientras le acariciaba la mejilla.

Yo intuía que Cris estaba entrando en una espiral peligrosa. De todos modos, no llegué a imaginar que hasta el punto de meterse en temas delictivos. Me encontraba vulnerable, afligida y agradecida por Luca, cuya llamada esperaba como agua de mayo.

Antes de comenzar el turno de tarde, me pasé por el taller sin anestesia, por las buenas. Y a Bruno bien no le sentó.

—Te marchas de aquí o le pido a la Policía una orden de alejamiento. A nosotros no nos vuelven a llevar esposados por tu culpa—me aclaró.

—Vengo en son de paz y a pedirte disculpas, Bruno. No sabes lo que siento lo ocurrido.

—No lo sientes más que yo. Lo sucedido anoche no se me va a olvidar. Hay vecinos que nos vieron salir de casa de esa guisa, ¿tú sabes cómo me siento? Yo no vivo para la gente, pero sé lo que es que te miren mal por motivos ajenos a tu culpa. Y no lo pienso consentir.

—¿Por qué dices eso?

—A ti no te importa. Tú y yo no somos amigos, Aitana, no te voy a contar mis miserias, ¿sabes?

—Sé que no hemos comenzado con el mejor pie.

—Graciosa manera de decirlo. Márchate de aquí y no me busques más problemas, por favor.

—El problema lo tendremos si los chicos no pueden volver a verse y lo sabes. No vas a poder contener siempre los sentimientos de tu hermano, no puedes aislarle de Cris porque al final será peor.

—Cris ahora no le conviene, no cuando mi hermano está bien y tratando de salir adelante, ¿vale?

—Joder, y voy yo y la pifio, ¿no?

—A lo grande, no sabes cuánto.

—Y tú tampoco sabes cuánto lo lamento. Perdóname, por favor.

—Si es eso lo que quieres, ya estás perdonada. Por mí te puedes marchar ya, no tenemos nada más que hablar.

—¿Sabes una cosa? Tú y yo creo que nos parecemos bastante.

—No, no te equivoques… Yo no voy por ahí poniéndole denuncias falsas a la gente. Ni mucho menos lo hago. Para eso hay que estar muy loca.

—Entiendo que tengas ese concepto de mí. Se me fue la pinza por completo y no pude, o no quise, creerme que Cris pudiera ser la cabeza pensante del trapicheo.

—Pues mira que mi hermano no es de pensar mucho, la verdad.

Le sonreí cuando lo dijo, aunque él estaba lejos de devolverme la sonrisa. Debía comprenderlo, les había hecho mucho daño.

—Te decía que nos parecemos porque creo que los dos hemos luchado con uñas y dientes por nuestros hermanos menores, por sacarlos adelante.

—Eso supongo que sí—murmuró.

—¿No quieres hablar de ello? Sé que me pasé muchísimo prejuzgándote.

—Te he dicho que tú y yo no hemos comido en el mismo plato para contarte mi vida, Aitana.

—¿Y si yo te dijera que mi madre no se ocupó jamás de mí, que vivía en Málaga con mis abuelos, y solo me buscó cuando tuve que cuidar de Cris? Y después se largó, dejándonos solas.

—Joder, pues te contestaré que unos nacen con estrella y otros estrellados… Como nosotros cuatro, pero ya.

—¿Tus padres murieron, Bruno? Ya te dije que lo sé, aunque me cubrí de gloria con todas las tonterías que te solté.

—No debería contarte nada. Y si lo hago es para que entiendas a Jairo y la pasta de la que está hecho.

—Sí, por favor.

—Nuestra madre murió al poco de nacer él. Y desde entonces nuestro padre se echó a la bebida. Los recuerdos de toda la vida eran de hacerme el dormido, con mi hermano pequeño al lado, lloroso, cuando él llegaba tarde y borracho. Si nos daba por decir algo, nos llevábamos un guantazo, así que era mejor callar.

—Dios, cuánto lo siento…

—Sus problemas con el alcohol fueron a más… Y entonces enfermó de cirrosis. No le quedaba demasiada vida por delante y la apuró de la peor manera… Bebiendo más, subiendo mujeres a casa… Yo quería llevarme a Jairo, pero no contaba con medios por aquel entonces, y además él no tenía corazón para abandonarle, pese a todo.

—Pobre hijo. Cuánto me he equivocado con él, tiene un gran corazón.

—No sabes cuánto. Mi padre se gastaba todo el dinero y él estaba en plena adolescencia. Mientras yo me mataba a currar en el taller, más de una vez le mandó a robar bebidas al supermercado. Esos fueron sus líos… También se metió en peleas con otros chicos que le insultaban por tener un padre borracho. Y más de una vez acabó delante de un juez, sin ser culpable más que de tener la suerte de espaldas, solo de eso.

—Lo siento, Bruno, lo siento una barbaridad. Si lo hubiera sabido antes…

—Si no hubieras corrido tanto…

—Soy muy impulsiva, sí, jamás lo he podido evitar. Tú sabes, por lo que me cuentas, lo que duele que un hermano apunte maneras de estropearse. Lo vi en Cris y culpé a Jairo.

—Él habría hecho cualquier cosa por defenderla, cualquiera… Hasta ir a la cárcel por ella.

—Lo vi con mis propios ojos y eso demuestra cuánto la quiere. Cris ha tenido mala cabeza con todo esto. También está pasando las de Caín porque no supera que nuestra madre nos abandonase. A menudo me pincha, como si yo tuviese la culpa, y sé que es porque no lo puede digerir. Pero no es mala niña y tampoco hubiera soportado que Jairo se inculpara. Ella tenía miedo, pero estaba más que dispuesta a ingresar en un centro de menores, a dar la cara y que él quedase libre.

—No, si al final esos dos pequeños delincuentes demostrarán tener más cabeza que nosotros—me sonrió y me sentí tremendamente aliviada.

—Eso es verdad. Yo sé que ahora mismo estás muy reticente, y más cuando yo debo parecerte la loca del moño, por no decir de otra cosa—reí.

—Por no decir de eso, sí.

—Bruno, ellos se hacen bien. Pese a todo, se lo hacen. Y creo que cada uno por separado y también juntos, han aprendido la lección, ¿por qué no dejas que se laman las heridas?

—¿Las heridas?

—Sí, bueno, aunque ya sé que no será eso lo que hagan—bromeé.

—Espero que tengan cuidado. Sé que Jairo no tiene demasiada cabeza para muchas cosas, pero siempre le recuerdo que se ponga protección. No quiero ser tío joven. Más que nada porque en mi caso sería como convertirme en abuelo.

—Pues igual que en el mío…

a—Pero tú no tienes pinta de abuela, en absoluto—opinó mirándome picaro.

e—Ni tú tampoco de abuelo—le di un manotazo.

—No, si encima de guapa tienes dotes de convicción. Y yo que me había propuesto no volver a hablarte…

—Hagámoslo por los chicos, llevémonos bien, por favor.

—Está bien. Los dos tienen mucho que superar, y un curso que sacar. Eso sí, si alguna vez te vuelven a asaltar las dudas…

—Te preguntaré, tranquilo que iré a ti antes que a la Policía.

—Será un detalle por tu parte, todo un detalle.

—¿Puede venir Jairo a estudiar a casa esta tarde entonces?

—Pues sí, pero diles que a estudiar, que les vamos a poner una cámara.

—Harán lo que tengan que hacer y lo sabes, aunque también tienen ganas de demostrarnos que saben hacer bien las cosas.

—Eso espero, porque yo tengo ya el corazón a prueba de bombas.

—Y yo me sacaría un seguro médico privado si pudiera pagarlo…

—Esa es otra, que menuda ruina. Pronto será la graduación de Jairo, aunque solo asistirá al acto, porque no tengo

esperanzas en que saque el curso. Ya sabes, por lo de las demás asignaturas.

—Tú espera, que igual ese chico te sorprende. Ahora sé que estás pintando la motocicleta a su gusto para regalársela.

—A medias la tengo, porque con tanto lío, creí que tendría que deshacerme de ella o me caería cadena perpetua por tu culpa.

—Aquí en España no hay de esas…

—Pero sí permanente revisable, que uno está todo el día con los coches, pero pone la oreja. Ya me hubiera gustado a mí poder estudiar.

—Aunque se te ve feliz en el taller…

—Sí, y más cuando Jairo se venga a trabajar conmigo. Es un crack, te sorprendería.

—Algo he escuchado. Tú déjalo de nuestra mano, que pronto tendrá su título. Tenemos que compensaros.

—Si mi hermano saca el título este año, yo te hago la ola.

—Pues ve ensayando. No nos conoces a las hermanas Santos.

—No jodas que os apellidáis Santos.

—Pues va a ser que sí—reí.

—Santo que mea…

—Maldito sea, ya. Nosotras, eso sí, somos dos regalitos.

—Menudos regalitos, vaya.

Me fui para casa y le conté a mi hermana, quien dio saltos de alegría.

—Cariño, por favor, ponte las pilas y ayuda a tope a Jairo. Para ellos es fundamental que saque el título. Y así, de paso, también vas a repasando tú.

—Eso dalo por hecho—me respondió alegre.

—Ahora me tengo que ir, que me esperan en el trabajo y voy con el tiempo justo. Tienes en la cocina un bizcocho

que hice antes, con tanto nervio, en la freidora de aire.

—Anda, si sabes que son los que más me gustan… Y mira que yo creí que esas, por su nombre, eran solo para freír.

—Yo también pensé que tú tenías un cerebro de mosquito y ahora me vas a demostrar que no, ¿es o no es, Cris?

—Es, es, te lo prometo.

—Pues vale, cariño, portaos bien. Nos vemos a la noche.

—No te voy a mentir. Vamos a estudiar, pero en el descanso… Te lo digo porque a partir de ahora no quiero que haya secretos entre nosotras.

—Ay, Dios, eso no sé si quiero escucharlo. Y aun así prefiero que me seas sincera.

Salí feliz pensando en que aquel problema nos uniera más. Aparte de que me quité la preocupación de que Jairo fuera una mala influencia para mi hermanita. No solo no lo era, sino que había demostrado dar la cara por ella como nadie. Ese chico tenía un corazón de oro y estaba tan enamorado de Cris como Cris de él. Todo lo que sonaba a amor me hacía suspirar.

que hice antes, con tanto nervio, en la freidora de aire.

—Anda, si sabes que son los que más me gustan… Y mira que yo creí que esas, por su nombre, eran solo para freír.

—Yo también pensé que tú tenías un cerebro de mosquito y ahora me vas a demostrar que no, ¿es o no es, Cris?

—Es, es, te lo prometo.

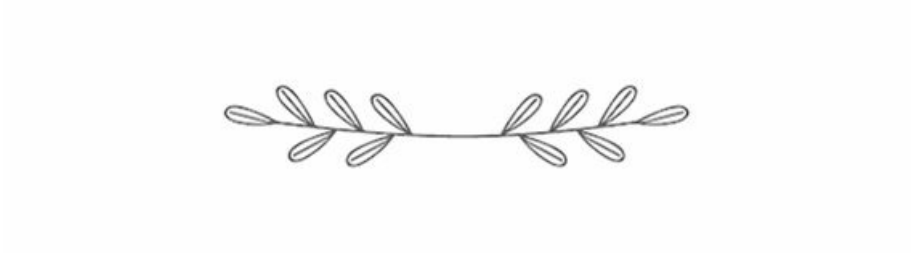
—Pues vale, cariño, portaos bien. Nos vemos a la noche.

—No te voy a mentir. Vamos a estudiar, pero en el descanso… Te lo digo porque a partir de ahora no quiero que haya secretos entre nosotras.

—Ay, Dios, eso no sé si quiero escucharlo. Y aun así prefiero que me seas sincera.

Salí feliz pensando en que aquel problema nos uniera más. Aparte de que me quité la preocupación de que Jairo fuera una mala influencia para mi hermanita. No solo no lo era, sino que había demostrado dar la cara por ella como nadie. Ese chico tenía un corazón de oro y estaba tan enamorado de Cris como Cris de él. Todo lo que sonaba a amor me hacía suspirar.

Capítulo 14



Unos días más tarde, Luca me llamó por teléfono. Yo estaba trabajando y Luis vio su nombre reflejado en el teléfono.

—Veo yo eso, que me llama a mí, y me caigo muerto—murmuró.

—"Eso" es Luca, hombre—dije entre risas mientras descolgaba.

—Eso es un portento—susurró él para que el otro no se enterase.

Me aparté un poco porque mi amigo me haría reír.

—Buenos días, Luca, ¿has pensado ya en algo? —le pregunté contenta, porque a mi hermana le vendría de perlas un buen escarmiento.

—Sí, he pensado en algo, pero me gustaría hablarlo en persona contigo, si te parece bien. Estas cosas son un poquito delicadas.

—Sí, claro, ¿no me va a parecer? Lo único es que no salgo hasta las nueve, no sé cómo podría ir a tu despacho, ya no serán horas.

—Cierto. Te estaré esperando en la puerta de tu trabajo. Chao.

Me quedé a cuadros, ¿venía a recogerme solo para eso? ¿Cómo podía yo tener tanta suerte? Nos estaba echando un cable de la manera más desinteresada y encima tenía unas atenciones para con nosotras que me sacaban la sonrisa, ¡y cómo!

Colgué y Luis se vino hacia mí.

—Reyes, corre, que hay sonrisa al canto—le indicó.

—¿Qué dices de sonrisa, so petardo? Si yo no estoy sonriendo ni nada.

—No ni *ná*, como dicen en Andalucía. Pues claro que lo estás haciendo, traes una sonrisa de oreja a oreja, aunque a mí me llama ese y me llevo saltando tres días, aunque sea para comunicarme que vienen a detenerme, pero que me hable—rio.

—No, es para decirme que me recogerá luego…

—¿Una cita? So suertuda, ¿y cómo me lo restriegas así por toda la cara y sin anestesia y sin nada? ¿No comprendes que me puede dar un chungo al corazoncito?

—Chungo lo llevas tú como sigas diciendo pamplinas, ¿cómo va a ser una cita? Tontorrón, que tiene que hablarme del tema de mi hermana, ya sabe dónde la va a colocar.

—Claro, claro… y eso tiene que ser por la noche. Aitana, tú llevas demasiado tiempo fuera del mercado. Menos mal que me tienes a mí—me cogió del brazo.

—Gracias por excluirme—añadió Reyes.

—Bueno, y a la envidiosilla esta también.

—Todavía te arreo—le advirtió ella.

—No, algo más productivo. Pregúntale a Claudia—se refirió a una de nuestras compañeras de la sección de maquillaje—si tiene tiempo para que Aitana pase por chapa y pintura.

—¿Qué dices, loco? Ni en broma—negué—. Yo no pienso salir de aquí como si fuera a la gala de los Óscar, que no. Voy ligeramente maquillada y así está bien.

—Por una vez te lo voy a dejar pasar por ser la primera, pero para la próxima te espero. Que sea en sábado y te pones deslumbrante—me advirtió.

—¿De verdad tú te crees que se trata de una cita? Se te va mucho la chota, Luis.

—De momento te recoge aquí, se preocupa tela por tu hermana, ha llevado tu caso sin cobrar… La pregunta que te debes hacer es, ¿de verdad tú te has pensado que eso es normal? Porque ya te adelanto yo que no lo es, chavala.

—No seas bobo. Le hemos caído bien desde el primer momento, solo es eso.

—A ti ese te echó el ojo desde el día que vino a por el traje, y llámalo el destino o llámalo Cupido, al final os visteis en comisaría.

—O llámalo más bien casualidad, porque así es como se llama.

—No me pudras la sangre, ¿vale? Te quiero ver salir con tu mejor sonrisa. A ver, ponla.

—Mira que eres tonto, que me dejes…

—No te pienso dejar hasta que ensayes. Tú vienes de una época de desgaste y ya es hora de que te pasen cosas buenas. Venga, sonríe.

—Como no lo hagas, no parará. Ya sabes que cuando se empecina en algo… Sonríele, mujer, que es gratis—me comentó Reyes.

—Vale, vale…

Me puse a hacer el tonto porque en realidad estaba muy contenta, haciendo como que posaba. Ya hay que tener mala suerte, porque para una vez que desconecto del trabajo, pasó por allí Benito y me pilló.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo, Aitana? —me preguntó airado.

—Nada, nada, Benito… Que voy corriendo a colocar mercancía…

Me la tenía jurada, es que parecía que tenía puesto el foco en mí el sieso aquel.

Lo hice, salí corriendo, aunque el hombre que estaba al lado de él me detuvo.

—No tan rápido, por favor, señorita Santos—me indicó al ver mi apellido en la chapita.

—Usted dirá—no le conocía y podía ser un gran jefazo. Por su distinguido porte, cabía esa posibilidad.

—¿Qué le ocurre, señor Mendoza? ¿Ve algún problema más con esta empleada?

—¿Problema? En absoluto… Es más, tengo una idea en mente que bien podría casar con la imagen fresca de esta chica. Me gustaría darle una vuelta, ¿existe alguna posibilidad de que me paséis sus medidas? Si no es así, yo mismo podría tomárselas, si ella no tiene inconveniente.

Por su forma de hablarle a Benito pensé que sería alguien que estaría muy por encima de él en el escalafón de la empresa.

—¿Se refiere a ella? —me señaló incrédulo.

—Exactamente…

—Bueno, claro que no hay ningún inconveniente en que le acompañe a donde usted necesite, faltaría más.

Nunca había visto tanta condescendencia en ese crápula de Benito, que me indicó que acompañase al señor Mendoza, quien resultó ser un diseñador, dueño de una de las marcas más conocidas de las que comercializábamos en la cadena.

No me dio demasiadas explicaciones, simplemente me tomó las medidas y, sin más, se despidió de mí. Parecía un tipo parco en palabras y yo me quedé sin ellas igualmente, ¿de qué iba aquello?

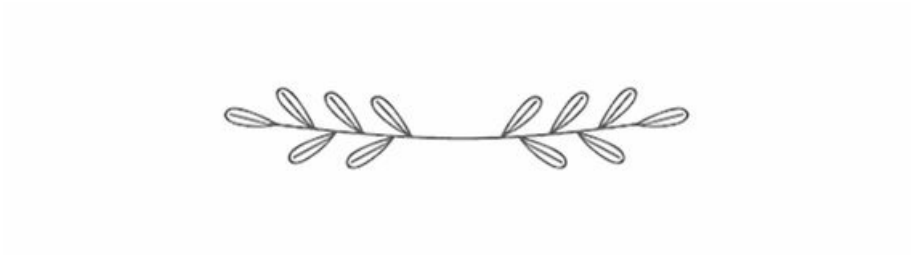
—Exactamente…

—Bueno, claro que no hay ningún inconveniente en que le acompañe a donde usted necesite, faltaría más.

Nunca había visto tanta condescendencia en ese crápula de Benito, que me indicó que acompañase al señor Mendoza, quien resultó ser un diseñador, dueño de una de las marcas más conocidas de las que comercializábamos en la cadena.

No me dio demasiadas explicaciones, simplemente me tomó las medidas y, sin más, se despidió de mí. Parecía un tipo parco en palabras y yo me quedé sin ellas igualmente, ¿de qué iba aquello?

Capítulo 15



A la hora de la salida, Luca me esperaba en el interior de su coche.

—Sube, por favor. Espero que no estés demasiado cansada y que me puedas dedicar un rato—me habló con su habitual elegancia.

Todo su coche olía a su caro perfume, uno que nosotros también vendíamos y que tenía un precio prohibitivo, lo cual no debía ser ningún problema para alguien como él, que a todas luces era un ganador.

—No, por favor, ningún cansancio. Estoy encantada, de hecho. Nunca me hubiera imaginado que alguien como tú se tomase tantas molestias en nuestro caso y…

—Oye, Aitana, que a mí no me gustaría que me siguieras hablando como si me debieras la vida, ¿vale? Quiero que me trates como a un amigo que pretende que las cosas te vayan mejor.

—¿Un amigo? ¿Tú y yo somos amigos?

—Pues claro que lo somos, ¿no te lo estoy demostrando?

—Es verdad. Es que estoy acostumbrada a que mis amigos son los de más tiempo y eso.

—Ya, como Luis y Reyes… Noto los cuchicheos—me sonrió.

—Ay, por favor, ¿tú te has dado cuenta? No les hagas caso a esos dos, que cascan mucho…

—Ya, sobre todo Luis…

—Bueno, es que a Luis igual le molas un poquillo—reí.

—¿No me digas? Y yo que no me había dado cuenta…

—No, qué va…

—Oye, vamos a tomar esas tapas que te comenté y hablamos. Necesito que le des el visto bueno a mi idea para Cris.

—¿Cómo darle el visto bueno? Lo que tú hayas pensado seguro que estará fantásticamente bien para ella.

—Eres muy entusiasta y me gusta. También me gusta la confianza ciega que depositas en mí.

—¿Y cómo no iba a hacerlo? Imagínate… Si no confío en ti, no sé en quién podría hacerlo. Oye, ¿tú no habías dicho que tomaríamos unas tapas? Lo digo porque este es un restaurante de lujo—le indiqué al verle aparcar.

—Es uno normal y no hace falta que te diga que estás invitada—me respondió.

—No, si no es por eso—repuse pensando en que más me valdría estarlo, pues estaba tiesa como la mojama.

Nos sentamos a cenar y pidió un vinito por ambos, con mucho criterio, por cierto.

—Brindemos por tu hermana, porque pronto encuentre su camino—murmuró y esas palabras me encantaron.

—Lo va a hacer y será, en gran parte, gracias a ti.

Todo había sido muy improvisado y yo estaba un poco sorprendida.

—Pues verás, Aitana, el caso es que se me había ocurrido que tu hermana formara parte de un programa que veo muy interesante para ella.

—Seguro que lo será, cuéntame…

—Se trata de un programa de acogimiento donde la mayoría de los críos son hijos de drogadictos a los que se les ha tenido que retirar la custodia. Cuando entre en contacto con ellos, tu hermana se dará cuenta de hasta qué punto ese tipo de sustancias pueden afectar a una persona, desestabilizando una familia por completo.

—¡¡Me parece una idea cojonuda!! —exclamé y me quedé algo cortada de inmediato.

Apenas me di cuenta de que, tan bien como me pareció, me hizo levantar un poco el tono de voz y que el resto de los comensales me miró.

—Señores, es que lo es, háganme caso—salió él al paso levantando su copa.

Tenía un carisma increíble y caía genial a todos. Salvó la situación con una elegancia que me dejó de piedra.

—Lo siento, lo siento muchísimo. Yo no soy así, no soy ninguna ordinaria, ¿eh?

—¿Qué dices de ordinariez, Aitana? Si solo se trata de un gesto espontáneo y de lo más divertido.

—Ah, vale, vale… Es que mira, se me han subido los colores y todo—le indiqué.

—Pues tendrás que hacer esto más a menudo, porque te sienta genial que se te suban los colores—me comentó y claro, como que se me subieron más.

—¿De qué estábamos hablando? —le pregunté muy nerviosa.

—De lo de tu hermana y el centro de acogida.

—Ay, sí, sí… Mira, Cris se ha puesto farruca de un tiempo a esta parte, pero es una chica buena y tiene un gran corazón. Créeme que ese proyecto está hecho a su medida. Es más, los niños le gustan, no te defraudará.

—Eso ya me lo imagino. Uno está acostumbrado a tratar con todo tipo de familias y las cosas se ven.

—¿Y qué ves exactamente en la mía si es que puede saberse?

—Pues que eres una gran hermana mayor y que has hecho muy bien los deberes con Cris, eso es lo que veo. Así que no tienes nada de qué preocuparte, solo te lo piensas y me dices.

—¿Y qué es lo que tengo que pensarme yo? Irá de cabeza y punto.

—¿Sí? Pues mañana mismo les doy la confirmación a los responsables del programa. Tan solo tendrá que coger un autobús, está a diez kilómetros de aquí.

—Como si tiene que coger un avión…

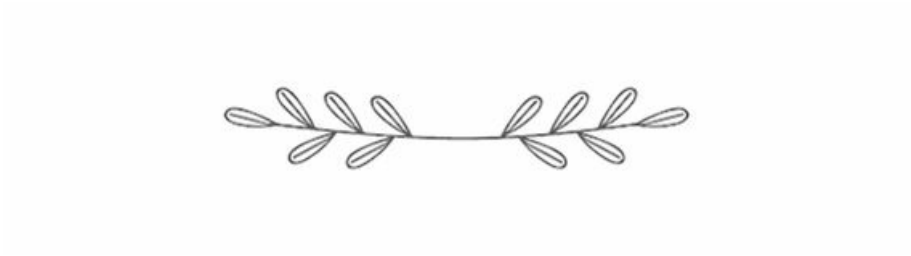
)

Qué contenta me había puesto. A continuación, se interesó por muchos aspectos de ella y de nuestra vida en general. Debía tener mucha sensibilidad cuando se ocupaba de esa manera de dos desconocidas.

Aparte, sus ademanes distinguidos le hacían súper atractivo a mis ojos. Me encantaba la moda y todos y cada uno de los detalles que llevaba hablaban de su buen gusto.

Recordaba lo que decían mis amigos de que aquello era una cita y no podía estar de acuerdo, aunque sí lo estaba en que me gustaría que lo hubiera sido. Para mí, Luca estaba como a otro nivel, aunque no se daba ninguna importancia frente a mí y me trataba de un modo que me encantaba.

Capítulo 16



Cuando llegué, Cris ya dormía a pierna suelta. Como tantos adolescentes, era una marmota que tenía necesidad de dormir gran cantidad de horas.

Me quedé mirándola y pensé en que tenía mucha suerte, pues todos velábamos por ella.

Nos vimos en el desayuno, antes de que me marchase a trabajar y entonces le conté.

—Podría haber sido mucho peor, los niños me gustan, ya lo sabes.

Estaba muy cambiada. Se había llevado un gran palo con todo lo que se lio y con la detención de su novio y del hermano de este.

—Claro que sí, cariño. Irás por las mañanas y luego tendrás toda la tarde para estudiar con Jairo, ¿cómo le va?

—Le va mejor, algunas asignaturas le cuestan pero yo, para explicárselas mejor, me estoy poniendo las pilas. A mí me cuesta menos…

—Si al final vais a formar un gran equipo, ya lo verás.

—Todavía no te he dado las gracias en firme por lo que hiciste con Bruno. No era fácil de convencer y lo hiciste en un periquete, ¿qué le dijiste? Creí que nunca me dejaría volver a estar con Jairo.

—Bruno es un tipo fenomenal y, en el fondo, como que hablamos el mismo idioma, cariño.

—Claro, castellano… Tú no sabes otro.

—Mírala ella, como si fuese políglota. Pues que tengas muy claro que tienes pendiente sacarte el B1 de inglés. Y de ahí para arriba, que hoy sin un B2 no se va a ninguna parte…

—Tú sigue tirando para arriba—rio.

—Si sabes que tienes una cabeza que ya la quisiera yo para mí.

—¿De dura quieres decir? —se mofó.

—De dura también, tela marinera, mucho… Pero no solo de eso, cariño mío, y lo sabes. Eres un portento, solo tienes que ponerte y llegarás donde quieras.

—No me taladres mucho, anda, que te veo las intenciones… Vete ya, que yo recojo todo lo del desayuno.

—¡Te acabo de pillar! Impostora, ¿quién eres tú y qué has hecho con mi hermana? —le pregunté entre risas.

—A partir de ahora trataré de colaborar más en todo, te lo prometo.

—Conque mantengas tu cuarto en condiciones ya me alegro, pero que sí, que ya somos dos adultas y…

—¿Para eso soy adulta?

—No me tires de la lengua, que te hecho el sermón… Si lo eres para hacer ciertas cosas con tu novio, también para arrimar el hombro en casa.

—Mira, ese es un buen argumento. Cuando los tienes, los tienes… Tira ya, que todavía llegarás tarde y dices que tu jefe no tiene buen comer.

—No lo tiene, no.

De camino al trabajo iba pensando en las cosas que me sucedían en los últimos días, incluida la ayuda de Luca, la cena y lo sucedido con el señor Mendoza, que aún no sabía de qué iba. Y tan ensimismada me encontraba en mis pensamientos que no me di cuenta de que me chocaba con alguien. A él le debió pasar lo mismo.

—Pero bueno, ¿es que nosotros estamos abocados a hacernos la puñeta? Lo mismo me sale un chichón—bromeé porque me di un golpe con Bruno.

—Sigo manteniendo que eres un peligro en potencia y a las pruebas me remito, qué tortazo nos hemos dado. Perdona, me despisté con el móvil, me habló Jairo.

—Claro, claro tú qué vas a decir, ¿cómo está él?

—Mejor, muchísimo mejor… Me tiene sorprendido, si no para con los libros… Cuando llega de tu casa, sigue estudiando por la noche. Y hasta me hace algunas preguntas. Yo hay cosas de las que me acuerdo, ya te digo que a mí los libros me gustaban.

—Eso está bien, qué mono.

—¿Y Cris? ¿Cómo lleva lo de la expulsión?

—Bien, bien. Además, que el curso terminará muy pronto, por suerte no le ha cogido a principios ni a medias. También le ayudará que va a ingresar en un programa de acogida de niños con padres drogadictos, para que sepa lo que vale un peine y se le quiten las ganas de tonterías.

—Eso está cojonudo…

—Anda, lo mismo que dije yo… Solo que en mi caso lo solté en un contexto que me puso un poco en apuros.

—¿Por decir cojonudo? Que yo sepa no es ningún delito—me sonrió.

—No, desde luego que no lo es, pero si lo sueltas en medio de un restaurante súper pijo y todos te miran…

—Anda, es que yo a esos no suelo ir demasiado, la verdad.

—Yo tampoco.

—Bueno, pues si te apetece que un día nos tomemos algo y nos contemos cómo van nuestros dos pequeños cafres ya sabes dónde tengo el taller. Eso sí, por favor, te agradezco que aparezcas sin Policía, que ya sé cómo te las gastas.

—No seas malo conmigo, porfi.

—¿Yo malo contigo? Mejor me callo lo que pienso. Oye, que me alegro mucho de verte y de que todo vaya bien.

—Lo mismo te digo.

Bruno era una de esas personas de mirada limpia y cristalina. Pese a todas las barbaridades que le dije y que hice no parecía tenérmelo en cuenta en absoluto y se portaba conmigo como la amabilidad hecha hombre.

Me sentía bien, como si todo en la vida, por fin me comenzase a sonreír. Ya me iba tocando o al menos eso quería pensar.

Luis y Reyes me esperaban expectantes.

a—Que sí, que fuimos a un restaurante de mucho nivel, pero solo porque Luca quería que charlásemos tranquilos– les comenté.

—Reyes, yo la sujeto y tú le metes, ¿o al contrario? Dicen que el orden de los factores no altera el producto y mucho menos si el producto está caducado como este, porque a tu amiga es que le pasa algo.

—¿Ahora solo es amiga mía?

—Sí, sí, porque cuando se pone así de tonta yo es que no la soporto, ¿será pava?

—Vale, vale, que llegará Benito y nos encontrará charlando. Y la bronca me la llevaré yo, que me tiene enfilada.

—Y el señor Mendoza ¿qué quería? ¿Te ha llamado o algo?

—Qué va, supongo que igual tenía un modelo en mente y quiso saber cómo le quedaría a alguien con mis medidas, qué se yo…

—Reyes, yo la sujeto y tú le metes, ¿o al contrario? Dicen que el orden de los factores no altera el producto y mucho menos si el producto está caducado como este, porque a tu amiga es que le pasa algo.

—¿Ahora solo es amiga mía?

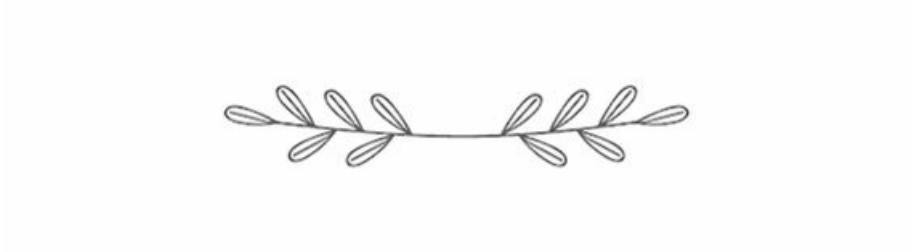
—Sí, sí, porque cuando se pone así de tonta yo es que no la soporto, ¿será pava?

—Vale, vale, que llegará Benito y nos encontrará charlando. Y la bronca me la llevaré yo, que me tiene enfilada.

—Y el señor Mendoza ¿qué quería? ¿Te ha llamado o algo?

—Qué va, supongo que igual tenía un modelo en mente y quiso saber cómo le quedaría a alguien con mis medidas, qué se yo…

Capítulo 17



A media mañana, Benito me reclamó.

—Ven a mi despacho, el señor Mendoza quiere hablar contigo.

Las miraditas de Luis y de Reyes no se hicieron esperar, aupando una ceja.

—¿Yo? ¿Me lo estás diciendo a mí?

—Si, a ti. No te hagas la tonta ni de rogar, corre…

Lo hice, me apresuré nerviosa y, una vez entré en el despacho, él me pidió que cerrase la puerta. Cuando justo lo iba a hacer, vi que Benito también pretendía entrar y que no le había borrado la nariz de milagro.

—Benito, quisiera hablar a solas con ella—le comentó y noté el coraje en sus ojos.

—Claro, cómo no.

El señor Mendoza era harina de otro costal, muy elegante.

—Toma asiento, por favor, Aitana.

—Claro—me aclaré la voz y me senté, nerviosa.

—Quería hablarte de algo, de algo relacionado con lo que sucedió ayer.

—¿Algún problema al tomarme medidas? Puedo pasar por el taller de nuevo, no hay ningún problema.

—No, ningún problema, sino todo lo contrario.

—Vaya por Dios, no entiendo, la verdad…

—No, por favor… Si no se trata de nada malo, ya te lo he dicho. Verás, llevo semanas dando vueltas por las distintas sucursales en busca de alguien que me llamase la atención.

—Ahora le entiendo menos, la verdad.

—Queremos lanzar una nueva marca, unida al nombre de estos grandes almacenes. Una marca de ropa casual que sirva de referencia a las jóvenes y para ello se me metió en la cabeza que quería que alguna de nuestras empleadas fuese su cara visible, la modelo que la dé a conocer.

—¿Y ha pensado en mí para eso? —le pregunté con los ojos muy grandes, grandísimos.

—Pues sí, querida, he pensado en ti porque verás… No se trata solo de tu físico, que lo tienes, por supuesto que lo tienes… También es tu gesto y lo que transmites. Me gustaría explicarte. Yo soy de identificar un producto con una persona concreta. Y cuando te vi moverte, te escuché hablar y demás, entendí que esa línea va dirigida a chicas como tú.

—La verdad es que me estoy quedando bastante fría, no esperaba esto.

—¿Lo dices porque la idea te impone? Puedo entenderlo, aunque contarías con mucha ayuda y demás. Si no habías pensando nunca en nada así…

—En realidad, señor Mendoza, es que yo soy una chica sencilla y pese a eso… Pese a eso una tiene sus sueños y ser modelo habría sido el mío. Pero claro, no tuve los medios y después se me pasó la edad.

—Puede que para subirte a una pasarela de alta costura sí, pero no para un proyecto como el que te estoy ofreciendo. Cuentas con la edad perfecta para presentar esa colección. No sería nada inmediato ni me tendrías que contestar ahora. Lógicamente, firmarías un contrato y tus ganancias serían sustanciosas. De todos modos, el proyecto se materializaría después del verano.

—Es que yo no tengo nada que pensar, ¡es sí y mil veces sí! —le avancé con tremendo entusiasmo, pues no era para menos.

—Pues entonces, cuento con ello. Me has quitado un gran peso de encima, porque la búsqueda no era cualquier cosa. En breve hablaremos de las condiciones económicas. Cuenta con que te van a cambiar la vida, solo te digo eso.

Con lo que no conté fue con salir cardíaca de ese despacho. Cuando los chicos me vieron, se vinieron hacia mí preocupados.

—¿Benito te la ha montado por algo? Cielo santo, qué imbécil es. Todavía voy y le canto las cuarenta—me

comentó indignadísimo Luis.

—Que no, que no… Que Benito no ha podido ni entrar en el despacho. El señor Mendoza solo quería hablar conmigo… ¡me ha ofrecido ser la modelo que presentará una nueva línea de ropa!

—¿De esta cadena?

—Sí, ¿no es una locura? —los abracé.

—Más que una locura, ¡es un sueño! —chilló Luis.

—Ya te digo, con la de veces que hemos bromeado con eso de que tú valías para modelo—añadió Reyes.

—A mí es que me va a dar algo. Siento un calor tremendo por dentro…

—Eso es mitad por la noticia y mitad por la cenita con el abogado buenorro, que poco se habla de lo que se coció allí—volvió a la carga Luis.

—Calla, tontorrón… A ver si te has creído que mi vida ahora es como un cuento, que todo se me va a volver de color de rosa.

—No, qué va… Pues claro que va a ser así—me cogió en brazos él.

—Y para cuentos lo que tendrás tú entonces, igual ya nos miras por encima del hombro—bromeó Reyes.

—Yo a vosotros os quiero y os voy a querer siempre, ¿me oís? Sois mis amigos y de las mejores cosas que me ha pasado en la vida, ¡sois como mis hermanos!

Estábamos en esa fase de plena exaltación de la amistad cuando llegó Benito con cara de haber ingerido ostras en mal estado.

—¿Se puede saber qué clase de fiesta se está celebrando aquí? ¡A trabajar todo el mundo!

—Benito, ¿no te has enterado? Que la niña se nos hace modelo, que va a ser la cara visible de…

—Ya, ya me he enterado, no hace falta que me lo repitas. Hay decisiones que no hay quien las entienda, será que no habrá profesionales para eso—se quejó.

—Haberlas las hay, como las meigas, pero si alguien con ese ojo la ha escogido a ella, por algo será, ¿no te parece? Así que hoy, hagamos fiesta o no, en esta sección vamos a celebrar—defendió Reyes.

—Pues lo celebráis dando el callo, que es para lo que se os paga. Y las pamplinas las dejáis para la hora de la

salida, cuando mis ojos no las vean—nos soltó antes de girar sobre sus talones para marcharse.

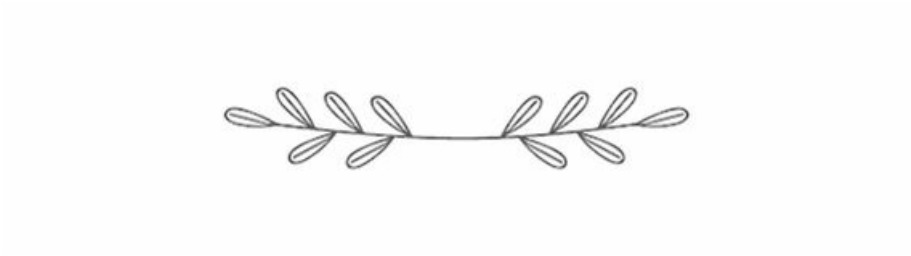
—Te juro que no sé lo que le hacía a ese tío tan revenido. Tú ni caso, mi niña, que te quiero ver sonreír lo más grande—me pidió mi amiga mientras Luis asentía.

n

salida, cuando mis ojos no las vean—nos soltó antes de girar sobre sus talones para marcharse.

—Te juro que no sé lo que le hacía a ese tío tan revenido. Tú ni caso, mi niña, que te quiero ver sonreír lo más grande—me pidió mi amiga mientras Luis asentía.

Capítulo 18



Camino de casa, me entró un mensaje de Luca. Quería que pasara por su despacho para firmar los papeles que autorizaban a mi hermana para entrar en el programa.

En una marisquería cercana a casa, compré un bogavante cocido, que era el manjar preferido de Cris, quien flipó al verlo.

—¿Es que nos ha tocado la lotería? —me preguntó.

—Sí, cariño, nos ha tocado. En cierto modo, nos ha tocado. Tengo que contarte. Ve poniendo la mesa.

Le comencé a relatar todo lo acaecido y a ella es que le salía el orgullo por las pupilas.

—¿Mi hermana modelo? Pero bueno, ¡si ese sería tu sueño!

—Sí, cariño, aunque todavía no hay nada firmado, pero que me han dicho que cuente seguro con ello. Estoy que no me lo creo.

—Pues ya es hora de que te lo creas, porque si eso te ha sucedido es gracias a que te lo mereces. Y mucho más…

—Es que no sé nada fijo, aunque ya te digo que si las cosas me salen como pintan, incluso podríamos dejar el alquiler y comprarnos nuestra propia casa.

—¡Y hasta tendríamos un coche! No me mires así que ya me acuerdo de la que lie a consecuencia de eso, pero qu sería tuyo. Eso sí, lo elijo yo y me lo dejas, ¿eh?

—Oye, oye, que no quiero que esto se convierta en el cuento de “La lechera”…

—Da igual, tú te mereces todo lo bueno que te pase y yo estoy segura de que todo saldrá sensacional. Qué contenta estoy por ti.

Me ofrecieran lo que me ofrecieran, sería algo importante… Nada que ver con mi sueldo de mileurista, por lo que había que celebrar. Y ese bogavante fue una buena manera de hacerlo.

Tan nerviosa estaba, que quise dejar cosas finiquitadas, y antes de entrar a trabajar en mi turno de tarde, le pregunté a Luca si podía pasar por su despacho y echar la firma. Me comentó que pensaba llegar más tarde, pero que por mí no le supondría ningún esfuerzo hacerlo antes, y entonces nos vimos allí.

—Aitana, ¿qué te pasa que estás tan contenta y nerviosa a la vez? —me preguntó porque mis dedos tamborileaban en su mesa.

—Es que me ha sucedido algo guay, Luca. No quiero fardar, aunque tampoco me lo puedo quedar dentro porque estoy tan contenta que solo quiero gritarlo.

—Algo que quieras gritar a los cuatro vientos no puede ser contenido, suéltalo.

—Por favor, debes ser discreto porque yo aún no he firmado nada, ¿lo serás?

—Soy abogado, se me presupone secreto profesional.

—Ya, pero yo no soy tu cliente…

—Sí, por el otro tema, como representante de tu hermana.

—Anda, pues es verdad. No había caído, es que eres muy listo.

—Venga, Aitana, que nos vamos conociendo y estoy deseando saber.

Puso mucha atención a lo que yo le decía, escuchándome, y luego me habló.

—Tú eres consciente de que esto es una cosa muy gorda, ¿no?

—¿Tú crees? ¿Tanto?

e
—Sí que lo creo, sí. Recuerda que te dije que soy penalista, pero en determinadas etapas de mi vida he llevado temas de contratos y sé muy bien de lo que hablo.

—¿Y cómo sabré desenvolverme en ese mundo? Es decir, el señor Mendoza parece buena persona, aunque podrían darme gato por liebre y ni siquiera me enteraría. Eso haría que se me quedase una cara de tonta…

—¿De verdad me lo preguntas? Cuenta conmigo, como para todo.

—Bueno, pero en ese caso ya te pagaría, que entonces sí tendría dinero para hacerlo.

—Ya hablaríamos de todo. Quiero que sepas que estoy aquí para todo lo que te haga falta, no te olvides.

—Gracias, Luca, es una pasada lo que estás haciendo por nosotras. Te lo digo muy en serio. En cuanto sepa algo más, vendré y te lo contaré.

—Pero antes iremos a celebrarlo, porque debes saber que esto hay que ir celebrándolo ya, ¿qué te parece si quedamos para cenar el sábado por la noche? Tú solo tendrías que poner tu imponente presencia, de todo lo demá me encargaría yo. No puedes decirme que no, no puedes…

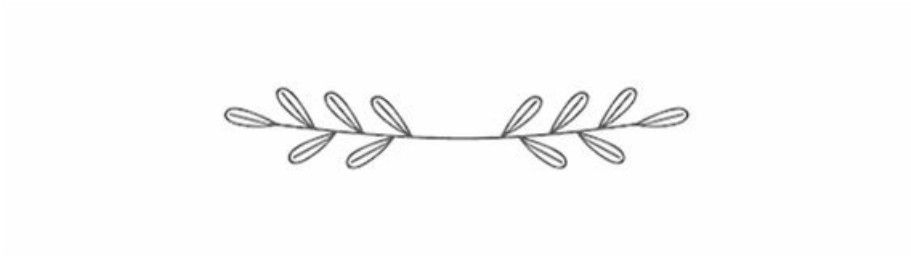
—Bueno, pero en ese caso ya te pagaría, que entonces sí tendría dinero para hacerlo.

—Ya hablaríamos de todo. Quiero que sepas que estoy aquí para todo lo que te haga falta, no te olvides.

—Gracias, Luca, es una pasada lo que estás haciendo por nosotras. Te lo digo muy en serio. En cuanto sepa algo más, vendré y te lo contaré.

—Pero antes iremos a celebrarlo, porque debes saber que esto hay que ir celebrándolo ya, ¿qué te parece si quedamos para cenar el sábado por la noche? Tú solo tendrías que poner tu imponente presencia, de todo lo demás me encargaría yo. No puedes decirme que no, no puedes…

Capítulo 19



El viernes fue el primer día que Cris trabajó en el proyecto. Y cuando vino, lo hizo conmovida.

—No te imaginas lo bonitos que son los chiquitines, los hay de todas las edades, Aitana. Creo que me he enamorado.

—Yo creí que ya lo estabas—le comentó Jairo, que venía detrás de ella con Letal. Le había invitado a almorzar también para que ella pudiera contarnos a ambos a la vez.

El animal, cuando me vio, en lugar de echar a correr como en otras ocasiones, se me tumbó bocarriba y quiso que le acariciara la panza.

—Es que no me lo puedo creer, qué simpático—le decía yo.

—Es que lo que le pasa a Letal es que detecta la buena o la mala onda, y claro antes aquí había un poquito de tensión. Pero como ahora estamos todos muy bien, él lo único que quiere es que le hagas cosquillas. Venga, ¿se las haces?

—Ay, Jairo, qué contenta estoy ahora de que estés al lado de mi hermana.

—Es que tú te creías que yo era otra cosa, ¿verdad? Pero no soy malo…

—¿Cómo vas a ser malo? Tú la proteges tanto como yo.

—Y Letal ni te cuento. Tú le ves así, como un muñequito, pero le arranca la cabeza a uno si ve que le va a hacer algo a Cris.

—Tienes mucha suerte, hermanita, mucha suerte…

—Sobre todo de tenerte a ti. Jairo, ¿te ha contado ya Aitana que va a ser modelo?

—¿Modelo? Ay, madre mía, no…

—Pues sí, nos va a cambiar la vida. E igual ya no seguimos yendo en el patinete.

—Pero si el patinete mola más que nada, ¿por qué no? Es que yo no lo entiendo… Por cierto, Aitana, que hoy es el cumpleaños de mi hermano Bruno, y resulta que le voy a preparar una fiesta sorpresa, ¿te vienes esta noche o tienes plan?

—¿Yo? —me cogió por sorpresa—. No, no tengo plan para esta noche, para mañana sí, pero no para hoy.

—¿Tienes plan para mañana? Si no me habías contado nada. Estás que te sales, hermanita.

—Cris, menos coña.

—Pues ya está. No tienes que traer nada, yo me ocupo de toda la cena, voy a cocinar—nos comentó él.

Bruno se merecía que tuviese un detalle con él, por lo que quise escoger una camisa una vez de vuelta al trabajo.

—Luis, ¿cuál te gusta más? Que me la voy a llevar.

—¿Para Luca? Ninguna de las dos. A ese le tienes que regalar una mucho más cara, bonita, se siente. Con el descuento de empleados puedes…

—Que no es para Luis, alcornoque, que es para Bruno, que ceno con él esta noche.

—Oye bonita, yo no es por nada, ¿pero a ti no te parece un poco abusar eso de tener las citas a pares? Es que, claro, así no nos salen las cuentas a los demás.

—Pero ¿tú qué cuentas quieres que te salgan si sería igual? ¿No ves que ninguno de los dos es gay?

—Eso es verdad, porque están muy buenos, los dos lo están más que el pan con Nutella, pero son dos desaboridos heterosexuales—afirmó poniendo un gracioso mohín.

—Desde luego que no sé cómo te soporto. Venga, ayúdame con mi elección.

—Yo te ayudo, pero cuando seas una modelo famosa, a ver si te acuerdas tú de mí.

—Que tampoco me convertiré en una *top model*, hombre.

—¿Acaso te parece poco lo que te han ofrecido? Una diva, vas a ser una diva. Yo es que estoy loquito solo de pensarlo. Anda que no voy a fardar de amiga, pero fardar…

—Pues farda menos y dame tu punto de vista, ¿esta o esta? —le di a elegir entre dos.

—Esta, la otra me parece un poquillo más gay y no le pega a tu mecánico.

—Yo sí que te pegaré a ti. Con Luca no tengo nada, pero con Bruno menos. Bastante es que nos hayamos reconciliado. Ha sido muy generoso, por eso quiero asistir a su fiesta de cumpleaños. Por lo visto, va a ser una sorpresa.

—¿Y esa sorpresa quién la ha preparado? Si es que puede saberse…

—Su hermano, su hermano.

—¿El que está a falta de un hervor? Quiero fotos—rio.

—No seas malo.

Al salir, me di patadas en el culo para llegar a una tienda gourmet que había cerca del trabajo, en la que elegí una buena botella de vino que llevar, pues al menos quería aportar algo.

Cuando llegué a su casa, Bruno todavía no estaba allí, cosa que me alegró, pues así podríamos sorprenderle entre los tres. Mejor dicho, entre los cuatro, porque Letal era parte de su familia.

—También hay un gorrito para ti—me indicó Jairo y me partí, porque eran bastante infantiles, con su gomilla en el cuello y todo, pero él lo hacía de todo corazón y eso era lo que importaba.

A Cris le brillaban mucho los ojitos cuando le miraba y eso me hacía feliz. Yo lo único que deseaba era su felicidad, y si esa estaba al lado de Jairo, ya le quería a él también, aparte de que el chico se hacía querer. Eso sin duda.

—Venga ese gorrito—le dije.

—Estás guapísima, guapísima. A mi hermano le vas a encantar—me soltó y a mí lo que me soltó fue la risa.

—Tu hermano, con tal de que no me tire con un zapato, ya será suficiente. No empezamos con el mejor pie, precisamente. Desde luego que no.

—¿Qué dices del pie? ¿Es que hay uno mejor que otro? —me preguntó y me tronché, lo mismo que Cris, porque lo preguntaba en serio. Había que morir con él.

—Sí, igual que hay novios mejores que otros. Y tú eres el mejor de todos—le comentó ella mientras le daba un

besazo de tornillo.

—Cris, cariño, córtate, que estoy yo delante…

—Ay, es verdad, que yo quiero que me vea como un chico formal, para el día que le pida tu mano. Oye, pero que eso es un decir, ¿no? Que no te tienes que quedar manca para casarte conmigo. Digo yo, vamos.

—Oye, Jairo, yo te quiero hacer una preguntita, ¿tú fumas porros? Y por favor, dime la verdad—le interrogué borrándome las lágrimas de la cara con el dorso de la mano.

—Qué va. Yo me los fumaba de tres en tres, eso sí, pero ya no, porque me di cuenta de que me dejaban atontado y no puede ser—negó.

Yo es que no me lo podía ni imaginar. Si era así sin fumar, habría que verlo fumado. Por el amor del cielo, qué risas…

—Bueno, venga, ¿qué has preparado para la cena? Tendremos que ir poniéndolo en platos y demás antes de que venga tu hermano.

—Ah, pues un montón de cositas, llevo toda la tarde en la cocina porque son caseras.

—Pero bueno, yo no sabía que tenías ese don.

—¿Qué has dicho? No, a mí no me llames de eso, que Don Jairo me suena muy raro, yo soy un tío muy normalito

—Muy normalito, no eres, tú eres más bien un crack—me reía yo.

Qué cariño le estaba cogiendo y qué inocente era. Nunca lo hubiera pensado hasta que lo traté a fondo como estaba siendo el caso.

Se fue para la cocina y nosotras detrás. Entonces comenzó a sacar del frigo una serie de alimentos precocinados, todos ellos comprados en el supermercado.

—Aquí está la tortilla casera y este es el salmorejo casero y…

—¿Esto es todo lo que has preparado tú? —le preguntó Cris entre lágrimas de risa también.

—Sí, cariño, ¿a que te he dejado flipada? Pues si esto lo hago por mi hermano, imagínate lo que te puedo preparar a ti cuando vivamos juntos.

Tenía mucha gracia el tema porque lo que sí estaba muy claro es que él deseaba un futuro con mi hermana y a él

aludía a cada momento.

Le ayudamos a poner todas las cositas en la mesa.

—Ah, y esperad… Que esto no es todo: también hay patatas fritas y podemos hacer palomitas, que tienen su dificultad en el micro, pero tranquilas, que yo controlo y me salen súper buenas.

Risas y más risas. Y más cuando Letal daba un ladrido cada vez que una palomita explotaba. Y menuda orquesta que montó.

—Es que a él le encantan. Sus preferidas son las de mantequilla.

—¿Letal come palomitas? Mira, ya es lo que me faltaba por escuchar.

—Sí, claro que las come… Es que nosotros nos montamos "el cine en casa", que es mucho más barato.

—Eso es verdad, él es muy poco gastoso—afirmó Cris.

—Por eso le decía yo que no trapicheara, que es mejor tener poquito, pero no meterse en líos…

Su filosofía era tan sencilla y a la par tan bonita que ganas me daban de comérmelo a besos.

A todo esto, recibí un mensaje de mi abogado favorito que me hizo mucha ilusión.

Luca: "Buenas noches, guapísima. Sea lo que sea que estés haciendo, no te olvides de que mañana tenemos una celebración pendiente. Reserva energía".

Los vellitos de punta se me ponían porque el tío no era ya solo que estuviese bueno, sino que tenía algo que me atraía muchísimo. Y esa forma de buscarme, de estar pendiente de mí, me volvía loca, por mucho que yo no quisiera ni reconocerlo por no hacerme ilusiones.

—A ti te ha escrito el abogado, yo lo sé—me indicó Cris quien, al contrario que su novio, era muy viva y no se le escapaba una.

—Indiscreta, que eres una indiscreta—le di un manotazo porque pretendía quitarme el móvil.

Me encontraba muy feliz por todo. No solo por la repentina aparición de Luca en mi vida, sino porque mi herman estaba suave como un guante. Y eso para mí era oro molido.

De pronto se abrió la puerta y, lógicamente, era Bruno. Todos nos agachamos, incluso Letal, y nos pusimos a la par de pie.

—¡¡Sorpresa!!

Una amplia y agradecida sonrisa se formó en su atractivo rostro. Enseguida se vino para nosotros y nos dio un abrazo.

—No esperaba nada de esto, de verdad, gracias. De ninguno de vosotros, pero menos de ti—me señaló.

—Pues si no esperabas nada, imagínate cuando te ponga un gorrazo como el nuestro—le trajo su hermano uno enseguida.

—¿Es necesario que me lo ponga? —le preguntó.

—Ya te digo yo que sí porque si me lo he puesto, tú no te libras—le advertí.

—Pues también es verdad. Madre mía, ¡qué fiesta! —exclamó porque le dije por lo bajini que todo lo había preparado Jairo.

—Sí, sí, todo casero—añadió Cris.

—Es verdad, Bruno, te lo podría enseñar en las etiquetas, pero las hemos tirado—le sonrió a su hermano.

—Este chico es tremendo—añadió él.

—Y está tremendo también. Tu hermano lo está—añadió Cris, besándole.

—Ya están otra vez… Si es que parece que tienen un imán—reí y Bruno conmigo.

Nos sentamos alrededor de la mesa. Su piso, igual que el nuestro, era uno sencillo y de barrio, pero limpio, ordenado y bonito. Se notaba que Bruno hacía todo lo posible por darle a su hermano el mejor hogar posible. Era un hombre sensible y que se preocupaba mucho por él.

Mientras degustábamos los “manjares”, como los llamó Jairo, nos echamos unas buenas risas con sus ocurrencias porque según iba cogiendo confianza conmigo era más él, más auténtico, y los disparates le salían uno detrás de otro. Qué poquito me podía yo haber figurado que se trataba de un chico así de divertido, era lo más de lo más.

aUna vez hubimos cenado, llegó el turno de los regalos.

—Este es el mío, Bruno—se lo entregó mi hermana—. Como ya se me ha jorobado el negocio, es muy baratito, que estoy tiesa.

—Ni me lo recuerdes—le comentó él—. Pero bueno, si yo estas camisetas las utilizo mucho, gracias—le dio un abrazo.

—Pues ahora viene el mío, que mola mazo—le indicó Jairo.

—¡¡No me lo puedo creer!! ¿Dónde la has encontrado? —le dio un tremendo abrazo Bruno, ¡es el mejor regalo del mundo!

Entusiasmado, no dejaba de mirar una foto de ambos antigua, de cuando Jairo era un niño.

—Me he hartado de rebuscar por los cajones. Creo que papá la escondió hace años, estaba entre algunas cosas suyas.

—Bueno, supongo que lo haría por despiste—le quitó importancia Bruno. Se notaban sus muchas ganas de no disgustarle con un tema triste.

—O porque te escuchó decir que era tu foto favorita—añadió él con mucho acierto, porque su padre debió estar hecho de la piel del demonio.

—Lo importante es que ahora la hemos recuperado, ¡qué contento estoy!

—Pues ahora ya la puedes poner aquí en el salón. Ven, que la coloco encima de este mueble, que es donde más se ve.

Se levantó y él se lo dijo todo solo: "lo guapo que estoy yo aquí con mi hermano mayor, pero guapo" —se repetía — "y él más".

La adoración por Bruno no la disimulaba. A mí me encantaba comprobar lo bonita que era su relación. Y pensar que cuando apenas les conocía puse en tela de juicio que lo hiciera bien con Jairo. No, mucho peor que eso: le llegué a acusar de hacerlo como el culo con él.

Le miré con ternura y entonces me crucé con la brillante mirada de Bruno, quien parecía hablar con los ojos.

—Bueno, yo también te he traído una cosita. Apenas tuve tiempo para buscar, aunque creo que puede ser de tu gusto—le indiqué mientras sacaba el paquete con la camisa.

—Anda, ¡¡qué papel más chulo!! —exclamó Jairo.

—Pero que el regalo está dentro, no te creas—añadió Cris entre risas.

Solo por comprobar cómo se reía con él, ya sabía que era su chico ideal. Amén de que él demostraba valores a

tutiplén con ella.

Enseguida lo desenvolvió y vio la camisa.

—Cielos, ¡qué camisa tan chula! Me encanta, de verdad. Muchas gracias, no era necesario. Para mí solo con que…

—Ya, que solo con que no te denuncie te vale, pero que aparte te quería traer un regalito.

—Mujer, yo iba a decir que solo con que hayas venido, pero bueno…

De nuevo risas y más risas, antes de que Jairo indicase que era hora de bailar.

—No, ¡¡no puede ser!! —exclamé al comprobar que había llegado la hora del reguetón.

—¿Tú también lo sufres? —me preguntó él.

—¿Qué te voy a contar que no sepas? —le respondí.

—No le cuentes nada, ¡¡mejor baila con él!!

Jairo es que no controlaba mucho y me dio un empujón cariñoso para que lo hiciese. Yo tenía una copa en la mano, la cual vertí completa en la camiseta de su hermano.

—¡¡Lo has puesto chorreando!! —señalaba y reía.

—Ay, por favor, qué apuro—le decía yo mientras trataba de limpiarle con una servilleta.

—Y lo peor es que se le escurre hacia los pantalones. Quítatela—tiró de ella Jairo y dejó su pecho al aire… Por cierto, que era un lebrillo de lavar de los antiguos, qué bien hecho que estaba el tío.

Él se apuró bastante y enseguida fue a cambiarse, tras lo cual vino de nuevo y me invitó a bailar.

—Si hay que sufrir este tormento, mejor hacerlo juntos, ¿no?

—Pues mira, ya puestos, ¡¡sí!!

Se nos dio bien. Los dos teníamos ritmo y nos acoplamos de inmediato.

—Mira, mira cómo baila mi hermano, ¿es chulo o no es chulo el tío? —nos decía Jairo.

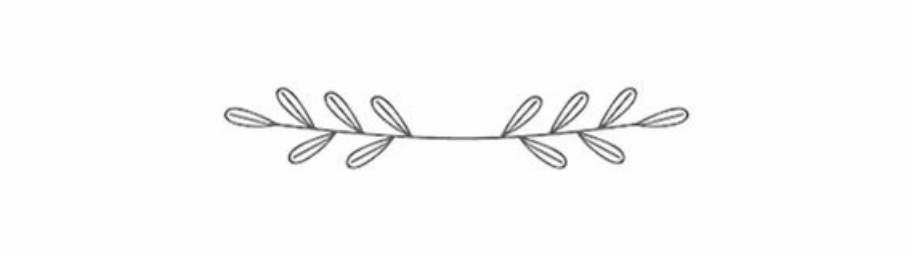
—Sí que lo es mi cuñado. ¡Toma ya! —exclamó mi hermana, quien estaba súper contenta y bailona.

No hubo manera de que parasen con la música hasta la entrada de la madrugada. En realidad, a todos se nos fue el santo al cielo, hasta que a la vecina de abajo le debió parecer que ya estaba bien de fiesta y comenzó a dar con el palo de la escoba en el techo. Cielo santo, lo que nos pudimos reír… Yo me había tomado unas cuantas copas y la risa me salía sola. Fue una noche fenomenal.

—Sí que lo es mi cuñado. ¡Toma ya! —exclamó mi hermana, quien estaba súper contenta y bailona.

No hubo manera de que parasen con la música hasta la entrada de la madrugada. En realidad, a todos se nos fue el santo al cielo, hasta que a la vecina de abajo le debió parecer que ya estaba bien de fiesta y comenzó a dar con el palo de la escoba en el techo. Cielo santo, lo que nos pudimos reír… Yo me había tomado unas cuantas copas y la risa me salía sola. Fue una noche fenomenal.

Capítulo 20



Me dormía en el trabajo al día siguiente. Yo no era de trasnochar cuando trabajaba. Es más, no era de trasnochar directamente, por lo que estaba que me caía de sueño.

—Eso es lo que tienes que hacer, divertirte. Y menos mal que esta tarde la tienes libre, porque debes dormirte una buena siesta para poder salir con tu abogado esta noche—me decía Reyes.

—Pero vamos, que si ves que estás rendida y no podrá ser, te sustituyo yo—se ofreció con gracia mi Luis.

—No, va a ser que yo me echo unas horitas y luego estoy como una rosa. En realidad, me hace ilusión ir—les comenté.

—Es que, si no te hiciese gracia, sería para coger un palo y partírtelo en el lomo, guapa. Tú tienes que acudir a esa cena hecha una reina en honor a todas las que quisiéramos ir en tu lugar y no podemos.

Me reía cantidad cuando hablaba de él mismo en femenino. Es que tenía una gracia enorme, una gracia de esas que te hacían reír en cualquier momento, independientemente de tu estado de ánimo.

El mío, todo hay que decirlo, era inmejorable ese día, por lo que me lo estaba pasando genial y más pensando en la cita de esa noche.

En cuestión de tan solo unos días sentía que se había dado la vuelta a la tortilla y que los principales problemas de mi vida desaparecían, aparte de que la ilusión por mi contrato para convertirme en modelo, que ni siquiera me podía creer todavía, me tenía también en una nube.

Benito estaba sieso a rabiar conmigo, como si no pudiera soportar mi buena suerte. Y a mí me importaba un bledo porque si ese sueño llegaba a convertirse en realidad, dejaría de ser mi estirado jefe, ¡si hasta ganaría infinitamente más que él!

La vida me sonreía y se me notaba. Todo marchaba mucho mejor que bien y estaba deseando que pasara el día para llegar a esa cena que me entusiasmaba, aunque también me tenía muy nerviosa.

Yo me consideraba una chica muy sencilla y me imponía la condición de abogado de éxito de Luca. No soy de las que cree que una persona valga más que otra por lo que tenga, aunque sí que me llamaba la atención su posición, su elegancia y ese porte que tenía, así como la forma en la que se desenvolvía en su mundo, como pez en el agua.

—Apuesto lo que quieras a que le estás dando vueltas a qué ponerte esta noche—me comentó mi Reyes.

—Dos horas me llevaré delante del armario…

—Como Dios pintó a Perico, eso ya lo sé yo—me soltó.

—¿Qué frase es esa? No la había escuchado nunca.

—Pues una corriente y moliente, bonita. Ven aquí, que te voy a ahorrar la indecisión—tiró de mi mano.

—Mira que estarás loquita, ¿dónde me llevas? ¡Que a mí no me viene bien comprarme nada!

—Ya lo sé, pero eso es porque no has visto el mono amarillo flúor que acaban de traer. Silvia lo ha colgado y ¡se lo están quitando de las manos!
—¿Amarillo flúor? Pero que ese tono es muy llamativo—observé.

—Ay, lo siento. Pues entonces ahora buscamos uno marrón o gris para que pases desapercibida, ¿a ti qué bicho te ha picado? ¡¡Que tienes que espabilar!! Tú eres impresionante y ese mono te va a quedar para chillarte, tonta.

Llegamos y Silvia los estaba colgando.

—A lo justo lo vas a pillar. Ha sido ponerlo y perderse la mayoría de las tallas, aunque tengo en el almacén uno d la tuya.

—Si es que yo no sé si me lo voy a quedar, Silvia, no me viene bien.

—Paparruchas, claro que te viene bien… ¿Cómo no te va a venir bien? Si esta prenda no puede faltar en tu armario, ¡no seas boba!

Estaban conchabadas y me lo trajo al galope. Me lo probé y me vi...

—¡¡Explosiva!! —chilló Reyes.

—¡¡Deslumbrante!! —añadió Silvia.

—Caro—repuse yo al mirar la etiqueta.

—Con el descuento de empleado te lo llevas, no hay excusa—me cortó el rollo Reyes.

—Es que con descuento y todo no es barato, cariño. No puede ser…

—Dime una cosa, Aitana, ¿cuánto tiempo hace que no te das un capricho? Un capricho de verdad, que te entusiasme y que te saque la sonrisa, niña. Te conozco desde hace mucho y has ido a menos… Conforme tu hermana se hizo una muchachita, todo era para ella. Y tú, ¿qué pasa contigo?

—¡¡Pues tienes razón!! —exclamé porque me entusiasmé. Me conocía e igual luego me entraban los siete males, pero no iba a renunciar a ese capricho porque ellas tenían motivos para llamarme la atención. Me tenía dejada de la mano de Dios.

Llegué a casa emocionada con mi adquisición y se la enseñé a mi hermana.

—¡Mola! A Luca se le caerán los huevos cuando te vea—me comentó.

—Cariño, por favor, esa boca…

—¿Tampoco se puede decir la palabra "huevos"? Pues nada, cuando vaya a comprarlos, a ver cómo me explico. Llevaré un dibujo—rio.

—Tienes tú mucha guasa…

—Sí, pero también tengo mis detalles. Hoy te voy a arreglar… que me he visto mogollón de tutoriales de maquillaje de esos pijos para que vayas súper elegante y te haré un *eye liner* que lo fliparás.

Se comenzaba a parecer bastante a la Cris de hacía algunos años, que miraba más por los demás que por sí misma

—Qué bien, cariño, me apetece mucho, de verdad.

—Sí, sí, y he estado practicando las ondas del pelo con las planchas, mira—señaló a su propio pelo.

—De eso ya me he dado cuenta, ¿cómo lo has hecho? Si las planchas no me van, no hay manera de que calienten.

—Se las he pedido a Marina, no te preocupes por eso. Las tiene nuevas y son buenas, te quedarán genial.

—¿Te has tomado esa molestia por mí? Sorprendida me tienes, amor.

—Sorprendido se quedará Luca cuando te vea aparecer. Ese no conoce todavía el potencial de mi hermana.

—Él estará acostumbrado a codearse con chicas monísimas… Y súper arregladas, no creo que llame su atención

así como dices.

—Qué lástima, Aitana—me miró seria.

—¿Por qué lástima, Cris?

—Porque lo tienes todo, salvo confianza en ti misma—observó y me dejó con la cara partida. También de la gente mucho más joven se aprende, y ella me acababa de dar una lección.

.

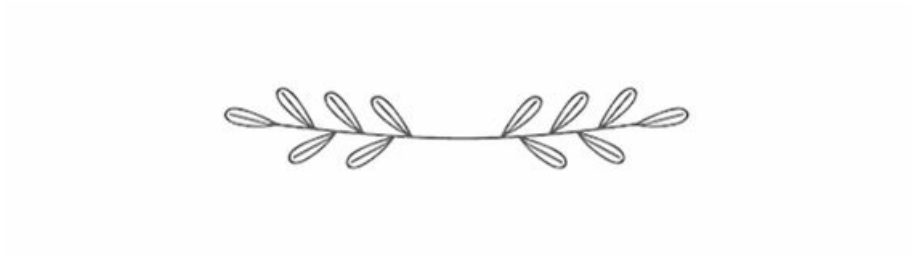
así como dices.

—Qué lástima, Aitana—me miró seria.

—¿Por qué lástima, Cris?

—Porque lo tienes todo, salvo confianza en ti misma—observó y me dejó con la cara partida. También de la gente mucho más joven se aprende, y ella me acababa de dar una lección.

Capítulo 21



Cuando me hubo terminado de peinar y maquillar, supe que mi hermana valía para todo lo que se propusiese. No solo era lista, sino también tremendamente habilidosa.

—Cariño, qué talento, de verdad que me veo guapísima.

—Guapa lo eres, y mucho, pero me ha quedado chulo. Me gusta cantidad, qué guay.

—Sí que lo es, cariño, muy guay, muchísimo. Ahora me voy a poner el mono y ya me contarás el resultado.

—Corre, que lo estoy deseando—me comentó mientras aplaudía emocionada.

Salí con él y es que me chilló.

—¡¡Flipa!!

—Me queda muy bien, es verdad. Ay, Dios, un mensaje de Luca, que dice que ya está abajo, ¿me falta algo?

—Te falta que te dé permiso para no venir en toda la noche, y te lo doy—rio.

—No, no seas traviesa. Iremos a cenar, quizás una copa y luego cada uno a su casa, punto.

—Vale, pues entonces solo te falta dejarte llevar… Y deberías hacerlo, Aitana. Te mereces vivir cosas bonitas. Llevas toda la vida ocupándote de mí, ¿cuándo te ocuparás de ti?

Todas aquellas confesiones por su parte eran nuevas y ella no se podía imaginar hasta qué punto suponían para mí como caricias en el alma.

—Gracias, nena. Procuraré hacerlo, ¡pero vuelvo a dormir!

—Y dale—me despidió graciosamente.

Le dejé dinero para que invitase a cenar a Jairo. Me sentía muy segura cuando él la cuidaba, cuando estaba a su lado. Todo era positivo cuando le tenía cerca.

Luca me esperaba montado en su coche. No era el mismo que ya le conocía, sino otro más deportivo, pero en su misma línea elegante, como la combinación de sus pantalones chinos con su americana, así como con sus zapatos de cordones que llevaban los tonos del resto del *outfit*. Iba realmente impecable, como si también fuese un modelo.

—Tú sabes que podrían denunciarte por ser un peligro público, ¿verdad? Más de uno puede darse un piñazo al volante por mirarte, aparte de que deslumbras.

—Pero eso es por el color flúor—le comenté risueña.

—Eso es por quien lo luce. Te queda de impresión, de verdad. Si te vieran así los que tienen intención de ficharte, no te perderían por nada del mundo. Aunque tampoco lo harán, ya te digo yo que tengo ojo para estas cosas.

—Eso espero porque me llevaría una tremenda desilusión. Todo lo que me está pasando es bueno. Noto que estoy en racha y no quiero que me dé el bajón.

—¿Cómo le va a dar el bajón a alguien como tú? Tú solo puedes mirar alto, nada de mirar al suelo… así como lo estás haciendo.

Era una persona que tenía las cosas muy claras y sabía hacia dónde se debe mirar en la vida. Su aplastante seguridad no dejaba tampoco de sorprenderme, era algo muy llamativo, me encantaba.

Hizo rugir el motor de su coche y arrancó. Yo lo sentía el amo del mundo y él lo sabía, porque al contrario de lo que me sucedía a mí, Luca sí que confiaba en él. Y lo tenía todo en la vida a su favor: un físico portentoso, un futuro prometedor y una confianza en sí mismo que le abría la puerta del éxito, que él traspasaba sin mayor problema, a sabiendas de que todo le iba no solo bien, sino mejor.

Le dejé dinero para que invitase a cenar a Jairo. Me sentía muy segura cuando él la cuidaba, cuando estaba a su lado. Todo era positivo cuando le tenía cerca.

Luca me esperaba montado en su coche. No era el mismo que ya le conocía, sino otro más deportivo, pero en su misma línea elegante, como la combinación de sus pantalones chinos con su americana, así como con sus zapatos de cordones que llevaban los tonos del resto del *outfit*. Iba realmente impecable, como si también fuese un modelo.

—Tú sabes que podrían denunciarte por ser un peligro público, ¿verdad? Más de uno puede darse un piñazo al volante por mirarte, aparte de que deslumbras.

—Pero eso es por el color flúor—le comenté risueña.

—Eso es por quien lo luce. Te queda de impresión, de verdad. Si te vieran así los que tienen intención de ficharte, no te perderían por nada del mundo. Aunque tampoco lo harán, ya te digo yo que tengo ojo para estas cosas.

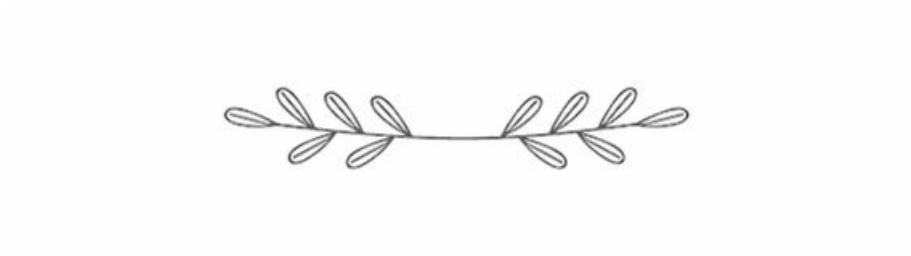
—Eso espero porque me llevaría una tremenda desilusión. Todo lo que me está pasando es bueno. Noto que estoy en racha y no quiero que me dé el bajón.

—¿Cómo le va a dar el bajón a alguien como tú? Tú solo puedes mirar alto, nada de mirar al suelo… así como lo estás haciendo.

Era una persona que tenía las cosas muy claras y sabía hacia dónde se debe mirar en la vida. Su aplastante seguridad no dejaba tampoco de sorprenderme, era algo muy llamativo, me encantaba.

Hizo rugir el motor de su coche y arrancó. Yo lo sentía el amo del mundo y él lo sabía, porque al contrario de lo que me sucedía a mí, Luca sí que confiaba en él. Y lo tenía todo en la vida a su favor: un físico portentoso, un futuro prometedor y una confianza en sí mismo que le abría la puerta del éxito, que él traspasaba sin mayor problema, a sabiendas de que todo le iba no solo bien, sino mejor.

Capítulo 22



Fuimos a cenar a un pueblo cercano, a un selecto club con unas maravillosas vistas al mar que me dejaron obnubilada.

Para ser socio de allí, a juzgar por la apariencia de todos, había que contar con una gran cartera y con una posición social.

Un grupo de chicas prácticamente le asaltaron al entrar, con unas risas bobaliconas, sin prestarme a mí más atención que aquella que las llevó a sacarme una radiografía de arriba abajo, analizándome al milímetro, con cara de oler mierda.

No esperaba que me las presentase, porque lo cierto es que no tenía menor interés. Él tampoco se entretuvo en hacerlo, sino que se las quitó de encima tan pronto como pudo y fuimos avanzando hacia la terracita privada que nos tenían reservada.

—No te faltan fans—le comenté en cuanto nos sentamos.

—Son amigas de toda la vida, ya sabes, por el tema de las familias… Todos pertenecemos al mismo círculo y es normal, pero nada más.

—Yo es que estos círculos no los domino, la verdad. Con mis amigos crecí en la plaza de mi barrio en Málaga y después me vine aquí, tuve que echar raíces igualmente, pero sin clubes ni nada de postín. Soy una chica sencilla.

—Eres una chica espectacular—me corrigió.

—Muchas gracias, de verdad. Pero que yo igual me lo paso bien aquí que cenando anoche en casa de Jairo y Bruno, que si te cuento lo que cenamos, te partes.

—¿Cenaste en casa de ellos? —me sonrió—. No vi yo que os llevaseis a partir un piñón…

—Y es muy cierto, aunque las cosas han ido cambiando poco a poco. Ahora los comienzo a sentir como si fueran mi familia, supongo que me equivoqué mucho con ellos.

—Ya, ya me imagino…

Apenas habíamos podido comenzar a hablar cuando se acercó una amiga suya a la mesa.

—Pero bueno, Mencía, cuánto tiempo—se levantó a saludarla.

—Es que te estaba mirando de lejos y me decía, "tiene que ser mi Luca". Pero claro, estás todavía mucho más guapo y eso me confundía y yo decía, "¿es o no es?"… Ay, por favor, qué ganitas tenía de verte—le abrazó.

Era pija, pero pija. De esas pijas cuyas fotos vienen en el diccionario junto a la palabra y que dan hasta grima de l pijas que son. Por llevar marcas caras, esa debía llevarlas hasta en el tanga, qué fatiguita de tía.

—Cómo eres, Mencía. Mira, te presento a Aitana—le dijo.

—¿Aitana? No me suena—respondió la otra mema como si ella conociese al mundo entero, sin faltar ni una sola persona—. Ah, vale, que habrás estudiado en el extranjero como yo y por eso no te recuerdo, ¿ha sido en Estados Unidos también?

—¿Yo en Estados Unidos? Mira, bonita, no he estado ni en Portugal, con eso te lo digo todo.

No me iba a acharar ni a renunciar a mis raíces. No me daba la gana que nadie se pensara por encima de mí solo por mis orígenes humildes.

—Ay, qué simpática. Nunca me habían gastado una broma así—soltó la muy gilipollas, porque lo era.

—No, no es broma—la miré muy seria.

—Pero es que eso no puede ser, ¿o es que has estado malita o algo? Porque para no viajar…

—Es que para algunas, viajar es un lujo que no nos podemos permitir.

—Pero, eso, ¿por salud?

Tendría mucha carrera en el extranjero, pero por mi madre de mi alma que era la tonta del bote. Yo no había conocido a una tía más idiota en todos los días de mi vida, qué mal.

—No, por salud no, por falta de posibilidades—afirmé.

—¿De qué posibilidades? Pues anda que no hay ninguna… Está la de ir solo para unos días, la de establecerte en un sitio un tiempo, la de…

—Y todas ellas subvencionadas por papá y mamá, ¿no? Pues después de que no tengo posibilidades, tampoco papá ni mamá. Fíjate tú por dónde…

—¿Tampoco? Ains…

Qué gorda me estaba cayendo y qué incómodo se sintió él. Menos mal que la llamaron desde una mesa, en concreto la llamó otro grupo de pijas para cotillear sobre Luca y sobre mí, porque se notaba, y salió andando del modo más repipi que me pudiera imaginar.

—Mencía no es mala persona, pero vive en su mundo. Es muy solidaria y…

—Es fácil dar cuando te sobra, tampoco lo pierdas de vista. Luca. Yo no sé si este lugar es para mí, me vas a perdonar…

—¿Cómo no va a ser para ti?

—Es que siento que estoy fuera de onda, que la gente me mira.

—¿Y qué esperabas con ese mono y con ese cuerpo? Si te miran es porque no la hay más guapa, que te conste. Es así y punto…

—Yo te agradezco tu amabilidad, de verdad… Pero no hace falta que me digas lo que crees que quiero escuchar.

—Yo no hago eso, más bien te digo lo que quiero decir, que no es lo mismo—me dijo poniendo su mano encima de la mía.

Me hizo sentir bien, como queriendo integrarme en su círculo, aunque si os digo la verdad, aquella chica era para echarla y otras muchas también parecían mirarme como si yo fuese un insecto por no pertenecer a él.

—Y es de alabar, te lo digo muy en serio. Ahora bien, si te soy totalmente sincera, yo lo que estoy deseando es que termine esta cena e irnos de aquí.

—¿Eso es lo que deseas realmente? —me preguntó mirándome con mucha fijeza.

—Pues sí, sería más feliz ahora mismo en cualquier otro lugar. Discúlpame.

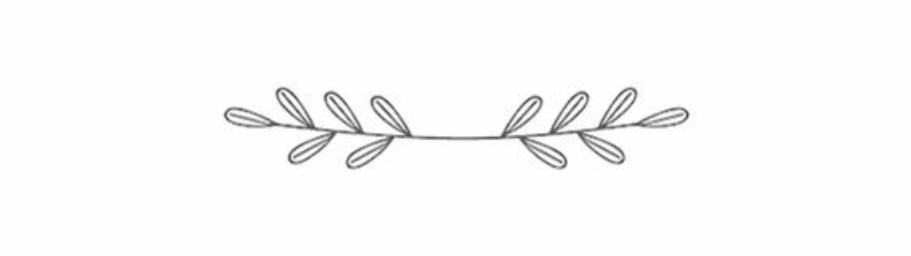
—No. Discúlpame tú a mí si no he sabido captar tus necesidades. Ahora mismo nos vamos… Pido la cuenta y ya estamos fuera.

—Pero si aún no nos han traído la comida.

—Ni falta que hace. Nos vamos—me comentó agarrándome de la mano.

—Ni falta que hace. Nos vamos—me comentó agarrándome de la mano.

Capítulo 23



Salimos a la calle y me sonrió. Iba feliz, nada molesto, tan solo sorprendido.

—Y ahora me gustaría que me dijeses qué quieres hacer exactamente, dónde vamos.

—Por mí a cualquier sitio, lejos de las miradas, de los cuchicheos y de toda la parafernalia.

—Está bien, aunque debes saber que no existe ningún lugar en el que puedas librarte de las miradas. Y eso no es culpa de nadie, sino tuya por venir tan espectacular…

—Ay, que yo creo que tú eres un poquito adulador—le puse mi mejor sonrisa.

—Si lo soy es porque eres una chica para serlo. Estoy encantado de que aceptases mi invitación y muy contento d que estés aquí conmigo. Quiero confeccionar una noche a tu medida.

—Eso que dices es muy bonito. Gracias, gracias por compartirlo conmigo.

—Eres una persona para compartir, Aitana. Verdaderamente lo eres—me dijo contento.

—¿Para compartir con otro? —bromeé.

—No, por favor, ¡nunca diría una majadería así! —se defendió con la sonrisita ahí en la cara, esa tan atractiva, y entonces… Entonces me besó.

Era cuestión de minutos que lo hiciera porque desde que me recogió, la atracción sexual entre ambos era evidente y lo normal era que al menos ocurriese algo así.

No me dieron ganas de despegarme. Hacía tiempo que no me concedía licencias en ese sentido. Había vivido muy pendiente de mi hermana, quizás demasiado pendiente, aunque con los adolescentes toda precaución resulte poca… A la vista estaba.

Con mucha elegancia, se despegó de mí y me ofreció la más sugerente de las miradas de medio lado.

—Te vas a tener que decidir ya o tú te convertirás en el menú—rio—. Y lo cierto es que quisiera invitarte a cenar, sea donde sea.

—¿Sea donde sea? Verás, no demasiado lejos de mi casa hay un pequeño restaurante de una pareja amiga. Cuenta con una terracita con vistas al mar muy cuqui. Cuando pienso en salir a cenar, es uno de mis sitios preferidos del mundo. Ay, Dios, digo del mundo… Anda que he visto yo mucho mundo….

—¿Lo que dijiste era así? ¿Nunca saliste de España?

—Nunca. A ti te debe parecer increíble… Cómo no te lo va a parecer.

—Aitana, no te llames a engaño. A mí me pareces increíble tú. Eres una chica para sentirse muy orgullosa de llevar al lado. Eso que cuentas tiene fácil arreglo—me sonrió.

—Sí que lo tiene… Y yo sé que todo va a llegar. Estoy deseando que me den noticias sobre lo de mi contrato, apenas puedo creer que vaya a cambiar mi modo de vida, aunque lo esencial no cambiará: siempre seré una persona sencilla.

—Una persona sencilla, pero guapísima y especial, que ya se está mereciendo que la suerte la coja de la mano.

Me estremecí porque fue él quien me cogió cuando bajamos del coche, justo antes de entrar en ese cuco restaurante, especializado en pescados y mariscos, pero mucho menos ostentoso que ese otro lugar al que me llevó en el que todos clavaron la vista en mí.

—Te lo dije—me comentó cuando vio que varios hombres se volvieron a mi paso.

—Pero eso es distinto… Nadie me mira mal—reí.

—Claro que no. Si estás para mirarte muy bien, pero que muy bien…

Nos sentamos y él tomó la carta.

—En realidad, deberías indicarme qué te gusta de aquí—me pidió con una mirada pícara.

Lo era… Tenía un puntito pícaro que me podía, no daba puntada sin hilo.

A punto estuve de preguntarle que si se refería a algo aparte de él, pero en el fondo me hubiese muerto de la vergüenza y no tuve el valor de hacerlo. Daba igual, tenía mucho recorrido Luca y me lo adivinó en la mirada.

—Aparte de eso—murmuró y me hizo reír tanto que terminé atragantándome, por lo que él corrió a por una botellita de agua, que me trajo enseguida, llenándome un vaso.

—No sé lo que me ha pasado, qué boba—le comenté.

—Me da la impresión de que estás un poco nerviosa. Afloja, solo estamos tú y yo…

—Claro, claro, genial.

A partir de que me lo dijese me relajé y comencé a divertirme, que era de lo que se trataba en cualquier caso. Él comenzó a contarme mil y una anécdotas de su vida profesional mientras brindábamos y dábamos buena cuenta d una cena deliciosa. Yo le escuchaba embobaba.

Prefería escucharle a hablar yo. Tenía la sensación de que su mundo era más interesante que el mío, que me resultaba demasiado sencillo, y por esa razón ponía la oreja.

Me fascinaba lo bien que parecía manejarse en temas complejos. Se trataba de un hombre culto, brillante, absolutamente encantador y con unas vivencias que me ponían los pelos de punta.

Yo le había visto en acción en comisaría, donde se movió como pez en el agua con el tema de mi hermana, y aun así me lo imaginaba en esos juicios, con su toga… Y me ponía una cosa mala, aunque lo cierto es que Luca me hubiese puesto hasta vestido de buzo.

Compartimos un postre y me dijo de marcharnos a tomar algo y bailar. Entramos en una disco cercana donde comenzó a sonar la música a tope y nos dejamos llevar… Antes que después, ya estábamos enredados en medio de la pista, sin poder despegar nuestros labios.

La gente bailaba a nuestro alrededor y, a pesar de eso, yo notaba como si solo estuviésemos él y yo… Como si una corriente me arrastrase hacia él, a través de unas turbulencias que me atrapasen. Sentí unas irrefrenables ganas de irme con él, las cuales sintió igualmente, por lo que sin necesidad de articular ninguna palabra, ambos salimos juntos de aquel lugar, excitados y con un ímpetu que nos llevó de cabeza a su casa.

—Aparte de eso—murmuró y me hizo reír tanto que terminé atragantándome, por lo que él corrió a por una botellita de agua, que me trajo enseguida, llenándome un vaso.

—No sé lo que me ha pasado, qué boba—le comenté.

—Me da la impresión de que estás un poco nerviosa. Afloja, solo estamos tú y yo…

—Claro, claro, genial.

A partir de que me lo dijese me relajé y comencé a divertirme, que era de lo que se trataba en cualquier caso. Él comenzó a contarme mil y una anécdotas de su vida profesional mientras brindábamos y dábamos buena cuenta de una cena deliciosa. Yo le escuchaba embobaba.

Prefería escucharle a hablar yo. Tenía la sensación de que su mundo era más interesante que el mío, que me resultaba demasiado sencillo, y por esa razón ponía la oreja.

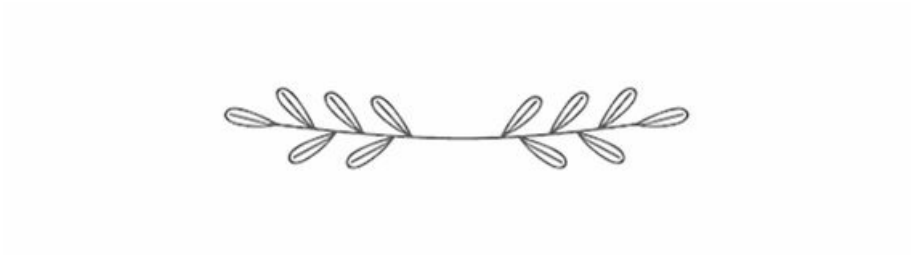
Me fascinaba lo bien que parecía manejarse en temas complejos. Se trataba de un hombre culto, brillante, absolutamente encantador y con unas vivencias que me ponían los pelos de punta.

Yo le había visto en acción en comisaría, donde se movió como pez en el agua con el tema de mi hermana, y aun así me lo imaginaba en esos juicios, con su toga… Y me ponía una cosa mala, aunque lo cierto es que Luca me hubiese puesto hasta vestido de buzo.

Compartimos un postre y me dijo de marcharnos a tomar algo y bailar. Entramos en una disco cercana donde comenzó a sonar la música a tope y nos dejamos llevar… Antes que después, ya estábamos enredados en medio de la pista, sin poder despegar nuestros labios.

La gente bailaba a nuestro alrededor y, a pesar de eso, yo notaba como si solo estuviésemos él y yo… Como si una corriente me arrastrase hacia él, a través de unas turbulencias que me atrapasen. Sentí unas irrefrenables ganas de irme con él, las cuales sintió igualmente, por lo que sin necesidad de articular ninguna palabra, ambos salimos juntos de aquel lugar, excitados y con un ímpetu que nos llevó de cabeza a su casa.

Capítulo 24



Su dormitorio era de locura… Un lugar que invitaba a perderte en él, y no digamos ya cuando reguló las luces y se quedó en la penumbra, mientras me iba desnudando.

Hacía mucho que no me encontraba en una situación así y me sentía febril, totalmente, en sus brazos.

Una a una, mis prendas fueron cayendo al suelo mientras me arrastraba hacia la cama. Era mucha la atracción que habíamos acumulado a lo largo de la noche y sin duda que íbamos a dar rienda suelta a la pasión sobre esa cama.

Su cuerpo, ya desnudo también, me resultó de lo más deseable y apetecible. Lo recorrí con la yema de mis dedos, recreándome en ese torso fuerte y contundente que avanzaba hacia mí, que me cubría mientras yo notaba que una fina capa de sudor, muy sutil, nos cubría a ambos en aquel ambiente tan húmedo, tan excitante, tan absolutamente enloquecedor.

Luca contaba con un atractivo brutal y en las distancias cortas ganaba todavía más. Su dominio de la situación, la forma en la que me manejaba como si fuese un muñequita, con su cuerpo haciendo sombra sobre el mío, con sus fuertes brazos enredándome, con su boca envolviendo la mía y sabiendo que era fuego lo que salía de ambos, me podía.

Ni siquiera tuvo que hacer nada para comprobar cuánto le anhelaba mi vagina, cuánta lubricación desprendía y cuánto deseaba su penetración. Colocándose en mi entrada, me empujó con tanta fuerza que, de una sola estocada tan certera como excitante, le tuve en el interior de mis entrañas mientras su juguetón miembro se abría paso en ella.

Cogiendo mis largas piernas, que lo son, quiso que le rodease por la cintura para incrementar el ritmo de las potentes embestidas. Se trataba de un empotrador nato, poca duda me cabía al respecto, y eso era algo que me podía en un hombre.

Mis gemidos de placer fueron a más y él me penetraba de una forma tan excitante que, inevitablemente, las huellas de mis uñas se marcaron en su espalda.

Lejos de importarle, pareció ponerle más, y entonces se levantó, colocándome de espaldas contra una pared,

mientras me sostenía en brazos y yo notaba que sus embestidas se enfurecían, causándome un orgasmo que hizo que empapase su miembro, el mismo que se iba endureciendo más por momentos, sacándome un suspiro tras otro

Cuando me hubo penetrado hasta la saciedad en esa postura, me dejó de nuevo bocarriba sobre la cama y entonces levantó cada una de mis piernas, las cuales colocó sobre sus hombros, y comenzó de nuevo ese ritual de la penetración que me llevaba al límite, que provocaba tal sofoco por mi parte que me sentía hervir, que hacía que un calor infernal se desprendiese de mí.

Llevaba demasiado tiempo sin experimentar algo así, aparte de que Luca tenía algo que me llegaba. Su arrebato, su total impulso, su pícara sonrisa… Todo en él me llevaba a encamarme de un modo que me provocó taquicardia mientras un nuevo orgasmo anunció su llegada.

Fue entonces cuando, aprovechando la postura en la que estábamos, se agachó, saliendo de mí, para beber de ese líquido excitante que, caliente, se desprendía de mi vagina. Al notar sus labios en ella, el orgasmo se alargó, y terminé chillando mientras él, que en ese momento sacó la cara de mi entrepierna, me tiró del pelo para enfrentar su mirada a la mía.

Me resultó tan varonil, tan increíblemente varonil que pensé que podría llegarme a desmayar. De algún modo, me seguía imponiendo, quizás porque llevaba las riendas de un juego arrebatador que me llevó a hervir.

Las paredes de su dormitorio fueron testigos de ese despliegue de medios por su parte, de esa escalada sexual que me fue sobrecogiendo, que me llevó a querer perpetuar un asalto memorable que no habría de ser el último de la noche, pues cuando Luca terminó, recibiendo un alivio que le llevó a tumbarse a mi lado, no tardó en recuperarse para volver a la carga.

Yo me encontraba laxa en ese momento, si bien tampoco él pretendía que hiciera nada, sino que me dejase guiar, que fuera la destinataria de ese repertorio erótico que me estaba llevando a lo más alto, a experimentar un sexo bestial… Un sexo que me dejaba sin aliento.

Postura a postura, necesitaba gestionar la salida del aire de mis pulmones, notando cómo la excitación me recorría cómo me llevaba a unas altísimas cotas de placer que seguían perlándome de sudor cada vez más. En determinados momentos, en muchos, grité. Pero luego también sentía secarse mi garganta y tenía que echar mano de una botella de agua helada que él había colocado a mi lado en la mesilla, refrescando mi garganta.

Gemido a gemido, iba sacando más orgasmos de mí. Demasiado tiempo sintiéndome como muerta para luego darme cuenta de que podía llegar alguien, un hombre como Luca, y hacerte sentir tan viva que los cimientos de tu persona se removieran.

Me costaba entender que se pudiera pasar del *"off"* al *"on"* de ese modo… Me costaba porque era mucho lo que estaba sacando de mi interior, como si todo el tiempo en el que no me sentí viva pasase a la historia, como si de pronto mi ser comenzara a latir a lo grande.

Mientras él seguía poseyéndome casi con fiereza, su lengua recorría mis senos para luego pellizcarlos, mordisquearlos y hacer todo tipo de travesuras con ellos.

No podía excitarme más. Había puesto en marcha la más erótica de las maquinarias del sexo y era evidente que yo había sucumbido a sus encantos de un modo que igualmente le llevaban a estar duro, muy duro…

En sus ojos se leía cuánto le gustaba su cuerpo y cómo me deseaba. Por mi parte, también el deseo era descomunal… Cada vez que me tiraba del pelo, cada vez que una de sus embestidas era más fuerte que la anterior cada vez que avanzaba en mi interior yo sentía que, en esos brazos, me perdería una y otra vez, sin necesidad ninguna de encontrarme.

Había recibido un fuerte chispazo, como era de esperar, pues Luca no era para menos.

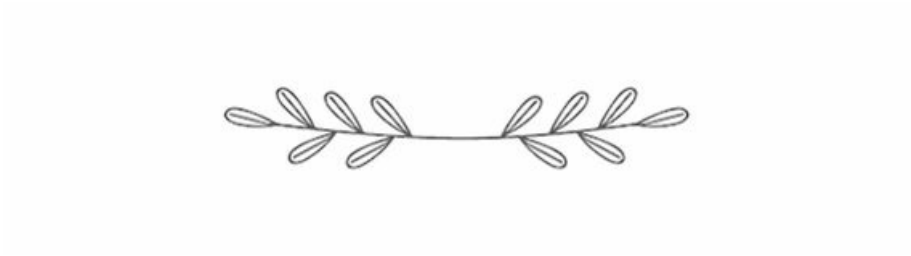
Mientras él seguía poseyéndome casi con fiereza, su lengua recorría mis senos para luego pellizcarlos, mordisquearlos y hacer todo tipo de travesuras con ellos.

No podía excitarme más. Había puesto en marcha la más erótica de las maquinarias del sexo y era evidente que yo había sucumbido a sus encantos de un modo que igualmente le llevaban a estar duro, muy duro…

En sus ojos se leía cuánto le gustaba su cuerpo y cómo me deseaba. Por mi parte, también el deseo era descomunal… Cada vez que me tiraba del pelo, cada vez que una de sus embestidas era más fuerte que la anterior, cada vez que avanzaba en mi interior yo sentía que, en esos brazos, me perdería una y otra vez, sin necesidad ninguna de encontrarme.

Había recibido un fuerte chispazo, como era de esperar, pues Luca no era para menos.

Capítulo 25



Llegué a casa más al amanecer, después de que él me llevara en coche.

Mi hermana dormía, pero como si tuviera un radar me escuchó pasar por la puerta de su habitación.

—Ey, ey, ey… Si te has creído por un solo momento que te vas a acostar sin contarme lo que ha pasado estás súper equivocada.

—Cariño, ¿estás despierta? —le pregunté sentándome en el filo de su cama.

—¿Tú me ves cara de que estuviese despierta? Pues va a ser que no, pero como tengo que hacer hasta redobles, me he despertado, ¡te has acostado con él!

—Cris, que me cuesta hablar estas cosas contigo, de verdad—le comenté.

—¿Te cuesta? Siempre me estás dando la chapa con que ya no soy una niña y me tengo que responsabilizar de muchas cosas, ¿no es así?

—Así es, cariño, es verdad…

—Pues entonces ni se te ocurra dejarme al margen de esto, que me muero de la curiosidad. Y si no soy una niña para unas cosas, tampoco para otras.

—No, si al final resultará que tienes hasta razón.

—¿Y cuándo no la tengo? —me preguntó chulilla.

—Cris, será mejor que no tientes a la suerte—le advertí entre risas.

—Venga, cuenta, no te hagas de rogar, ¿es un buen empotrador? Porque el tío tiene pinta de eso, de hacer que te tiemblen hasta las pestañas.

—Ya te digo yo que sí, venga…

—¡Toma ya! Si es que vienes con un brillito en los ojos que no se puede aguantar. Qué contenta estoy por ti, ¿y n me vas a dar más detalles? Venga…

—¡Cris! —le tiré con una almohada—. ¡Que esas cosas no se cuentan!

—Eso lo dirás tú, bonita. Yo, si quieres, te cuento todo lo que hago con Jairo, igual así aprendes algo.

—¡¡Serás chulilla!! Voy a hacer como que no he escuchado eso y a irme ahora mismo a la cama.

Lo hice porque estaba rendida y porque necesitaba dormir unas horitas para recuperarme de semejante paliza. Cas nunca trasnochaba y los domingos los dedicaba a poner a punto la casa, la colada y no sé cuántas cosas más. Ya era hora de que pudiera desconectar y hacer otras cosas.

Cuando me desperté, tocaba almorzar y me encontré con la grata sorpresa de que Cris me había preparado el almuerzo con la ayuda de Jairo, a quien a resultas del "convite" con el que obsequió a Bruno para su cumpleaños, estaba enseñando a hacer algunas cositas en la cocina, a la que se comenzó a aficionar ella también.

—Pero bueno, si es que no me lo puedo creer—les comenté a la vista de la ensaladilla rusa que habían preparado, junto con varios platos con entrantes.

—Yo tampoco me podía creer que hubiese que cocer las patatas para hacerla. La verdad es que ha sido todo un descubrimiento, así decía yo que estaban muy duras para espachurrarlas—me comentó él tan contento.

—Claro, claro…

Las cosas de Jairo, con las que una debía reírse sí o sí. Era un niño bueno de corazón, de los que ya no quedan. Y gracioso como él solo.

Nos sentamos a la mesa y le pregunté por su hermano Bruno, a quien yo le estaba tomando gran aprecio.

—Pues está encantado con la camisa que le regalaste. Lo sé porque ha dicho que la va a estrenar para una ocasión especial. No sé si será para el día en que yo me case con tu hermana o algo, Aitana.

—Ay, por favor, Jairo, que me parto… Que para eso faltarían muchos años…

—Pero se me harán muy cortos, porque no sé lo que me pasa con Cris. Siempre que estamos juntos, el tiempo se me pasa volando.

Asimilé sus palabras a lo que yo misma había vivido en esa intensa noche, en una noche en la que las horas pasaron sin que me diera cuenta, a pesar de la intensidad de lo vivido, o precisamente por eso.

oMe quedé en babia y mi hermana lo notó, sonriéndome.

—Por cierto, mira las fotos que me han llegado del centro. Aquí estaba yo preparando justo también el cumple de uno de los críos el jueves, Aitana. No te lo puedes ni imaginar. Se llama Nico y es una ricura. En cuanto me ve llegar, me echa los bracitos. He pensado una cosa.

—¿Qué has pensado, cariño?

—Pues mira: he pensado que, aunque me gusta mucho el maquillaje, mejor estudiaré Educación Infantil para estar ¡con los niños. Creo que es mi vocación, la estoy descubriendo.

—¿De veras me lo dices? ¿Estás pensando en estudiar una carrera?

—Sí, es la primera vez que lo pienso, pero no creo que se me haga tan difícil.

—¿Cómo se te va a hacer difícil? Tú llegaras donde quieras llegar, mi niña, donde quieras llegar—le aseguré emocionada.

Nada me gustaba más que ver a Cris animada y con proyectos. Después de esa época de hastío que había pasado, en la que estuvo tan perdida, parecía haber renacido y estaba pletórica, pensando en distintas posibilidades y muy entusiasmada.

Eso también se lo debía a Luca. En los pocos días que llevaba en el centro le había cambiado el chip. Para mí que sabía lo que le pasaba… Mi hermana nunca llevó bien el hecho de que mi madre se marchara dejándola solo a mi cargo. Y el haber conocido a niños en situaciones mucho peores, sin ningún miembro de sus familias que les cuidase, la estaba ayudando a superar ese trauma.

Todo se lo debía a Luca, de quien estaba deseando recibir alguna noticia, un whatsApp o algo. Me estaba enganchando, a lo tonto, a lo tonto, me estaba enganchando.

No supe nada más de él hasta por la noche, cuando el corazón me dio un vuelvo.

Luca: “Preciosa, me voy de viaje al extranjero mañana. Espero verte a mi vuelta. Ha sido una noche genial. Que tengas una semana fenomenal”.

Tampoco necesitaba más. Suponía que ya me iría enviando más cositas en el día a día. Mensajitos que me permitiesen igualmente contarle cómo me iba y demás. Lo que yo comenzaba a necesitar era un contacto diario, ese “buenos días” o “buenas noches”.

Llamadme ingenua, pero cuando un hombre me gusta, y Luca me encantaba, es lo a lo que aspiro. Y la idea de que así fuese me hizo suspirar.

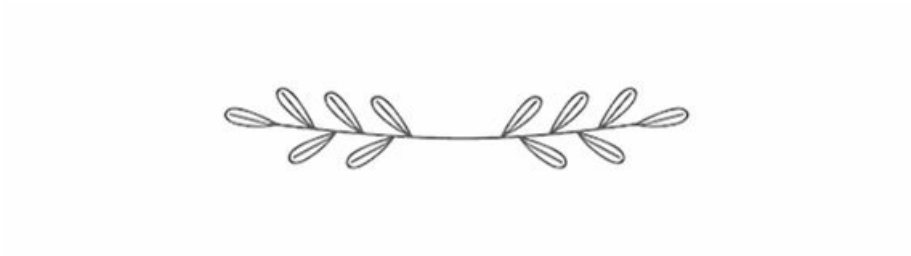
Ni siquiera sabía qué día volvía, aunque deseaba con todo mi corazón que fuera sincero y que tuviera ganas de seguir viéndome a su vuelta. Tantas ganas como yo tenía de verle a él.

r

Llamadme ingenua, pero cuando un hombre me gusta, y Luca me encantaba, es lo a lo que aspiro. Y la idea de que así fuese me hizo suspirar.

Ni siquiera sabía qué día volvía, aunque deseaba con todo mi corazón que fuera sincero y que tuviera ganas de seguir viéndome a su vuelta. Tantas ganas como yo tenía de verle a él.

Capítulo 26



El miércoles por la noche, quedé para tomar unas tapas con Luis y con Reyes a la salida del trabajo.

Me encontraba nerviosa por varias cosas. Primero, porque aún estaba sin noticias sobre mi contrato. Y segundo, porque no había vuelto a saber nada de Luca.

Que sí, que estaría muy ocupado, pero ¿tanto como para no acordarse ni de escribirme unas líneas en todo el día? A mí es que esas cosas me costaba digerirlas.

—Te vas a estar ya quieta con el telefonito, te lo garantizo—me advirtió Luis—. Es que no hay cosa que me ponga más nervioso que estés todo el tiempo mirando… ¡Ya te contactará!

—Tienes razón, cariño, perdóname. Estoy aquí ahora con vosotros y pendiente del móvil. Es que tengo unas gana de que se comunique conmigo… Si hasta he personalizado el tono de sus mensajes para no decepcionarme cada vez que me suena uno y no es él.

—Madre mía, sí que estás cogida—rio Reyes—. Y yo no soy quién para decir nada. Sobre todo, porque hago lo mismo cada vez que me llega el turno.

—Oye, ¿ese chaval no es el hermano de Jairo? —me señaló Luis a uno que acababa de entrar en el mismo bar en compañía de un par de empleados que tenía, pues el taller era suyo.

—Anda sí, ¡es Bruno! —lo saludé y se acercó muy contento.

—Si no te había visto, Aitana.

—No, tú es que si no te mando a la Policía no me echas cuenta—bromeé.

—¿Es para molerla a palos o no lo es? —le dijo Reyes.

Él ya los conocía de la noche de la detención, y también se alegró de verlos. Pero a quien realmente parecía estar

encantado de ver era a mí.

—Chicos, es que no sé si os he contado lo bien que me lo pasé la otra noche en el cumple de Bruno, fue genial.

—Es verdad que lo pasamos fenomenal y que nos hartamos de bailar. Oye, Aitana, a colación de eso yo te quería pedir un favor, no sé cómo te vendrá.

—Tú me dirás. Si te quieres ir de viaje o algo y que Jairo se quede en casa, sin problema. Hasta Letal me cae ya muy bien, si es más cariñoso…

—¿Yo de viaje? En eso estaba pensando, con el follón que tengo montado en el taller. Cada día me entran más coches, no me puedo quejar. Pero que estoy hasta la bandera, nada de pensar en vacaciones.

—Ay, vaya… Entonces, ¿de qué se trata?

—De la graduación de Jairo. Verás, en la cena, él estará sentado junto con Cris en la mesa de los alumnos, pero yo tengo un par de invitaciones de familiares y ningún acompañante, ¿cómo lo ves?

—¿Quieres que te acompañe? —le pregunté.

—Obvio, qué va a querer… mira que a veces tienes unas cosas—se rio Luis.

s

—Claro, claro… Ains, que estoy un poquito empanada.

—¿Y entonces? ¿Qué me dices?

—Sí, sí, claro, para mí será un honor.

—¿De verdad? —me miró entusiasmado.

—Sí, claro… Te diré y te contaré… Sé que te debo una—le sonreí a ese chico de mirada limpia y transparente.

—Pero que yo no quiero que lo hagas por eso, ¿vale? Lo que yo quiero es que lo hagas porque te apetezca venir.

—Claro que me apetece. Además, que me hace mucha ilusión ver a Jairo graduarse.

—Cuánto me alegro. Y más que creo que no será ir al acto por ir y ya está, pero sin sacar el curso. Es que se trata de la primera vez que tengo esperanzas de que lo saque. Y todo gracias a Cris.

—Yo también creo que lo va a sacar—afirmé.

—Pues entonces habrá que brindar por ello, ¿no? —nos propuso Luis.

—Yo lo veo, desde luego que lo veo. Venga ¡una ronda de chupitos! Yo invito—les comenté.

Nos la trajeron y brindamos a la salud de los chicos.

Para no mentir, me vino muy bien que estuviese allí Bruno porque entre lo que charlamos, y que luego pusieron algo de salsa y estuvimos bailando, echamos el rato y no me volví a acordar del teléfono.

—Mira la muy asquerosa lo bien que baila—murmuraba Luis a Reyes cuando nos acercamos.

—¿Qué dices tú?

—Que da asquito que todos te miren. No sé qué piensas dejar para los demás. Todavía no eres modelo y ya estás endiosada—se mofó.

—¿Yo endiosada? Eso no pasará nunca. Aparte de que tengo mis dudas, la verdad, porque no me han vuelto a decir nada.

—Mujer de poca fe, te dijeron que ya te comentarían.

—Ya, ya… Ojalá—suspiré.

—Si saben lo que les conviene, no dejarán pasar la oportunidad. Te comentaron que debía tratarse de una empleada—me recordó Bruno porque yo le conté el día de su cumple—, y dudo mucho que haya otra tan bonita como tú. Y más bonita ya es directamente imposible, de manera que solo tienes que desearlo muy fuerte y te llegará.

—¿Tú crees en esas cosas?

—Sí, yo creo que todo lo que se desea con mucha fuerza se termina atrayendo.

—Pues yo no sé qué decirte, porque llevo mucho tiempo deseando un mulato potente que me empotre y no me cae… Pero yo hablo de uno para mí, permanente, no de un ligue de una noche, que ya estoy muy harto de dar vueltas con unos y con otros—nos contó Luis.

—Yo te entiendo, porque llega un momento en que solo quieres una persona, una, no un montón… Y creo que es nos va pasando a todos—añadió Bruno, mirándome.

—Supongo que sí—le contesté yo mirando al teléfono, porque de nuevo estábamos sentados y me volvía a acordar de la falta de noticias de Luca, que no daba señales de vida ni en broma.

A la hora de marcharnos a casa, Bruno me acompañó.

—No hace falta, ¿eh? Que tú solo ibas a tomarte una cerveza y te hemos entretenido mucho—le comenté.

—Bendito entretenimiento, me lo he pasado genial, de veras.

—Pues yo me alegro mucho.

—Contigo siempre me lo paso—me comentó.

—¿Sí? Pues no sería al principio—reí.

—Yo creo que ya va siendo hora de que enterremos ese pasado, ¿no crees?

—Seguro que sí, porque ahora nos hemos convertido en amigos, la verdad.

—Pues habrá que brindar otro día por eso—me comentó antes de despedirse.

A la hora de marcharnos a casa, Bruno me acompañó.

—No hace falta, ¿eh? Que tú solo ibas a tomarte una cerveza y te hemos entretenido mucho—le comenté.

—Bendito entretenimiento, me lo he pasado genial, de veras.

—Pues yo me alegro mucho.

—Contigo siempre me lo paso—me comentó.

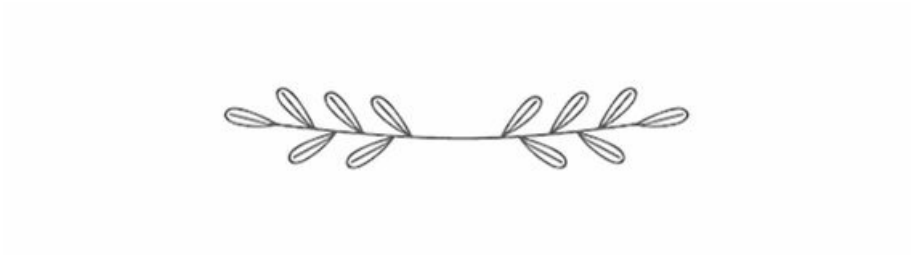
—¿Sí? Pues no sería al principio—reí.

—Yo creo que ya va siendo hora de que enterremos ese pasado, ¿no crees?

—Seguro que sí, porque ahora nos hemos convertido en amigos, la verdad.

—Pues habrá que brindar otro día por eso—me comentó antes de despedirse.

Capítulo 27



—Pero si Luca no te dijo que te fuese a escribir de por medio ni nada, solo que ya querría verte a su vuelta, ¿por qué te pones así? —me preguntó Reyes porque era muy cierto que deseaba quitarme esa inquietud que sentía.

—Si ya lo sé, cariño. Lo que sucede es que soy un poco insegura y ahora mismo siento como si todo lo bueno que me hubiese llegado pendiera de un hilo. Eso es lo que siento…

—Y yo puedo entenderlo, aunque solo debes tener un poquito de paciencia y todo volverá a su ser. Ya lo verás.

—¿Ya está la niña con eso de que necesita una pastillita para la ansiedad? —le preguntó Luis al aparecer.

—No te burles de mí, por favor… Que lo estoy pasando mal.

—Porque te da la real gana, porque no tienes ningún motivo para eso, ¿qué es lo que pasa?

—Que sigue con la perra de que Luca no le escribe.

—Es que a mí me suena a que se ha olvidado de mí después de echarme un polvo, la verdad. A eso es a lo que me suena. Fue como un príncipe azul y ahora me parece todo del color de un mojón.

—Mira que eres bobita, ¿y con ese cuerpo que Dios te ha dado tú crees que él no tiene ganas de repetir? Porque las tendría cualquiera. Deja ya de pensar en tantas tonterías, que dentro de nada vas a ser la cara visible de esta empresa.

—Bueno, que eso ya lo veremos. Tampoco las tengo todas conmigo, la verdad—suspiré porque ya dudaba de todo.

—Pues igual te llevas una sorpresa—me indicó Reyes, señalándome hacia atrás.

Me giré y vi al señor Mendoza, que venía muy contento hacia mí.

—Mira, él es Ernesto Díaz y va a hablarte de las condiciones de tu contrato. Necesito que me acompañes.

Vi las puertas del cielo abrirse de golpe. Salí detrás de ellos súper contenta, apurando el paso y metiéndome en el despacho.

Ernesto también era abogado igual que Luca. Lástima que él no pudiera estar allí conmigo.

Como ya he indicado, y no me equivoqué, la suma que me ofrecían para mí era astronómica. Yo nunca había manejado dinero y esa cantidad me permitiría cumplir sueños y vivir de un modo más desahogado desarrollando un trabajo que me encantaba.

—Si estás de acuerdo, en unos días firmaremos. Queremos tenerlo todo bien atado cuanto antes.

Si a ellos les interesaba, no digamos ya a mí. Además, que comenzaron a explicarme en qué consistiría el trabajo, posando y grabando por diversos puntos de la geografía española. Y para mayor alegría, al convertirme en la cara de la marca, podría elegir gratis todas las prendas que quisiera, lo que suponía un aliciente adicional.

Ernesto me estuvo explicando al detalle. No era la primera vez que cerraba un contrato así y se notaba su total dominio, además de que me aclaró todas las dudas al respecto.

Cuando Luca volviese, le dejaría leer la copia que me dieron para que me asesorase, pues faltaban unos días para la firma. Eso si volvía, porque a mí el tiempo se me estaba haciendo eterno.

Salí al mediodía y de casualidad me encontré con Bruno, quien pareció contentarse mucho al verme.

—Bueno, bueno, ¿se puede saber qué motiva esa bonita sonrisa? —me preguntó.

—Sí que se puede saber. Es que por fin me han llamado para contarme las condiciones de mi nuevo contrato.

—O sea, ¿estoy ante la presencia de una modelo? Mira que puedo caerme de espaldas, ¿eh? En serio, es una noticia formidable. Tienes que celebrarla…

—Sí, es verdad, estoy pendiente de una celebración—murmuré.

No me gustaba comentarle a Bruno nada de Luca, no lo veía apropiado o no me sentía cómoda. En realidad, no sabría cómo definir eso que sentía. El caso fue que no solté prenda al respecto.

—Te la mereces, de corazón. Me gustaría poder brindar un día contigo por esa buena noticia.

—Claro, cuando quieras… ¿Tú qué estás haciendo?

—¿Yo? Sacando una entrada para el cine, quiero ver la peli “El Correo”.

—¿En serio? Si yo también tenía en mente verla, ¡qué casualidad!

—¿No me digas? Oye, pues lo estoy haciendo ahora mismo a través de la App, ¿quieres que te saque una?

—¿Para ir juntos? Claro, sí que me gustaría…

—¿Sí? Yo pensaba ir esta noche, ¿tú cómo lo ves?

—¿Esta noche? Pues no lo había pensado…

—O mañana por la noche, no hay problema por eso…

—No, mejor esta noche, ¿por qué no?

—Oye, que como tú quieras, que yo me adapto.

—No, no, si no hay ningún motivo para retrasarlo.

—Pues podríamos ir a verla y luego tomar algo, ¿te apetece?

—Claro, claro que me apetece… Me parece sensacional, ¡ya tenemos plan!

—Pues sí. El mejor de los planes, sin duda—me sonrió.

Tenía una sonrisa preciosa metida en un cuerpo musculoso que hacía volverse a más de una. Bruno era tan atractivo como humilde y se dejaba la piel por hacerme sentir bien, eso era un hecho.

—¿Yo? Sacando una entrada para el cine, quiero ver la peli “El Correo”.

—¿En serio? Si yo también tenía en mente verla, ¡qué casualidad!

—¿No me digas? Oye, pues lo estoy haciendo ahora mismo a través de la App, ¿quieres que te saque una?

—¿Para ir juntos? Claro, sí que me gustaría…

—¿Sí? Yo pensaba ir esta noche, ¿tú cómo lo ves?

—¿Esta noche? Pues no lo había pensado…

—O mañana por la noche, no hay problema por eso…

—No, mejor esta noche, ¿por qué no?

—Oye, que como tú quieras, que yo me adapto.

—No, no, si no hay ningún motivo para retrasarlo.

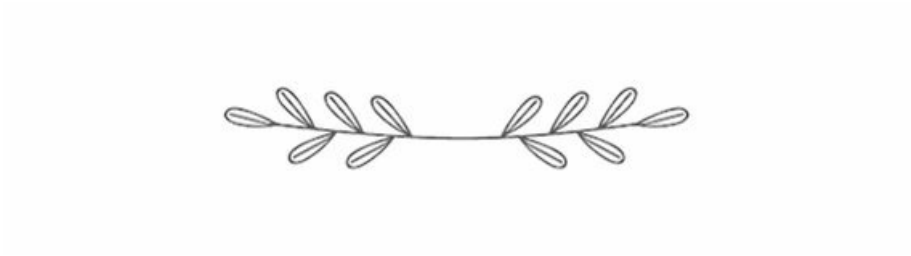
—Pues podríamos ir a verla y luego tomar algo, ¿te apetece?

—Claro, claro que me apetece… Me parece sensacional, ¡ya tenemos plan!

—Pues sí. El mejor de los planes, sin duda—me sonrió.

Tenía una sonrisa preciosa metida en un cuerpo musculoso que hacía volverse a más de una. Bruno era tan atractivo como humilde y se dejaba la piel por hacerme sentir bien, eso era un hecho.

Capítulo 28



—¿Vas a salir con Bruno? —me comentó Cris cuando se lo conté al final de la tarde, porque al mediodía no la vi.

—Sí, y no me pongas esa carita. Es mi amigo y me encanta llevarme bien con él.

—Pues yo que me alegro, porque se lo merece. Es un tío sensacional y que siempre me trata muy bien. Cuando estoy en su casa, me hace sentir una más.

—Oye, que está muy contento con la evolución de Jairo en los estudios. Y yo con la tuya, los trabajos que has presentado a través de la plataforma te los han evaluado muy bien, cariño.

—Sí, estoy apretando los codos y me siento guay. Y Jairo aprueba como Cristina Santos que me llamo.

—Me encanta verte con esa actitud. Oye, ¿por qué no viniste a comer? No me has contado.

—Porque me quedé en el centro de menores. Nico estaba malito con fiebre y no quería que me fuera. Me dio tanta penita que fui incapaz de moverme de su lado hasta que se durmió la siesta.

—Ay, Cris, por favor… Si es que hasta me emocionas, ¿quién te ha visto y quién te ve?

—Sí, es que le he cogido gran cariño. A todos, ¿eh? Pero a él más.

—Pues nada, que me voy a arreglar para ir al cine. Oye, es que en realidad no te he contado una cosa, estoy más nerviosa…

—¿Y te ibas a arreglar sin contármela? No te puedo creer. A mí, que soy como “La vieja del visillo”.

—Qué boba—reí—. Amor, que firmo en breve el contrato. Hoy me han dado las condiciones y son la bomba. La vida nos va a cambiar…

—¿Tanto? —abrió mucho, mucho los ojos.

—Sí, cariño. Por fin podré darte la vida que quiero para ti.

—Pues ¿sabes lo que te digo? Que será fantástico, pero que el principal mérito es que me has dado una buena vida sin tener nada y tú solita, estoy muy orgullosa de ti.

—Calla, tonti, que todavía me harás llorar y saldré con los ojos como tomates.

—Yo creo que a Bruno le dará igual. Con tal de salir contigo, lo que sea…

—Anda ya. Venga, que me tengo que duchar.

Había quedado con Bruno en que venía a recogerme a la puerta de casa. Y justo cuando faltaban diez minutos, me llegó un mensaje del abogado perdido.

Luca: "Estoy debajo de tu casa. Me da igual si no estás arreglada. Solo quiero verte"

Sentí cómo mi cuerpo al completo era recorrido por un escalofrío muy intenso. Por suerte, me había pillado arreglada, aunque con una indumentaria casual, ¡y para salir con otro!

Sé que lo que voy a contaros os sonará muy idiota, pero yo no fui capaz de decirle que no. De pronto, me encontraba en un punto extraño, incapaz de negarle nada al tipo que se colaba en mis sueños.

—Cris, me ha surgido un problema. No voy a poder salir con Bruno. Me tengo que ir—le dije dándole un beso y sin explicarle nada más.

—Pero, ¿tú estás bien?

—Sí, sí, claro… No pasa nada, cariño. Dile por favor que me disculpe, llegará en unos minutos. Y que lo siento muchísimo.

En cuanto bajé, ya Luca estaba allí esperándome.

—No las he visto ni más guapas ni más rápidas. Vaya ganas que tenía de verte—me anunció dándome un beso.

—Y yo a ti. Oye, ¿podemos irnos ya?

—¿Qué te pasa? Parece que estás huyendo, ¿acaso habías quedado con otra persona?

—¿Y a ti qué te pasa? Eres demasiado listo…

—¿Alguien de quien tenga que preocuparme?

—No, claro que no. Quiero estar contigo, así es como quiero estar.

—Pues entonces, vámonos—me dijo con esa sonrisa pícara.

No voy a decir que me sintiese bien. Y mucho menos cuando le había mentido a Cris por él. Y encima dejaba a Bruno colgado. Lo único que puedo decir en mi defensa es que me sentí incapaz de actuar de otro modo, de un modo más ético, puesto que yo tendría que haberle dado plantón a Luca y no a él.

En fin, que arrancó el coche y me miró con una sonrisa burlona.

—¿Se puede saber dónde has estado estos días? —le pregunté.

—Por el mundo y con cantidad de curro, pero echándote mucho de menos. De hecho, nada más aterrizar he venido a buscarte, ¿quieres alguna prueba más?

—Eso es verdad, supongo.

—¿Lo dudas? No te imaginas las ganas que tenía de verte y las que tengo de estar contigo.

—¿Y dónde se supone que vamos? —le pregunté con emoción.

—A hacer eso que espero que tengas tantas ganas de repetir como yo.

Solo con decirlo ya me puso a más revoluciones que el coche. Su perfume, ese tan rico y cuyas notas no pude olvidar ni un solo momento en todos los días que dejé de verle, me embriagó.

Bebiéndose las calles, llegamos de nuevo a su lujosa casa y antes de que quisiera darme cuenta ya me había desnudado.

Le gustaba jugar, a Luca le gustaba y sacó unas esposas de un cajón. Yo no lo esperaba y mi lubricación comenzó a notarse en la única prenda que me dejó puesta: el tanga, el cual me arrancó a mordiscos.

—Ah—farfullé porque estaban heladas al contacto con mis muñecas.

—¿Están frías? Seguro que tú sabes ponerlas al rojo vivo—susurró en mi oído mientras comenzaba a morderme del cuello para abajo, cruzando la espalda y llegando hasta mi trasero, en el cual se recreó.

El tanga me lo arrancó de un mordisco, no lo esperaba y el gesto me puso muchísimo. Y entonces me penetró analmente con varios dedos a la vez, tras haberlos introducido con anterioridad en mi boca.

Sentí dolor y excitación a partes iguales mientras él ladeaba mi cara para mirármela. Aquella escena era la más excitante que había vivido hasta ese día, por lo que sentía que apenas podía respirar.

Continuó moviendo los dedos en el interior de mi cavidad anal mientras buscaba, con su otra mano, mi excitación a través del clítoris.

Lancé un placentero gemido previo a un orgasmo.

—Córrete para mí—me pidió y me sonó de lo más insinuante. Creo seriamente que habría podido hacer cualquier cosa que me pidiese en ese tono.

Lo hice, me corrí a gritos y, mientras lo estaba haciendo, él se colocó detrás de mí y me fue penetrando.

Contuve lo que sentí porque Luca no me había preguntado, pero yo era la primera vez que practicaba ese tipo de sexo, uno al que le tenía cierto temor y que conocí de golpe.

Intuí que él lo supo por mi reacción. En ningún momento se interesó y solo hizo aquello que sus instintos le pidieron que hiciera: colarse en mí a través de esa cavidad que yo estrené esa noche a tal fin.

Notaba que me ardía, pero no quería quedar como una pipiola. Luca me tiraba del pelo y la excitación era descomunal, tanto que a pesar del dolor, y gracias a su estimulación de mi clítoris, me terminé por correr de nuevo, momento en el que me sonrió de la forma más seductora del mismo.

En ese instante, comenzó a darme embestidas más fuertes… Tanto que llegué a temer que pudiera "partirme". Obviamente, no fue así. Yo trataba de acompasar mi cadera con la suya, aunque es innegable que Luca llevaba el mando y que estaba en sus manos.

Pese al escozor y a un innegable dolor solo podía dejarme por llevar por una situación que me tenía a mil, que me estaba llevando al abismo del morbo, como si estuviera protagonizando mi propia y salvaje película.

Nunca me hubiera imaginado en ese rol, disfrutando de sensaciones tan encontradas como morbosas, repito, por lo que en ningún momento le pedí que parase.

Tampoco parecía ser esa su intención, pues el ritmo en su caso crecía y crecía, insertándose más en mí, cavando más hondo, taladrándome con su arma de dar placer.

Caí sobre la almohada cuando, tras morder mi cuello, se desparramó en mí, dejándome sobre ella.

Miré a mi lado, pensando que se tumbaría, y le vi acercarse al baño.

—Necesito una ducha—murmuró.

Pensé en levantarme y seguirle, pero entonces noté una punzada en esa zona que él había excavado a conciencia y desistí, esperando a que saliese.

Cuando lo hizo, me pareció cansado.

—Es que me vas a perdonar, bonita, pero resulta que me he despertado muy temprano, he volado varias horas, he…

—¿No quieres salir entonces? —le interrumpí un poco confundida.

—En realidad, estoy que no puedo más, ¿te importa si te pido un taxi? —me preguntó.

—¿Para llevarme a casa? —le pregunté desconcertada.

—O a donde tú quieras. Es que yo no puedo ni con mi alma. Claro que también te puedes quedar a dormir aquí.

—No, gracias—le contesté un tanto disgustada porque no esperaba una reacción tan fría por su parte.

—Pues entonces ve llamándolo, por favor, en cuanto te des un agua, que supongo que te vendrá bien.

Sí que me vendría, porque había terminado llena de sudor después de aquella primera sesión de sexo duro tras la cual no recibí ni un beso ni una caricia.

Entré en la ducha con una sensación rara. Luca me gustaba mucho, pero aquella noche no se había lucido precisamente, ¿de qué iba?

Salí de la ducha con los ojos llorosos.

—Bueno, yo ya me voy—le anuncié.

—Bien, me parece bien, ¿llamaste al taxi?

—Ahora lo haré, no quiero molestarte más. Por cierto, que ya tengo el contrato preparado para firmarlo.

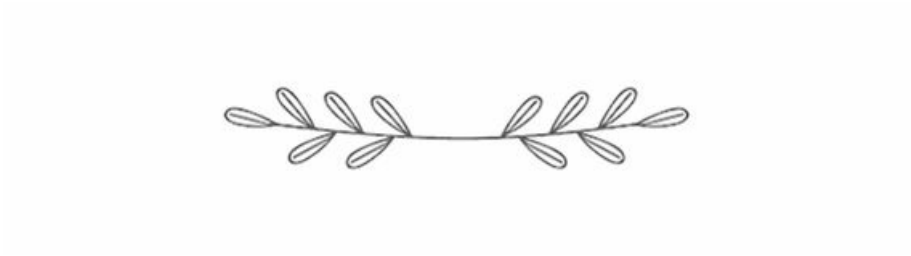
—Muy bien, ¿has traído una copia? —me preguntó y asentí—. Pues déjala ahí, ya te diré algo—me indicó una mesita.

—Está bien, me… me voy—murmuré.

Una vez en el taxi fui incapaz de reprimir mis lágrimas. Me sentía utilizada. Nunca me había sucedido algo así. No era ya que Luca se hubiese comportado de ese modo tan frío y poco considerado, sino que además me sentía dolorida… Para tratarse de mi primera vez en ese tipo de sexo no es que hubiese sido especialmente cuidadoso.

Una vez en el taxi fui incapaz de reprimir mis lágrimas. Me sentía utilizada. Nunca me había sucedido algo así. No era ya que Luca se hubiese comportado de ese modo tan frío y poco considerado, sino que además me sentía dolorida… Para tratarse de mi primera vez en ese tipo de sexo no es que hubiese sido especialmente cuidadoso.

Capítulo 29



Me levanté con una sensación fea, como cuando tienes una buena resaca, pero peor todavía.

Olía a café en la cocina y corrí como hipnotizada. Me sorprendió que Cris no me mirase a los ojos, que ni siquiera se volviese para saludarme.

—Cariño, buenos días—le dije—. Bueno, ya casi tardes.

—Días o tardes, da igual, aunque de buenos tengan bien poco—me contestó ella.

—Cris, ¿te pasa algo, amor? —le pregunté sorprendida porque ella estaba últimamente que era una balsita, no subía el tono de voz para nada.

—Sí, sí que me pasa, ¿por qué me mentiste anoche? ¿Por qué? Yo sé que me he merecido muchas veces una bronca y que estoy pagando las consecuencias de mis actos, pero tú mucho exigirme y después haces lo que te da la gana también.

Me quedé sin palabras.

—¿Lo sabes? ¿Sabes que me fui con Luca? —le pregunté avergonzada.

—Sí, te vi por la ventana cuando te ibas…

Cómo no pensé en esa posibilidad, qué poco cuidadosa fui. ¿Qué me pasaba en la cabeza? Tanto darle lecciones a ella y la cagaba de ese modo.

—Lo siento, cariño. No fui honesta al callarme que él me escribió en el último momento y me sentí incapaz de contarte la verdad. Me dio vergüenza.

—Y no me extraña, debería dártela porque para largarte con él dejaste tirado a Bruno, quien no se lo merece en absoluto.

—Lo siento, tienes toda la razón. No puedo hacer otra cosa que reconocerlo.

—Pues sí, es lo menos. Espero que te mereciese la pena el polvo, porque la verdad es que a Bruno le dolió, lo jodiste vivo.

—¿Él lo sabe? Mierda, mierda—murmuré.

—¿Qué te pasa a ti con ese tío? Es que no te reconozco. Yo quiero que salgas y que te diviertas, Aitana, pero no a costa de hacerles la puñeta a los demás. Por una vez, parezco yo tu hermana mayor.

—Tienes toda la razón, se ve que cortocircuité porque no es normal en mí, yo no suelo hacer esas cosas.

—Solo faltaría que te dedicaras a joder así a la gente todos los días.

—Oye, ¿Bruno se ha enterado de la verdad? ¿Se la has contado tú? Nada puedo reprocharte, estás en todo tu derecho.

—Yo no le conté nada. Para su desgracia, llegó justo en el momento en el que te montabas con Luca en el coche y lo vio todo con sus propios ojos.

—¡Maldita sea!

—Eso digo yo… No tenías otro a quien hacerle daño, tenía que ser a él, Aitana—me reprochó.

Me sentí como si me hubiera clavado una daga en el corazón. Era la primera vez que Cris me reprendía de esa forma y, dado que se trataba de una cría, mi vergüenza no hacía sino aumentar.

—No fue a propósito, sino una ida de pinza…

—Una ida de pinza muy egoísta. No solo le has jodido, sino que le has herido en su orgullo. Y el pobre, que venía con la camisa que le regalaste. No tengo más ganas de hablar contigo. Me meto en mi dormitorio.

No podía ni reaccionar. Cuando mejor estaba Cris, llego yo y la cago por completo. Me fui detrás de ella, y me di con la puerta de su dormitorio en las narices.

Ese gesto me dolió mucho por su parte porque no era la primera vez que sucedía algo así. Hasta hacía poco, cada vez que teníamos un rifirrafe lo hacía, pero de pronto era ella quien actuaba con madurez y yo como una cría.

Era impropio en mí, tanto que me eché a llorar y me fui para la calle. Caminé sin rumbo y cuando quise darme cuenta estaba delante de la puerta de la casa de Jairo y Bruno, a cuyo timbre llamé.

Letal salió a recibirme muy cariñoso y Jairo me saludó apenado.

—Mi hermano está en el baño, ahora le digo que has venido—me indicó.

—Vale, cariño. Y oye, Jairo, que lo siento mucho, lo siento de corazón…
—Ya lo sé, tú eres buena persona. Todos metemos la pata—se encogió de hombros.

Llamó a Bruno el cual salió con gesto serio, pero atendiéndome con educación.

—Yo querría hablar contigo, te debo una disculpa, ¿nos podemos tomar un cafecito en algún sitio? —le pregunté sin apenas mirarle a los ojos.

—Ok, podemos salir…

—No hace falta, sé que ahora mismo sobro, hasta ahí llego. Me voy con Letal a dar una vuelta—se ofreció Jairo, quien era todo bondad.

Se fue y nos dejó a solas.

—¿Café entonces? —me preguntó.

—Sí, por favor. Con leche y un par de terrones de azúcar, creo que la tengo baja—le comenté.

Es que lo tenía todo bajo, incluida la moral. Me sentía avergonzada, habiéndolo cagado a lo grande. Se me hacía horroroso, casi insoportable, tener que darle unas explicaciones que me dejaban tan mal.

—Bueno, pues tú me dirás—me dijo mientras me ponía el café como le indiqué.

—Bruno, yo te he fallado, lo siento mucho.

—No tiene mayor importancia, ya pasó—me dijo con tristeza.

—Sí que la tiene. Te hacía ilusión, te encargaste de todo y yo… Te dejé tirado y ni siquiera te di ninguna explicación.

—Bueno, prefiero no hablar del tema. Hace un día precioso y en breve saldré a correr, algo que me entusiasma. De todos modos, no estoy acostumbrado a que las cosas me salgan bien con las chicas, no te preocupes más.

—Es que no sé lo que me pasó, Bruno. Recibí su whatsApp en el último momento y no me lo pensé, me tiré sin paracaídas.

—Espero que al menos te valiera la pena…

—Cris me preguntó lo mismo. Y si te digo la verdad, no—negué.

—Pues mala suerte. Se ve que ninguno la tenemos de cara en estos momentos. Aitana, yo no quiero parecer maleducado, pero no llevo un buen fin de semana. Prefiero que dejemos la conversación aquí, ¿ok?

—Es que a mí me gustaría explicarte.

—Nada de lo que vayas a decirme evitará lo que sentí anoche: él representa para ti cosas que yo no. Es un famoso abogado, tiene un coche para alucinar. Yo no soy más que el dueño de un simple taller de mecánica. Aunque no haya podido estudiar, sé leer entre líneas, créeme.

—Yo no lo he mirado así en ningún momento, Bruno…

—Pues entonces quizás esté equivocado y simplemente es que te gusta. Pero si te gusta y te deja esa cara que trae hoy, lo cierto es que te recomiendo que te lo hagas mirar.

—Bruno, yo no quiero que esto interfiera en nuestras relaciones con los chicos. Sabes que para ellos es muy importante que nos llevemos bien.

—Y nada tiene por qué cambiar. Nos veremos en la graduación de Jairo, no quiero disgustarle.

—Ya, pero no era a eso a lo que me refería. Quiero decir que comenzábamos a ser amigos, Bruno.

—Y tú me estás entendiendo. Guardaremos las formas delante de ellos. Aitana, pero nada más. Y ahora, te ruego que te tomes el café y me dejes a solas. Necesito salir a correr, a mí me despeja.

Entendía que estaba dolido, bien dolido. Y me lo merecía. Le había hecho la puñeta y todo por alguien que, vamos a poner las cosas en su sitio, llevaba una semana desaparecido y, como por arte de birlibirloque, de pronto apareció para echarme un polvo a su gusto y echarse a dormir a pierna suelta mientras yo me marchaba en un taxi.

Luca logró que lo viese todo claro y de golpe. Debí gustarle y ayudó a mi hermana para que me metiese en la cama con él. Y, a partir de ese momento, dejó las buenas formas a un lado y me comenzó a chulear.

Se habla mucho de las personas tóxicas y es por algo. Existen, es evidente que existen y que proliferan por todos lados. Solo esperaba que a mí Bruno no me llegase a ver como una de ellas, porque bastante mal me sentía ya.

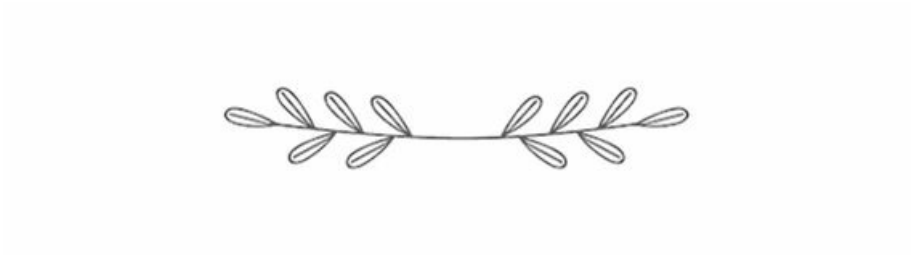
'

S

S

.

Capítulo 30



Los días fueron pasando. Con Cris, poco a poco, las aguas volvieron a su cauce. Mi hermana no era rencorosa y Jairo tampoco. De hecho, él ni siquiera llegó a estar enfadado conmigo.

Lo de Bruno fue otra cosa. Me lo crucé una mañana camino del trabajo y no pasó de un saludo corto sin apenas detenerse un segundo. Era un hombre de palabra que me había demostrado bien claro su dolor. No como otros…

Luca no había vuelto a dar la cara ni siquiera para comentarme nada sobre mi contrato. Había que tener poca vergüenza. Resulta increíble comprobar cómo una persona puede darse la vuelta de un momento para otro, como si fuésemos calcetines. Había logrado su cometido y se había esfumado por completo.

En su día me ayudó con lo de Cris y, pese a todo, eso se lo tendría que agradecer siempre. Pero después me demostró que fue para cobrárselo con creces y me hizo sentir mal, rematadamente mal.

Yo solo quería que pasara el tiempo y que se borrase en mí el mal sabor que me había dejado mi última noche con Luca. Y también tenía otro deseo, este mucho más ferviente: que Bruno dejase de estar dolido conmigo.

Ojalá que, poco a poco, todo eso fuese llegando porque yo tenía por delante la enorme ilusión de la firma de mi contrato, la cual ya se había llevado a cabo, y para la que terminé contratando a otro abogado que me asesorase.

Ni siquiera a eso se prestó Luca en el último momento, por lo que tuve que echar mano de la tarjeta de crédito para abonar los honorarios de ese otro abogado que me indicó que el contrato estaba perfecto y que lo firmase sin demora.

Aquel mediodía, llegué a casa y escuché jolgorio dentro. Me solía pasar de un tiempo a esa parte. A menudo, me paraba en la puerta y desde allí escuchaba las risas de Cris y Jairo, una melodía que a mi parecer era la más bonita y alegre del mundo.

Ese día lo hice y, para mi sorpresa, había una voz más, ¡¡la de mi madre!!

El corazón se me salía del pecho porque hacía años que ella se fue y no había vuelto a pisar la casa. Atolondrada, apenas podía meter la llave en la puerta, pues los nervios eran muchos.

—Mira, mami, ¡ya ha llegado Aitana! —exclamó Cris viniendo a abrazarme. Volvía a estar muy cariñosa conmigo y eso me fascinaba. Pero el resto del cuadro…

—Mamá, ¿qué haces tú aquí? —le pregunté a esa mujer cuyo rostro indicaba que llevaba años de mala vida, años de excesos de los que pasan factura.

—Hija, un poquito más de entusiasmo ¡que he vuelto! —exclamó.

—¿Entusiasmo? No me sale mucho, la verdad—le comenté porque era así, ¿cómo demonios me iba yo a entusiasmar cuando esa mujer no nos había traído más que problemas y terminó dejándonos en la estacada siendo unas niñas?

—Aitana, porfi, no seas así… ¡Que estamos muy contentas! Y Jairo también, hasta Letal lo está—me pidió Cris.

Mi hermana llevaba toda la vida albergando la esperanza de que un buen día nuestra madre entrase por la puerta. Ella rezaba por ello y yo por lo contrario, porque el segundo apellido de esa mujer era problemas.

Mi madre me abrazaba y yo no le devolvía el abrazo porque el cuerpo no me lo pedía. No quería ni pensar en lo que sería que se instalase en casa y que pusiera patas arriba el mundo de Cris y el mío.

Carmen, porque yo no podía verla ni como mi madre, era una persona nefasta que terminaba jodiendo a todo el que tenía al lado. De hecho, el día que la pifié con Bruno, una de las cosas que me puso mal fue pensar que, aunque fuese muy de lejos, podría parecerme en algo a ella.

Si había vuelto, ya tenía yo bien claro que era porque no le quedarían más recursos y porque ya no tuviese a ningún tío al que exprimir.

Cris había preparado la mesa y se mostraba exultante. Habían pedido comida a domicilio y estábamos esperando. Me fui al baño y lloré de la rabia, no me lo podía creer.

No quise darle el disgusto a Cris de que me viera en ese estado, por lo que me eché colirio antes de salir y puse m mejor sonrisa al volver al salón.

Entre las muchas cosas que esa mujer era se encontraba la de narcisista, por lo que en la mesa no paró de hablar y hablar… Yo la miraba y detectaba su falsedad absoluta, además de que reconocía sus mentiras, siempre dándose importancia con cosas que ni había vivido ni viviría jamás.

—Mamá, pues nosotras tenemos que darte una gran noticia—le contó Cris.

—¿Una gran noticia, hija?

—Sí, ¡que Aitana va a convertirse en modelo!

—¿En modelo? Anda, ¿yo no te he contado que también hice una vez de modelo de joven? Es que una amiga mía tenía una tienda de ropa y…

Ya estaba inventando, y todo porque tenía que quedar por encima de las demás. Yo no hubiese querido que se enterase, para nada lo hubiese querido, pero Cris se lo contó súper entusiasmada.

—Ya, mamá, pero eso sería algo puntual. En el caso de Aitana se va a convertir ¡en modelo profesional!

—¿En modelo profesional? ¡¡Pero eso es estupendo!! ¿Cómo va a ser?

Yo ni siquiera la miraba a la cara, pero a Cris le faltó el tiempo para contárselo todo con pelos y señales. Lo que le faltaba era pensar que podía vivir a la sopa boba de mí. Entonces ya no me la quitaría de encima.

Por mi hermana, por mi hermana fue que no la cogí y le dije que saliera inmediatamente de nuestra casa y de nuestras vidas, porque no pudo llegar en mejor momento… En ese en el que todo se le pondría a su favor.

i

—Sí, ¡que Aitana va a convertirse en modelo!

—¿En modelo? Anda, ¿yo no te he contado que también hice una vez de modelo de joven? Es que una amiga mía tenía una tienda de ropa y…

Ya estaba inventando, y todo porque tenía que quedar por encima de las demás. Yo no hubiese querido que se enterase, para nada lo hubiese querido, pero Cris se lo contó súper entusiasmada.

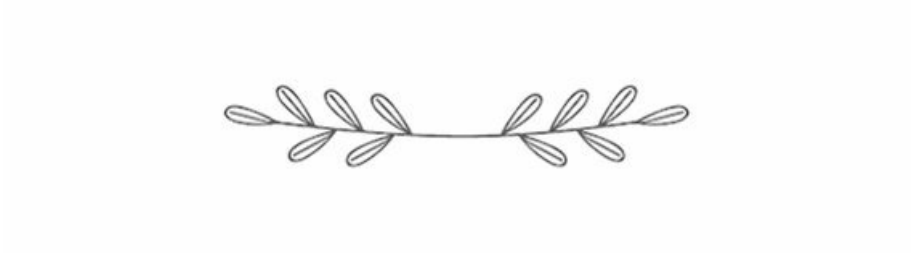
—Ya, mamá, pero eso sería algo puntual. En el caso de Aitana se va a convertir ¡en modelo profesional!

—¿En modelo profesional? ¡¡Pero eso es estupendo!! ¿Cómo va a ser?

Yo ni siquiera la miraba a la cara, pero a Cris le faltó el tiempo para contárselo todo con pelos y señales. Lo que le faltaba era pensar que podía vivir a la sopa boba de mí. Entonces ya no me la quitaría de encima.

Por mi hermana, por mi hermana fue que no la cogí y le dije que saliera inmediatamente de nuestra casa y de nuestras vidas, porque no pudo llegar en mejor momento… En ese en el que todo se le pondría a su favor.

Capítulo 31



Un par de días más tarde, me volví a cruzar con Bruno por la calle. Parecía que el destino provocaba esos encuentros en los que a mí me entraba hasta dolor de estómago.

—Buenos días—le comenté apesadumbrada porque me costaba mirarle a la cara.

—Buenos días, Aitana—me contestó.

Lo normal habría sido que siguiera para adelante, en la línea de las últimas veces, sin querer decir nada más. Pero Bruno tenía estilo, mucho estilo, y esa vez se paró.

—Oye, que sé por Jairo que vuestra madre ha vuelto. Y solo quería decirte que espero que no os cause problemas —me comentó serio.

—Muchas gracias, Bruno. Aunque si te digo la verdad, pienso que es imposible. Donde ella esté, siempre se revolucionará todo. Ya veremos por dónde nos sale esta vez.

—Y lo peor es que, por lo visto, Cris está muy ilusionada, ¿no es así?

—Sí que lo está, mucho. Y, ¿sabes lo que me jode realmente del tema?

—Dime.

—Que a mi hermana se le estaba pasando, que por primera vez en su vida parecía ver lo que he hecho por ella… Por favor, no quiero quedar como una patética que siente celos de su madre, pero…

—Te entiendo. Te jode que venga a ponerse medallas ahora cuando a Cris la has llevado para arriba tú.

—Es eso, Bruno, que mis malos ratos me ha costado. Tú sabes cuántos problemas hemos tenido que afrontar. En fin…

—Bueno, pues os deseo mucha suerte.

No hace falta tener dinero ni posición para contar con mucho estilo. De hecho, hay gente pudiente sin ningunos modales y también existe otro tipo de personas, como Luca, que muestran gran educación y condescendencia solo mientras les conviene. Y luego nada de nada.

Llegué a casa y Cris aún no había vuelto del centro de menores. Mi madre estaba, literalmente, holgazaneando en el sofá y me miró al entrar.

—Hombre, Aitana, por fin estás aquí. Si te digo la verdad, no he mirado lo que hay en el frigo para comer, habrá que verlo ahora…

—Habrá lo que yo haya metido, mamá—le contesté con retintín.

—Hija, vaya tonito. Yo es que, la verdad, no tengo dinero para aportar. Las cosas no me han ido bien en estos últimos años…

—En los que, por cierto, has dilapidado la herencia de los abuelos en vicios—le corté el rollo de una vez.

—Oye, Aitana, si tú te has creído que porque ahora seas mayor me vas a hablar así, estás muy equivocada—me soltó.

—No, mamá, la equivocada eres tú. Yo no te hablo así porque ahora tenga más años, sino porque soy la hija mayor que abandonaste a su suerte con la pequeña a su cargo.

—Hija, vaya reproche… Es verdad que me fui, pero yo siempre pensé que me podría llevar a Cris al poco tiempo. Lo que sucede es que no he tenido suerte en la vida.

—Tú a Cris no te la pensabas llevar jamás, por fortuna, porque vaya vida que le habrías dado… Lo que hiciste fue salir detrás del último gandul que te gustó, sin mirar atrás, abandonándonos.

—¡¡No te lo consiento, Aitana!! —me chilló.

—Y a mí me da exactamente igual lo que me consientas o me dejes de consentir, ¿me oyes? Nunca, nunca te has comportado como una madre, así que no se te ocurra venir a darme lecciones de moral.

—¿Y tú sí eres perfecta? Más que nada lo digo porque a tu hermana la han expulsado del instituto por trapichear, ¡¡vaya educación que le has dado!!

—¿De verdad, mamá? ¿De verdad vas a tener los santos ovarios de acusarme de no haber cuidado bien de Cris? Siempre he pensado que no tenías dos dedos de vergüenza, pero ahora me doy cuenta de que tienes todavía mucha

menos.

—¡¡Mucho cuidado con lo que me dices!! —se puso de pie.

—¿Cuidado yo? No te lo has creído ni tú, mamá. Es que no te lo has creído. A mí no me haces ni un reproche más porque eres una mierda de madre que no vale ni lo que…

Con tanto grito, no había escuchado que la puerta se abrió y Cris me pilló diciendo justo esas palabras.

—¡Maldita sea, Aitana! —me chilló—. ¿Es que ahora me vas a joder también con esto? Mamá ha vuelto. Por fin, por fin podemos estar todas juntas. Y tú pareces empeñada en echarlo todo a perder, ¡otra vez!

Salió corriendo para su dormitorio mientras yo negaba con la cabeza. De nuevo me convertía en la mala de la película cuando solo la estaba protegiendo.

Sentía que mis errores, que los errores de Aitana, eran los únicos que se juzgaban y que a mi madre todo se le consentía, cuando era la irresponsabilidad con patas.

De hecho, fue ella quien la consoló mientras yo me quedaba en el salón, con las lágrimas de rabia fuera, sin poder creer que el destino estuviese siendo así de injusto conmigo en ese tema.

Nada bueno nos auguraba con mi madre en casa. Allí donde ella estuviese, todo se jodería y mucho antes que después. Salí a la calle a que me diese el aire porque otra cosa no podía hacer. Solo quería llorar… Cuando por fin la vida podía comenzar a sonreírnos, mi madre llegaba y lo jodía todo.

Era evidente que mi proyecto profesional como modelo me seguía reconfortando en momentos como aquel, aunque de nada me serviría si mi familia se iba al garete, porque yo no sería feliz.

Todo lo que deseaba era que Cris, mi vida, estuviese bien. Y si ella no lo estaba, lo demás me sobraba. Paseaba cuando comenzó a caer una de esas ligeras lluvias que caracterizan a algunos de los últimos días de primavera, la cual un rato después fue a más.

Con la cara empapada por los goterones, pasé por delante del taller de Bruno y a mí mente vinieron algunos de los bonitos momentos que viví con él, entrecerrando los ojos y suspirando.

menos.

—¡¡Mucho cuidado con lo que me dices!! —se puso de pie.

—¿Cuidado yo? No te lo has creído ni tú, mamá. Es que no te lo has creído. A mí no me haces ni un reproche más porque eres una mierda de madre que no vale ni lo que…

Con tanto grito, no había escuchado que la puerta se abrió y Cris me pilló diciendo justo esas palabras.

—¡Maldita sea, Aitana! —me chilló—. ¿Es que ahora me vas a joder también con esto? Mamá ha vuelto. Por fin, por fin podemos estar todas juntas. Y tú pareces empeñada en echarlo todo a perder, ¡otra vez!

Salió corriendo para su dormitorio mientras yo negaba con la cabeza. De nuevo me convertía en la mala de la película cuando solo la estaba protegiendo.

Sentía que mis errores, que los errores de Aitana, eran los únicos que se juzgaban y que a mi madre todo se le consentía, cuando era la irresponsabilidad con patas.

De hecho, fue ella quien la consoló mientras yo me quedaba en el salón, con las lágrimas de rabia fuera, sin poder creer que el destino estuviese siendo así de injusto conmigo en ese tema.

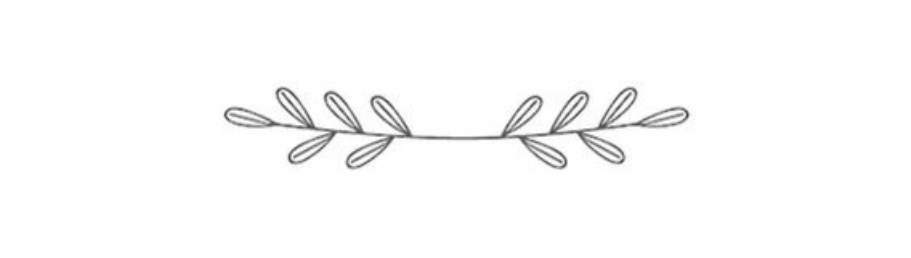
Nada bueno nos auguraba con mi madre en casa. Allí donde ella estuviese, todo se jodería y mucho antes que después. Salí a la calle a que me diese el aire porque otra cosa no podía hacer. Solo quería llorar… Cuando por fin la vida podía comenzar a sonreírnos, mi madre llegaba y lo jodía todo.

Era evidente que mi proyecto profesional como modelo me seguía reconfortando en momentos como aquel, aunque de nada me serviría si mi familia se iba al garete, porque yo no sería feliz.

Todo lo que deseaba era que Cris, mi vida, estuviese bien. Y si ella no lo estaba, lo demás me sobraba. Paseaba cuando comenzó a caer una de esas ligeras lluvias que caracterizan a algunos de los últimos días de primavera, la cual un rato después fue a más.

Con la cara empapada por los goterones, pasé por delante del taller de Bruno y a mí mente vinieron algunos de los bonitos momentos que viví con él, entrecerrando los ojos y suspirando.

Capítulo 32



No habían pasado demasiados días de aquella última zapatiesta cuando llegué a casa y me encontré con una escena insólita.

—¿Qué mierda haces tú aquí? —le pregunté a Luca, quien estaba tomando un refresco junto a mi madre en el salón de mi casa. ¡Es que no me lo podía creer!

Nada había vuelto a saber de él desde nuestro último encuentro. Ni un solo mensaje me envió desde entonces.

—Por favor, no me lo puedo creer…—mi madre adoptó un gesto de mucha dignidad, haciendo como que se avergonzaba de mí.

—No pasa nada, Carmen, igual es que Aitana está molesta conmigo porque no he vuelto a llamarla ni nada. Es que he estado muy liado y cuando entro en esa dinámica…

—Es que ella lo tendrá que entender—le contestó.

No podía ser más descarada. Me trataba como si no estuviese delante y se permitía el lujo de opinar sobre un tema del que no tenía ni idea.

—¿Qué tendré que entender yo, mamá? Porque tú no sabes lo que estás diciendo, así que cierra esa boca.

—A mí tú no me mandas a callar, niñata—me espetó.

—Bueno, yo me voy, creo que no es prudente que siga aquí—dijo la otra rata poniéndose de pie—. Aitana, es que había venido para decirte que anoche le eché un vistazo a tu contrato y que…

—¡¡Encima!! ¡¡El muchacho ha venido para ayudarte!! —me gritó ella.

—El contrato está más que firmado, Luca, olvídalo. Si vienes ahora, si te has acordado, es porque pretendes echarme un polvo como la última vez, en el que me dejaste dolorida y no te importó una mierda… Te echaste a

dormir y punto, cuando yo hasta lloré en el taxi de vuelta de lo mal que me sentí.

Yo es que estaba sembradita. Cuando entro en cólera debo perder el oído, pues nuevamente tenía a Cris detrás y n me había enterado.

—¿Eso es verdad, Luca? ¡¡Largo de esta casa!! ¡¡No queremos volverte a ver!! —exclamó mi hermana, dolida.

—Cris, ¡mucho cuidado! —le chilló mi madre.

—No, mamá, ¿no has oído lo que ha dicho Aitana?

—Sí, niña, a ver si le haces un poco de caso a tu madre—se metió el otro— porque si no es así, igual tengo que revocar la ayuda que te presté con tu caso y que pagues las consecuencias. Que te recuerdo que eres una delincuente en potencia.

—Y tú un sinvergüenza integral. Mueve un dedo para perjudicar a mi hermana y te juro que te encontrarás con un problema—le aseguré.

—¿Me estás amenazando? ¿Lo estás haciendo? ¿Tú a mí? —rio burlón.

—Te estoy advirtiendo y es más… Procura no tener que salir escaldado porque no me temblaría el pulso a la hora de hacerlo. Te lo prometo—le miré bien seria.

—Perdónalas, Luca, es que son mis hijas, pero no saben lo que dicen. Ninguna de las dos lo sabe. Tú puedes veni por aquí cuando quieras y nos tomamos algo.

Fue el colmo de la vergüenza porque, al decírselo, mi madre se mostró insinuante y yo no vomité de milagro, ¿es que esa mujer no tenía el más mínimo de los escrúpulos?

Se veía que no. Si hubo una parte buena, que siempre suele haberla, es que mi hermana por primera vez vio su verdadera cara. Y eso era genial para ella.

Os aseguro que no lo digo por mí, por el hecho de que se hubiese establecido una rivalidad entre ambas. Yo no quería demostrarle a Cris que era muy buena y mi madre muy mala. Es más, yo había cometido mis errores, como cualquier persona, pero esa mujer era un error en sí misma.

Cris se marchó a su dormitorio y no le permitió que esa vez fuese detrás de ella. A mí me dio mucha penita por el sufrimiento que eso le generaba, aunque sabía que era crucial para ella que comenzase a abrir los ojos.

Con todo y con eso, mi madre era muy cuca y ya trataría de volver a llevársela a su terreno en los siguientes días. Necesitaba a Cris de su lado, porque era la única que impedía que yo le dijera que se marchase de nuestra casa de

inmediato, a bien que ella no tenía nada allí.

Era yo quien pagaba el alquiler y quien me ocupaba de todo y, por tanto, la dueña y señora de una decisión que m vendría muy bien tomar, pero que no podía por mi hermana.

Tendría que tomármelo con calma y en momentos así echaba de menos un hombro en el que apoyarme. Durante e tiempo que duró nuestra amistad, pude hablar con Bruno de muchas cosas. Él sí que me entendía bien, por haber vivido situaciones similares a la mía.

Lo cierto es que le extrañaba y que cada vez me dolía más haberle dejado tirado esa noche para marcharme con el imbécil de Luca, con ese desalmado que todavía se permitió el lujo de aparecer otra vez cuando le dio la gana, solo con la intención de meterme de nuevo en su cama. Estoy segura…

Y cuando digo que estoy segura, lo estoy, porque casualmente días después llegó a mis oídos que Luca tenía una fama atroz en la ciudad en cuanto a las mujeres… Una fama de tratarlas mal y de utilizarlas que yo esperaba que algún día le costase cara, pues soy de la opinión de que quien la hace la debe pagar.

No es fácil enfrentar el día a día cuando no estás rodeado de las mejores personas y cuando tienes ese runrún en la cabeza provocado por todo lo que estás viviendo.

Solo esperaba que mi nueva etapa profesional viniese de la mano de un cambio personal… Me conformaba con volver a la situación anterior a la llegada de mi madre, con Cris acercándose a mí y yo tratando de que ella se encontrara lo más feliz y segura posible.

inmediato, a bien que ella no tenía nada allí.

Era yo quien pagaba el alquiler y quien me ocupaba de todo y, por tanto, la dueña y señora de una decisión que me vendría muy bien tomar, pero que no podía por mi hermana.

Tendría que tomármelo con calma y en momentos así echaba de menos un hombro en el que apoyarme. Durante el tiempo que duró nuestra amistad, pude hablar con Bruno de muchas cosas. Él sí que me entendía bien, por haber vivido situaciones similares a la mía.

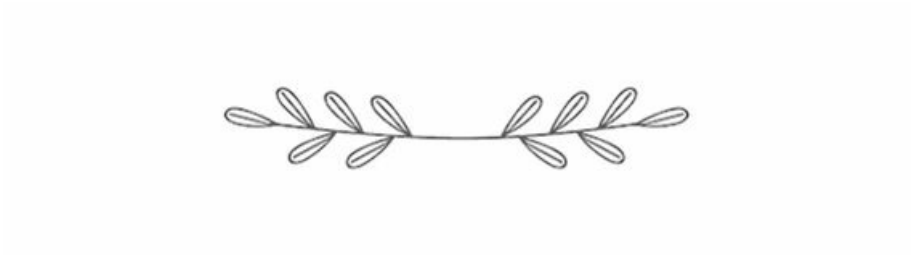
Lo cierto es que le extrañaba y que cada vez me dolía más haberle dejado tirado esa noche para marcharme con el imbécil de Luca, con ese desalmado que todavía se permitió el lujo de aparecer otra vez cuando le dio la gana, solo con la intención de meterme de nuevo en su cama. Estoy segura…

Y cuando digo que estoy segura, lo estoy, porque casualmente días después llegó a mis oídos que Luca tenía una fama atroz en la ciudad en cuanto a las mujeres… Una fama de tratarlas mal y de utilizarlas que yo esperaba que algún día le costase cara, pues soy de la opinión de que quien la hace la debe pagar.

No es fácil enfrentar el día a día cuando no estás rodeado de las mejores personas y cuando tienes ese runrún en la cabeza provocado por todo lo que estás viviendo.

Solo esperaba que mi nueva etapa profesional viniese de la mano de un cambio personal… Me conformaba con volver a la situación anterior a la llegada de mi madre, con Cris acercándose a mí y yo tratando de que ella se encontrara lo más feliz y segura posible.

Capítulo 33



Todo esfuerzo tiene su recompensa y toda mala acción sus consecuencias…

Yo quería pensar que eso fuese así, pero no tuve la confirmación de ello hasta aquel mediodía en el que Bruno me esperaba cerca de mi casa.

—Aitana, necesito hablar contigo—me comentó cogiéndome por el brazo, un gesto que me agradó mucho.

—Por supuesto, dime…

—Se trata de un tema peliagudo. Me gustaría que pudiésemos hablarlo tranquilamente.

—Está bien, ¿nos tomamos una cerveza?

Asintió y me puse muy contenta. No podía saber de qué se trataba, aunque era evidente que Bruno volvía a confia en mí.

Me senté frente a él y pedimos un par de cervezas.

—Mira, Aitana, no es casualidad que haya escogido esta mesa. Resulta que esta mañana he desayunado en este mismo bar, tras acercarle su coche a un cliente que lo necesitaba con urgencia y, ¿ves esta otra de atrás?

—Claro…

—Pues ahí estaba tu madre con una mujer llamada Puri, una verdulera de mucho cuidado.

—Sí, claro, Puri siempre fue su compinche en todo. Su compañera de borracheras, de farra… La única amiga que tiene en el barrio.

—Me imagino, porque mostraban gran complicidad. Pues bien, yo a tu madre no la conocía, pero pronunció vuestros nombres y cuando la miré, muy estropeada, pero descubrí vuestras facciones en las suyas.

—Sí, nos parecemos, aunque espero que solo en el físico. Bruno, yo sé que ahora debes tener mal concepto de mí, pero no me parezco a ella en nada más. Te lo prometo.

—Ahora no estamos hablando de mí, sino de vosotras… Ha pasado algo interesante, Aitana, porque ella no me conoce a mí, pero yo sí la reconocí a ella. Y eso dio lugar a que se le soltase el pico.

—¿En qué sentido, Bruno?

—No te vas a creer… Tu madre le daba las gracias a la tal Puri porque ella le pasó la información de que te convertirías en modelo. Por lo visto, Cris se lo comentó a la panadera y esta a su vez se lo transmitió a Puri. Y de ahí que llegase a oídos de tu madre.

—¡Qué miserable! ¡Por eso ha vuelto! Y claro, se hizo la tonta cuando Cris se lo contó… Normal que se lo hiciera, ¿cómo iba a reconocer que ha vuelto por interés? Pobre hermana mía…

—Sé que tu madre será demoledora para Cris si sigue a vuestro lado, y que tú no podrás sacarla del agujero en el que la meterá. Por esa razón he hecho esto…

—¿Qué es eso, Bruno?

—A partir del momento en el que me di cuenta de lo que estaba sucediendo, acerqué mi móvil con cuidado a ellas y grabé toda la conversación. Te la pongo porque en ella se escucha alto y claro cómo las dos se ríen y tu madre le confiesa que vivirá genial a tu costa. Yo es que no lo pude soportar. Nosotros habremos tenido nuestras diferencias, pero sé muy bien todo lo que has hecho por Cris.

—Gracias, Bruno. Muchas gracias—le dije mientras él me enviaba las grabaciones.

De nuevo, una vez más, me demostraba que podía confiar en él más que en cualquier otra persona. Ese chico valía mucho, muchísimo, y yo dejé pasar la oportunidad de conocernos a otro nivel por salir detrás del mamarracho de Luca, porque así le veía ya por muy abogado de renombre que fuese.

Decidí coger el toro por los cuernos con Cris y el tema de mi madre. Sabía que le dolería mucho conocer sus verdaderas intenciones, aunque lo que de veras la lastimaría sería seguir en la inopia y no llegar a conocer su maldad.

Por esa razón la abordé a su llegada del centro, contándole.

—¿Sabes lo que te digo, Aitana? Que ya no me coge tan de sorpresa. Yo también vi su verdadera cara cuando sucedió lo de Luca, cómo le daba la razón a él y nos menospreciaba. Desde entonces no he parado de pensar… Y ahora esto: quiero que se vaya.

—Cris, ¿estás segura de lo que estás diciendo? Porque si es así, yo hablo con ella ahora mismo, en cuanto suba.

—Sí, por favor. Dile que recoja todo y que se marche. Si no te importa, yo no quiero presenciar cómo sucede, porque me duele. Pero eso no quiere decir que desee ya tenerla en mi vida. Bruno nos ha dado la prueba más grande de que no nos quiere por nosotras, sino por lo que podamos aportarle. Y eso no es de ser madre ni de ser nada, la verdad.

—Cris, tú estás madurando mucho, cariño. Te escucho y no te conozco.

—Yo he tenido buena profesora, Aitana. Tú llevas años sacrificándote por mí y hasta ahora no te lo he agradecido Yo sé que te voy a ver como a una reina, como te mereces, triunfando… A ti la vida tenía que recompensarte y para eso… Para eso solo tienes que salvar un último escollo, ¿lo harás por mí?

—¿Y cómo no hacerlo, mi amor? Yo por ti daría la vida.

—Lo sé, Aitana. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida y tengo mucha suerte de que estés a mi lado. Gracias, muchas gracias de corazón, hermana.

Los ojos se le aguaron y le di un abrazo inmenso antes de subir a hacer eso que con tanto ímpetu hice.

Mi madre estaba con el móvil en la mano, para no variar, y tirada en el sofá cuando llegué.

—Bonitas maneras de entrar, sin darle las buenas tardes a tu madre ni nada—me reprochó.

—Es que para lo que a mi madre le queda aquí…—le solté.

—¿Qué quieres decir con eso, niña? Porque no te estoy entendiendo bien—se levantó y se puso a la defensiva.

—No te levantes, quédate sentada, porque igual te caes de culo cuando oigas esto.

Le puse el audio y a ella se le cambió la cara. Se escuchaba con claridad cómo se reía con su amiga de la forma en la que me mangonearía cuando tuviese dinero y de que viviría a lo grande gracias a mi trabajo, poco menos que como una marquesa.

—Vamos a ver, Aitana, las cosas no se pueden tomar al pie de la letra—se excusó—. ¿Tú no te das cuenta de que estábamos de broma? Se deduce del contexto.

—Lo que se deduce del contexto son tus interesadas intenciones. Viniste aquí porque ya sabías lo de mi contrato.

—Chica, igual algo había escuchado por ahí, ¿y qué? La realidad es que os echaba mucho de menos…

—Sí, por eso nos cuidas tanto. La realidad es que viste la oportunidad de volverte a colar en nuestras vidas en el momento que más te ha interesado, esa es la única realidad… ¡Te vas! ¡Coges tus cosas y te vas!

—No lo puedes estar diciendo en serio, Aitana. Además, que esto no lo sabe tu hermana Cris, ¿qué crees que te dirá cuando sepa que me has echado de casa?

—No creo que gran cosa, más que nada porque la misma Cris me ha pedido que lo haga. Mi hermana ya escuchó el audio y quiere que te largues.

—¡Me la has jugado, hija de puta!

—Yo de ti cuidaría las palabras, más que nada en la medida de lo que puedan afectarte.

—Chica, igual algo había escuchado por ahí, ¿y qué? La realidad es que os echaba mucho de menos…

—Sí, por eso nos cuidas tanto. La realidad es que viste la oportunidad de volverte a colar en nuestras vidas en el momento que más te ha interesado, esa es la única realidad… ¡Te vas! ¡Coges tus cosas y te vas!

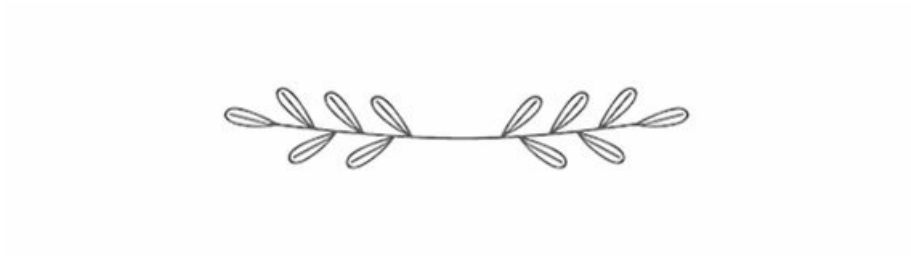
—No lo puedes estar diciendo en serio, Aitana. Además, que esto no lo sabe tu hermana Cris, ¿qué crees que te dirá cuando sepa que me has echado de casa?

—No creo que gran cosa, más que nada porque la misma Cris me ha pedido que lo haga. Mi hermana ya escuchó el audio y quiere que te largues.

—¡Me la has jugado, hija de puta!

—Yo de ti cuidaría las palabras, más que nada en la medida de lo que puedan afectarte.

Capítulo 34



A partir de ese día, la vida nos sonrió. El lastre que nos quitamos de encima fue tremendo, más que nada porque con la marcha de mi madre se nos cerró el último y tenebroso episodio que vivimos con ella, pues esa mujer tenía el extraño poder de lograr que una oscura nube planeara sobre nuestras cabezas.

En su lugar, salió el sol en todos los sentidos para nosotras…

El curso había terminado. Mi hermana logró salvarlo, por lo que pasaría a segundo de Bachillerato limpia y a esa buena noticia hubimos de sumar, ¡que Jairo también lo aprobó todo!

Por esa razón, el día de su graduación no fue ningún paripé, sino la constatación de que ya tenía el título en su mano que lo habilitaba como mecánico profesional. O lo que es lo mismo, ¡un sueño hecho realidad!

Como en su día le prometí a Bruno, acudí al acto y luego a la celebración posterior. Es más, me había comprado un precioso vestido de tirantes, cuerpo ceñido, y volantes de gasa en rosa fucsia que lució una barbaridad.

Mi hermana también iba guapísima con un look juvenil, lo mismo que Jairo que acudió con una bonita camiseta y una americana por encima. Se trataba de la primera vez que le vi así y casi me lo como.

Y hablando de comerme, quien también venía divino de la muerte era Bruno, con un traje en azul cielo que no me pasó desapercibido.

Desde el día en el que me entregó la grabación, nos habíamos ido acercando poco a poco, motivo por el que pued decir que acudimos muy contentos al instituto.

El acto fue muy emotivo y Jairo no podía estar más contento, aparte de que a él le permitieron una licencia de lo más divertida y que ahora os contaré: en el momento en que subió a recoger su diploma, y en el que le impusieron la beca junto con el birrete, subió con Letal, al cual también le pusieron otro para la foto.

Sé que no es algo usual, aunque él pidió permiso porque explicó que sin su fiel amigo no lo habría conseguido. Una vez en el escenario, todos le aplaudieron por su noble gesto, pero entonces cogió un micrófono y casi nos tronchamos al escucharle.

—¡Cris, te quiero! ¡Sin ti no hubiera aprobado ni una! ¡Tú también tendrías que estar aquí arriba!

Por petición de todos los presentes, mi hermana tuvo que subir y se fundieron en un emocionado abrazo. En ese momento, Bruno y yo los miramos derretidos, y después nos miramos nosotros. También había muchas palabras en ese silencio que nos dedicamos antes de marcharnos a la cena, que degustaríamos juntos.

A Bruno se le veía contentísimo y yo no lo estaba menos.

—Es muy cierto eso que ha dicho de que sin Cris no lo habría logrado—me comentaba mientras entrábamos en el restaurante, momento en el que vinieron a ofrecernos lotería.

—Es un sorteo especial—nos informó el lotero.

—Es que igual a mí ya me ha tocado la lotería—le comentó él, risueño y mirándome con una dulzura increíble.

—Hombre, yo no es que vea mucho, pero sí lo suficiente para saber que tienes mucha suerte si ella te corresponde

—¿Y por qué no le voy a corresponder? —le respondí dándole un cariñoso beso en la mejilla tras lo cual me agarró por la cintura, haciendo que sus labios se rozaran con los míos y produciéndome escalofríos.

Para mí que no solo me acarició los labios, sino el alma, y hasta el lotero lo notó. Por cierto, que le cogimos dos números porque ya el hombre, de entrada, nos había traído suerte.

Durante la cena no dejamos de mirarnos en ningún momento, salvo en aquellos en los que les echábamos el ojo a nuestros niños, que disfrutaban de ella junto con sus compañeros y amigos.

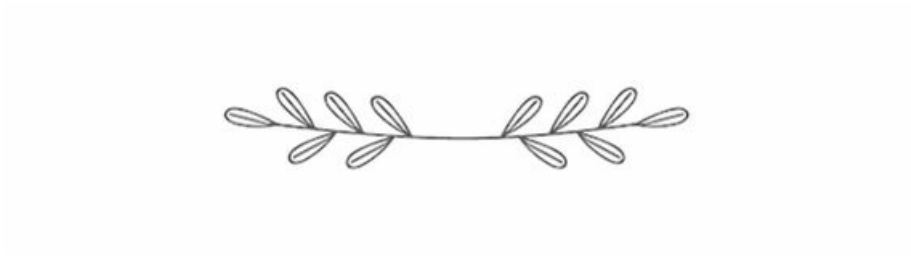
Los unos para los otros éramos lo mejor que nos pudo pasar. Los chicos se comportaban con felicidad desde que se conocieron, siendo novios y los mejores amigos a la vez. Y entre Bruno y yo estaba comenzando a sentirse una tremenda corriente que nos indicaba con meridiana claridad dónde acabaríamos esa noche.

Las cosas se fueron resolviendo gradualmente. Él ya no me guardaba rencor por haberme ido con esa piltrafa humana, con Luca, del que nada volví a saber.

Me sentía orgullosa de no haberme quedado colgada de un tío que trató de seducirme con estrategias para darme un par de meneos. No hubo más y yo ya no recordaba ni su existencia.

Con todo encauzado, nos enfrentábamos al más bonito de los veranos de nuestra vida. Y eso me hacía cantidad de ilusión.

Capítulo 35



Tras la cena, los chicos se fueron a una disco y Bruno y yo…

—No quiero que la primera vez sea en cualquier sitito, me encantaría llevarte a uno bonito—me comentó.

—Será bonito siempre que tú estés en él, no tienes que preocuparte por eso…

—Tú sí que eres bonita, pero que ya me entiendes.

Se dirigió hacia el mejor hotel de la zona, uno que no resultaba espacialmente barato, para nada… Y no permitió que yo pagase nada, corriendo todo por su cuenta.

Subimos y cerró la puerta con cuidado mientras me seguía cogiendo por la cintura, comenzando a besarme.

Bruno me miraba con deseo, pero también con extremo cariño, acariciando mi cuerpo al completo mientras desplazaba mis tirantes para que el vestido cayera a mis pies.

Al hacerlo, dejó mis senos al aire, pues su espalda al descubierto no permitía usar sujetador. Contemplarlos fue para él todo un espectáculo a juzgar por su mirada ilusionada mientras comenzaba a echarles mano.

Tan solo en tanga, salté sobre él, quien me recogió mientras comenzaba a lamer mis senos. Bruno estaba más fuerte que el vinagre y eso me ponía muchísimo.

Resoplando, yo iba soltando poco a poco el aire de mis pulmones mientras me dejaba hacer por él, quien se centraba en darme placer a través de la estimulación de mis senos, lo cual me llegó a humedecer al completo.

Apenas podía dar crédito a la sensación de la cercanía de orgasmo tan solo con ese gesto, por lo que él, que lo notó igualmente, me tumbó sobre la enorme cama para ir besándome por todo el vientre hasta llegar al tanga, el cual retiró con cuidado antes de introducir su lengua entre mis labios vaginales. Se abrió camino entre ellos y descubrió mi clítoris, a través del cual me hizo vibrar más aún… Juguetona, me removía para él en el momento er el que ese orgasmo candente me paró en seco, emitiendo unos placenteros gemidos que nos sirvieron de hilo musical.

Yo sentía unas fuertes contracciones que se intensificaban con la intensidad de su lengua, la cual no se apartaba ni una milésima de segundo de ese clítoris mío que parecía tener vida propia.

Cuando pude comenzar a respirar con cierta normalidad, me sonrió y me besó. Sabía a mí, algo que lejos de molestarme, me puso más si es que eso cabe, pues he de decir que me sentía tan increíblemente excitada y mimada a la vez que me costaba gestionar cuanto me estaba pasando.

Casi no habíamos empezado y el corazón me bombeaba con inusitada fuerza. Yo no podría precisar si le quería ya dentro de mí o si prefería esperar a que su repertorio de caricias me sorprendiera más aún.

En cualquier caso, lo dejé todo en sus manos y Bruno supo darme lo que necesité en cada segundo y mucho más… Mucho más porque se trataba de un hombre en el que se aunaban la rudeza del empotrador nato con la exquisita sensibilidad de quien ama. Ambas cosas las tenía ya claras, me las decían sus ojos antes incluso de que me hubiese penetrado, antes de que llegase el momento de que me atravesase produciéndome esas sensaciones que me llevaron a gozar de un modo que me resulta complicado reproducir.

Yo había fantaseado con la idea de tener sexo con él y en esas fantasías alcancé cotas de placer altas, pues la imaginación da para mucho. Pese a eso, tener a Bruno en el directo, rodeándome con sus impresionantes brazos y con el espectáculo de sus abdominales delante de mis ojos me sorprendió tanto que solo quise dejarme hacer, perderme en su potente cuerpo y disfrutar de la dureza de su miembro, la cual era impresionante.

Una vez le tuve dentro, supe que esa combinación a la que apunté era cierta. Sin dejar de prestarme todas las atenciones posibles, sin dejar de mirarme con los ojos con los que solo puede ver un hombre enamorado, Bruno supo imprimir a nuestro sexo unas revoluciones que me llevaron a un recital que tuve que reprimir tapándome yo sola la boca, sonriéndole libidinosa, picándole al máximo, queriéndole decir con mis ojos que parecía estar hecho a mi medida.

Sus embestidas fueron a más y me corrí de un modo inmenso, de un modo en el que sentí no solo el alivio propio que la naturaleza nos proporciona en esos casos, sino que también sentí que estaba ante el hombre que deseaba que me siguiera produciendo esas sensaciones.

La transparencia y la limpieza de los ojos de Bruno me dijo lo mismo, aunque fueron sus palabras quienes me lo preguntaron ya casi al amanecer, cuando tras amarnos durante toda una noche, caímos extenuados el uno al lado del otro.

—Aitana, yo ya siento que te quiero—me confesó.

—Y yo también te quiero a ti, Bruno. Nunca lo hubiera pensado—entrecerré los ojos recordando—, pero eres lo mejor que me podría haber pasado en la vida.

—¿Y me lo dices tú? Yo sueño contigo, niña. Y cuando me despierto solo quiero verte. No puedo pensar ya en una vida que no sea a tu lado, ¿quieres ser mi pareja?

—Me muero por serlo, Bruno. Esta vez no te voy a fallar, no habrá más errores.

—Todo lo que ha sucedido nos trajo hasta aquí, hasta este momento y hasta donde estamos, de manera que lo doy por bien empleado. Aitana—me comentó cogiéndome del mentón—. No seríamos humanos si no fuésemos personas. Y tú eres una… la más especial y bonita a mis ojos.

—Y tú eres la persona con la que yo quiero compartir mi vida, Bruno. Yo no sabía si necesitaría o no un príncipe azul para sentirme dichosa. Supongo que no es eso, no es que lo necesitase… Pero sí te prometo que contigo mi vida se vuelve de color rosa.

—Solo soy un mecánico, ¿eso lo has tenido en cuenta? Tú vas a ser una modelo, vas a…

—Calla, yo voy a ser Aitana, nada más—sellé sus labios con un beso.

—¿Y me lo dices tú? Yo sueño contigo, niña. Y cuando me despierto solo quiero verte. No puedo pensar ya en una vida que no sea a tu lado, ¿quieres ser mi pareja?

—Me muero por serlo, Bruno. Esta vez no te voy a fallar, no habrá más errores.

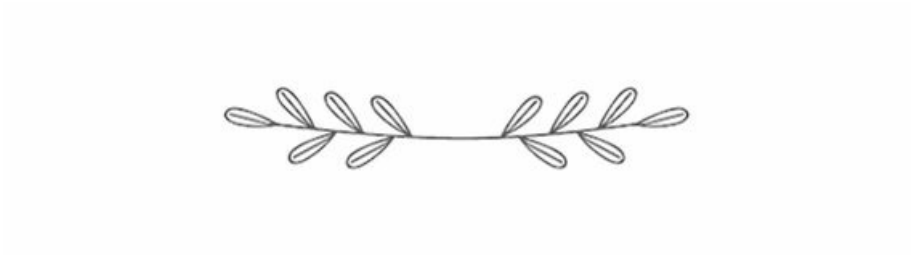
—Todo lo que ha sucedido nos trajo hasta aquí, hasta este momento y hasta donde estamos, de manera que lo doy por bien empleado. Aitana—me comentó cogiéndome del mentón—. No seríamos humanos si no fuésemos personas. Y tú eres una… la más especial y bonita a mis ojos.

—Y tú eres la persona con la que yo quiero compartir mi vida, Bruno. Yo no sabía si necesitaría o no un príncipe azul para sentirme dichosa. Supongo que no es eso, no es que lo necesitase… Pero sí te prometo que contigo mi vida se vuelve de color rosa.

—Solo soy un mecánico, ¿eso lo has tenido en cuenta? Tú vas a ser una modelo, vas a…

—Calla, yo voy a ser Aitana, nada más—sellé sus labios con un beso.

Capítulo 36



Yo estaba tranquilamente en los grandes almacenes unos días después, rodeada de Luis y de Reyes, cuando le vi entrar a la carrera.

—Dios mío, tu mecánico se ha vuelto loco, ¡ese viene a pedirte matrimonio! —opinó Luis—. Va a ser de película

—¿Qué dices, tarado?

—Que sí, que sí, que parece que viene con alas en los pies—añadió Reyes.

Yo más bien me asusté pensando en que algo les hubiese podido ocurrir a los chicos, que estaban viviendo el bonito verano que se merecían.

—¿Qué ha ocurrido, mi amor? —le pregunté poniéndome delante de él.

—Ten cuidado, que te arrolla como si fuese el tren—me advirtió Reyes.

No, paró a tiempo y me cogió en brazos, chillando.

—¡Que nos ha tocado! ¡Que nos ha tocado! —chilló.

—A mí no me ha tocado nadie, qué más quisiera yo que un polvo mañanero—añadió Luis, encogiéndose de hombros.

—¿Qué dices, cielo? ¿Qué nos ha tocado? —le pregunté.

—¡La lotería! ¡A los dos! —me contestó sin parar de dar vueltas.

—¿¿La que compramos la otra noche?? Si yo no sé ni dónde tengo el boleto—le miré flipada.

—Los guardé yo los dos, ¿no te acuerdas? Y ahora nos ha tocado, ¡¡son 400.000 euros para cada uno!!

—No, no, no… ¡No me lo puedo creer!

—Pues créetelo porque es muy cierto… Estoy flipado, ¡¡por fin la suerte está con nosotros!!

Luis y Reyes se miraban maravillados y nosotros solo dábamos vueltas.

Benito vino flechado para ponernos a caldo, como no esperaba yo menos de él.

—¿Se puede saber a qué viene este lamentable espectáculo? Si no lo veo no lo creo, Aitana.

—Pues viene a que nos ha tocado la lotería, Benito, y es literal no creas… Aunque para mí que lo mejor que me ha pasado es conocer a Bruno, el amor es el más importante de los premios. Te lo digo, más que nada, porque tu cara de amargado apunta a que no tienes ni idea de qué es eso. Y te lo recomiendo, no veas si te lo recomiendo.

—Aitana, ¡¡no te consiento que me hables así!!

—Es que, como se suele decir, "el viejo mal hablado hace al niño desvergonzado".

—¿Y encima me llamas viejo?
—Tú me has entendido, Benito, que tienes muchos más años que yo…

—Te va a costar cara la bromita…

—Me da igual, ahora puedo pagarla—me burlé—. Aparte, habla con el señor Mendoza, que es a quien le intereso

Se marchó de allí echando arena para atrás como los toros y Bruno me miró como hipnotizado.

—Eres lo más bonito que han visto mis ojos, Aitana. Y cuando te sale ese carácter, yo es que no puedo contigo—me decía besándome a más no poder.

—Reyes, si todavía nos salpicarán. Ahora ya solo quedamos dos desgraciados a tiempo completo: tú y yo—le dijo Luis y todos nos partimos de risa.

Nos fuimos a buscar a los niños, sin más… Nos los encontramos en la playa y les dimos la noticia.

—Yo es que me muero, me muero… ¡Por fin vamos a tener un coche! —miraba mi hermana al cielo.

—Con lo guay que está el patinete—negaba Jairo con la cabeza—. Oye, Bruno, ¿y tú qué vas a hacer con tu parte

—Mi parte es tuya también Jairo. Con ella voy a cumplir el sueño de mi vida, que también te aupará a ti.

—¿Poner una tienda de patinetes? —le preguntó él, quien parecía tener fijación con ellos.

—No, poner un concesionario de vehículos, ¡¡eso!!

—¿Y para qué queremos vender coches pudiendo mantener el taller?

—Porque es muy cómodo, mucho más. Seguimos en el mundo de los coches, pero ya sin mancharnos las manos.

—Ah, no, no… Yo eso no lo quiero. Tú montas lo que te apetezca y a mí me dejas que lleve el taller, que yo allí soy feliz.

Era lo más tierno del globo. Jairo lo era…

—¿Y nosotras qué haremos, Aitana? Dímelo…

—Comprarnos una casa, cariño. En nuestro caso no la tenemos y eso es lo primero.

—¡Sí! Y así ya no tendrás que comprarla cuando seas modelo…

—Pues parece que no, amor, que la tendremos antes. Esto sí que es un sueño.

—El sueño que tú te mereces, hermana—me besó.

. Lo hablábamos todo tomándonos tremenda mariscada en el chiringuito de moda de la playa. No hay nada mejor que poder hacer preciosos planes con los tuyos sin problemas de por medio.

Los chicos estaban exultantes de felicidad y en cuanto a Bruno y a mí… Nosotros no podíamos estar más felices tampoco.

La vida se estaba abriendo camino del mejor de los modos. Nuestros sueños los teníamos a la vuelta de la esquina y la ilusión era máxima, aparte de que la mayor lotería, como bien dije, era tener a Bruno a mi lado apoyándome en todo.

En los siguientes días pondríamos en marcha esos sueños. Existían varias maneras de llevarlos a cabo, pero todas serían maravillosas, de eso no me cabía ni la más mínima de las dudas.

Viéndonos a todos allí, dichosos y con el mejor futuro por delante, nadie adivinaría las circunstancias en las que nos conocimos ni todos los obstáculos que tuvimos que sortear hasta llegar a brindar como lo estábamos haciendo

Cris y Jairo nos tenían muy sorprendidos, madurando por días, y ese era otro de los premios con los que la vida

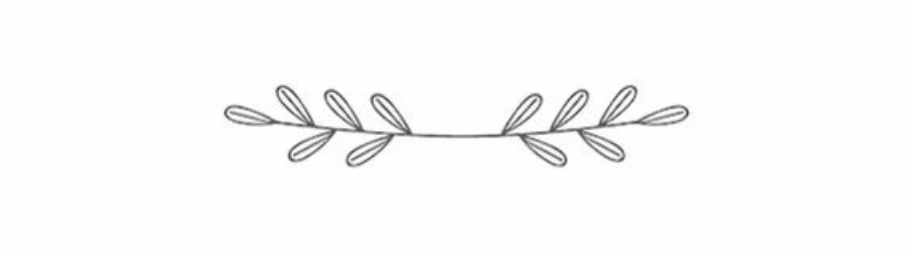
nos obsequió en el que ya, definitivamente, se perfilaba como el verano de nuestras vidas.

Mi ilusión era máxima y más cuando todo lo bueno se había concentrado en torno a nosotros y en muy poco tiempo… Era magnífico pensar en cuánto habían mejorado las cosas y si algo tenía claro era que no pensaba desaprovechar ni uno solo de los momentos de felicidad con los que la vida quisiera obsequiarme. Les sacaría todo el jugo, absolutamente todo.

nos obsequió en el que ya, definitivamente, se perfilaba como el verano de nuestras vidas.

Mi ilusión era máxima y más cuando todo lo bueno se había concentrado en torno a nosotros y en muy poco tiempo… Era magnífico pensar en cuánto habían mejorado las cosas y si algo tenía claro era que no pensaba desaprovechar ni uno solo de los momentos de felicidad con los que la vida quisiera obsequiarme. Les sacaría todo el jugo, absolutamente todo.

Capítulo 37



El verano había pasado y la vida nos cambió por completo. En esos pocos meses todo era como si se estrenase.

Yo compré la casa de mis sueños, que puse a nombre de Cris y mío, mientras que Bruno optó por montar su concesionario de coches.

En cualquier caso, mi idea desde el principio fue que todos viviéramos juntos en ella, por lo que los chicos aceptaron y alquilaron su piso a otras personas.

La casa era una monería, casi a pie de playa, con un gran jardín delantero y una pequeña piscina. Un sueño al alcance de nuestra mano que representó tremenda ilusión y que disfrutamos muchísimo.

Nos resultaba muy curioso vivir allí los cuatro, por supuesto con nuestro amado Letal, aunque los chicos tenían cada uno un dormitorio y así seguiría siendo, porque otra cosa no nos habría parecido lógica a su edad, por mucho que hicieran a nuestras espaldas.

Fueron meses inolvidables plagados de miles de anécdotas e ilusiones. No hay que perder de vista que, además, Bruno estaba montando su nuevo negocio y Jairo, tal como manifestó, se hizo cargo del taller.

Al principio, yo tenía mis reservas de que con su inocencia y su poca edad lo pudiera llevar adelante, si bien nos demostró que en eso era un fiera, porque lo era.

Aitana comenzaba el nuevo curso y seguía teniendo en mente estudiar Educación Infantil. Curiosamente, se había comprometido a continuar de voluntaria en el centro de menores donde había forjado buenas amistades, en el que la querían mucho y en el que disfrutaba rodeada del cariño de los críos, y sobre todo de Nico, que la tenía cautivada.

Ese mismo día yo comenzaba mi carrera como modelo. Ya llevaba semanas preparándome con una serie de buenos profesionales que el señor Mendoza puso a mi disposición y que me hacían sentir bastante segura a la hora de dar mis primeros pasos en ese mundo.

Pese a todo, los nervios eran evidentes y nadie como Bruno para poder calmarme. Él siempre estaba atento a mis

necesidades, y eso que no le faltaba trabajo con su nuevo negocio. Parecía otro, siempre con su traje de chaqueta. Es que estaba irresistible…

Yo siempre vi que, pese a gustarle, el taller parecía quedársele corto y saberle en su nueva andadura me ilusionaba tanto como comenzar la mía.

El hecho de que viviésemos juntos, además, me daba tremenda tranquilidad respecto a mi hermana, porque tendríamos que grabar por toda España, yendo y viniendo durante una temporadita, que Cris se quedaría con ellos

Cuando esa temporada terminase, ya en Navidades, teníamos previsto hacer un magnífico viaje que nos llevase al extranjero, que suponía la culminación de otro de mis sueños.

En concreto, viajaríamos a Nueva York, entrando allí en el siguiente año. Nada me estimulaba más que pensar en esas vacaciones cuando todos hubiésemos hecho ya los deberes. El único que no podría acompañarnos sería Letal si bien teníamos un conocido, cuidador de perritos y con una casa muy grande, que se quedaría con él en esos días.

—¿Estás muy nerviosa? —me comentó Bruno al levantarme.

—Hoy sí. Hasta ahora he podido controlar los nervios, pero la verdad es que hoy se me está yendo de las manos, ¿y si al final no lo hago bien?

—Lo harás: no hay otra opción, ¿y sabes por qué? Porque te quieren a ti y no a otra, Aitana. Tú eres la cara que estaban buscando y todo lo haces bien. Le pones mucho amor a cada cosa, que me lo digan a mí…

—Voy a echar mucho de menos ese amor—le comenté porque me daba tremenda penita separarme de él, por mucho que el proyecto me encantase.

—No, eso es imposible porque el amor nos acompaña allá donde vamos, si es verdadero. Tú solo tienes que sentirlo, cerrar los ojos y saber que, estés donde estés, me encontrarás a tu lado.

Bruno siempre tenía la frase clave para salvarme de cualquier situación. Daba igual cómo estuviese, él sabía cómo mejorarme.

Me marché con un buen equipo y por unos días… Funcionaría así, iríamos y vendríamos.

Quién me hubiese imaginado haciendo de modelo. Cuando la primera campaña se puso en marcha, ellos fueron los primeros en recibir las imágenes y su emoción era inmensa, aplaudiéndome en todo.

En poco tiempo, me acostumbré a ser una cara conocida. Como bien me dijo Bruno, quien me eligió sabía bien lo que quería y me adapté al proyecto desde el minuto cero con tanta ilusión que no me topé con ningún problema.

Los meses fueron pasando y todo iba sobre ruedas. Mi alegría era inmensa viendo que a cada uno de nosotros las cosas le iban saliendo exactamente como las soñábamos.

Y así llegaron las Navidades, en las que volamos inmensamente emocionados a Nueva York.

¿Qué contaros de ese viaje? Pues que para personas como nosotros, que nunca habían salido al extranjero, fue la emoción hecha escapada.

Cuando nos vimos en la Gran Manzana dimos saltos de alegría y no era para menos. Poco tiempo atrás habría sido imposible y en ese momento nos encontrábamos allí, más unidos que nunca, y con las emociones a flor de piel.

Daba igual lo que viéramos, los principales reclamos turísticos de la ciudad o un pequeño detalle, todo nos hacía abrir mucho los ojos y comprender que cuando contemplas algo por primera vez es una sensación inigualable, algo muy placentero, y más si se trata de la belleza de un lugar así de emblemático y en las fechas más entrañables del año.

Qué curioso… Durante años las Navidades se me hicieron cuesta arriba porque pensaba que nos faltaba algo. Y allí estábamos todos los miembros de la preciosa familia que habíamos formado (a excepción de nuestro adorado Letal) disfrutando de unas fiestas en las que todo salió a pedir de boca y sintiéndonos dichosos hasta la saciedad.

La vida a veces te sorprende… Y otras te sorprende mucho más. A mí me tenía no solo sorprendida, sino anonadada con su belleza, porque la vida es bella. Y mucho más si la salpicas de amor.

Los meses fueron pasando y todo iba sobre ruedas. Mi alegría era inmensa viendo que a cada uno de nosotros las cosas le iban saliendo exactamente como las soñábamos.

Y así llegaron las Navidades, en las que volamos inmensamente emocionados a Nueva York.

¿Qué contaros de ese viaje? Pues que para personas como nosotros, que nunca habían salido al extranjero, fue la emoción hecha escapada.

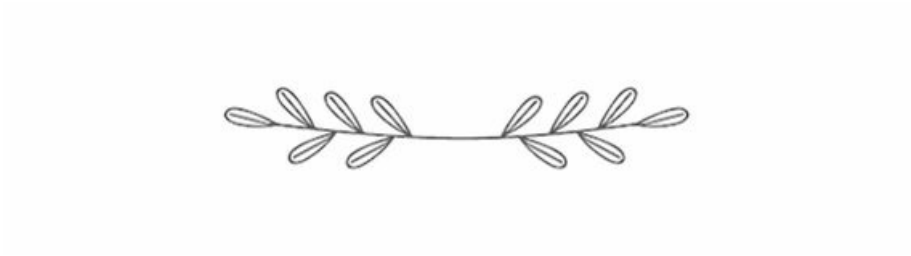
Cuando nos vimos en la Gran Manzana dimos saltos de alegría y no era para menos. Poco tiempo atrás habría sido imposible y en ese momento nos encontrábamos allí, más unidos que nunca, y con las emociones a flor de piel.

Daba igual lo que viéramos, los principales reclamos turísticos de la ciudad o un pequeño detalle, todo nos hacía abrir mucho los ojos y comprender que cuando contemplas algo por primera vez es una sensación inigualable, algo muy placentero, y más si se trata de la belleza de un lugar así de emblemático y en las fechas más entrañables del año.

Qué curioso… Durante años las Navidades se me hicieron cuesta arriba porque pensaba que nos faltaba algo. Y allí estábamos todos los miembros de la preciosa familia que habíamos formado (a excepción de nuestro adorado Letal) disfrutando de unas fiestas en las que todo salió a pedir de boca y sintiéndonos dichosos hasta la saciedad.

La vida a veces te sorprende… Y otras te sorprende mucho más. A mí me tenía no solo sorprendida, sino anonadada con su belleza, porque la vida es bella. Y mucho más si la salpicas de amor.

Epílogo



Diez años después…

Precioso día en el que sonaban campanas de boda, porque todo llega… Y esa mañana el vestido de novia pendía de la lámpara de su dormitorio.

Quien se casaba era Cris y, como ya os podréis imaginar, lo hacía con Jairo, a quien no dejó de amar ni un segundo desde el día en que le conoció.

Durante aquellos años habían pasado muchas cosas, unas que podréis imaginar y otras que menos…

Os pongo un poco en contexto: ya hacía ocho que Bruno y yo nos casamos. Y para cuando lo hicimos la familia había aumentado. Y no, no por efecto de que yo me quedase embarazada sino ¡porque adoptamos a Nico!

Fue Jairo, quien con su habitual inocencia, nos hizo plantearnos el traerle a vivir a casa en una ocasión que Cris hablaba con tremendo amor de él y del mucho cariño que necesitaba.

Se trataba de un crío encantador y con poca edad. Su situación era incierta y en principio solo necesitaba una acogida, pensando en que sus padres se harían cargo de él más adelante. No ocurrió así y os puedo garantizar que fuimos muy dichosos cuando, tras un período viviendo con nosotros, nos ofrecieron adoptarle.

Para ese momento, todos temíamos tanto separarnos de él que dimos botes, de manera que se convirtió en uno má de la familia y en otro gran protegido de Letal, que hubiera despedazado por él.

Mientras, mi carrera como modelo se fue consolidando, puesto que me ofrecieron un proyecto tras otro. Apenas me lo podía creer, mi cara daba muy bien en publicidad y nunca me faltó el trabajo.

A los tres años de adoptar a Nico nació Sofía, nuestra hija, y entonces dimos por cerrada una familia de lo más bonita: con una parejita de hijos y otra de hermanos, como nosotros decíamos.

Esos hermanos también seguían con sus vidas. Mientras que Bruno sacó adelante el concesionario de coches, Jair fue dichoso en el taller, en el cual le iba genial. Al mismo tiempo, Cris estudió Educación Infantil y, al poco de

terminar la carrera, comenzó a trabajar en un colegio con niños pequeños, los cuales le apasionaban.

De quien nada volvimos a saber fue de nuestra madre, más allá de lo que algunos vecinos cuchicheaban por razón de que Puri, su amiga, diese alguna noticia sobre ella. Por supuesto que nunca sentó la cabeza, pero lo cierto es que ya consideramos que no era nuestro problema, pues nos habría dado a luz, pero nunca actuó como madre.

Cogí el vestido de novia bajo la atenta mirada de Reyes y Cris se lo puso. Parecía una muñequita, de veras que no podía estar más bonita mi niña.

Su hermana Sofía, que le llevaría los anillos con la supervisión de Nico, que ya había crecido bastante, la miraba y se le caía la baba, pues se adoraban.

—Ay, Reyes, que se me hizo mayor—le comenté a mi amiga, quien siguió siéndolo siempre igual que Luis, el cual también asistiría a la boda, por descontado.

—¿Qué te parece? Perreando, perreando y mira en lo que se ha convertido la cacho de perra—me decía ella muerta de la risa.

Yo vibraba en un día muy especial en el que estaríamos todos salvo Letal, quien ya nos había dejado. Eso sí, contábamos con un nuevo miembro perruno en la familia, Chocolate, a quien bautizaron los niños y al que adoptamos para tratar de paliar la falta de ese otro animalito que tanto nos dio.

Bruno estaba con Jairo en su dormitorio y yo le escuchaba darle las últimas instrucciones.

—Si no me aclaro mucho de cuándo tengo que decir cada cosa, me haces las señas que hemos ensayado—le pedía Jairo porque él continuaba en su mundo y nos arrancaba las risas.

Mi marido y yo nos seguíamos adorando y todos habíamos vivido en la misma casa hasta ese día. Jamás podría haber imaginado unos años más maravillosos que esos. Sentiríamos su marcha, si bien era hora de que volaran solos, ya tenían edad para ello.

—Aitana, que me tiemblan las canillas—me dijo Cris cuando íbamos en dirección al coche, dime algo.

—Que vas a ser tan feliz con Jairo como yo lo he sido con Bruno, mi niña. Estoy segurísima de eso y es lo mejor que te puedo decir—la besé.

Yo sabía que sería así y que mi mejor deseo no podía ser otro. Con Bruno lo había logrado todo: él hacía que mis errores parecieran mínimos y lo ensalzaba todo en mí.

Cuando una persona saca lo mejor de tu interior, sabes que es ella y solo ella la encargada de acompañarte en el camino de la vida.

Ayudé a entrar a Cris en el coche y allí la dejé con el más atractivo de todos los padrinos del mundo, quien lloró a verla vestida de novia, pues Bruno la quería como a una hija.

Guapísimo con su chaqué, me tomó por la cintura y me besó, como siempre lo hizo en aquellos años.

—Estás espectacular de madrina, mi amor. Te veo en la iglesia. Échale un ojo a Jairo, que no se nos despiste. Yo hago tiempo con la niña.

—No, claro que no, no se despistará.

Entré a por Jairo y me lo encontré vestido de novio, con Chocolate al lado, mientras él le hablaba al perrito. Necesitaba su tiempo, él era así.

—Yo es que la quise desde el primer día que la vi, ¿sabes? En aquellos años se lo contaba a Letal a la vuelta del instituto. Y todo lo que soy se lo debo a ella. Por eso la voy a cuidar hasta el último día de mi vida—narraba.

Me paré para escucharlo y las lágrimas se me escaparon también a mí. Había certeza total en sus palabras, porque Jairo se había convertido en un hombre de palabra, lo mismo que Bruno. Ellos lo llevaban en su ADN, sabían amar a una mujer hasta las últimas consecuencias. Entré y le abracé.

—Yo sé que nadie podrá quererla como la quieres tú, mi niño. Ya ha llegado la hora…

— Oye, ¿pero no es la novia la que debe llegar la última? Eso me lo he aprendido, he mirado muchos tutoriales. Y Cris ya se ha ido, ¿no es verdad?

—Están dando vueltas en el coche, haciendo tiempo. Vámonos ya y la esperamos a pie de altar. Cris estaba muy nerviosa para seguir esperando en casa.

—¿Nerviosa por casarse conmigo?

—Sí, mi amor, muy nerviosa por casarse contigo, como lo estaba yo el día en que me casé con tu hermano.

Ayudé a entrar a Cris en el coche y allí la dejé con el más atractivo de todos los padrinos del mundo, quien lloró al verla vestida de novia, pues Bruno la quería como a una hija.

Guapísimo con su chaqué, me tomó por la cintura y me besó, como siempre lo hizo en aquellos años.

—Estás espectacular de madrina, mi amor. Te veo en la iglesia. Échale un ojo a Jairo, que no se nos despiste. Yo hago tiempo con la niña.

—No, claro que no, no se despistará.

Entré a por Jairo y me lo encontré vestido de novio, con Chocolate al lado, mientras él le hablaba al perrito. Necesitaba su tiempo, él era así.

—Yo es que la quise desde el primer día que la vi, ¿sabes? En aquellos años se lo contaba a Letal a la vuelta del instituto. Y todo lo que soy se lo debo a ella. Por eso la voy a cuidar hasta el último día de mi vida—narraba.

Me paré para escucharlo y las lágrimas se me escaparon también a mí. Había certeza total en sus palabras, porque Jairo se había convertido en un hombre de palabra, lo mismo que Bruno. Ellos lo llevaban en su ADN, sabían amar a una mujer hasta las últimas consecuencias. Entré y le abracé.

—Yo sé que nadie podrá quererla como la quieres tú, mi niño. Ya ha llegado la hora…

— Oye, ¿pero no es la novia la que debe llegar la última? Eso me lo he aprendido, he mirado muchos tutoriales. Y Cris ya se ha ido, ¿no es verdad?

—Están dando vueltas en el coche, haciendo tiempo. Vámonos ya y la esperamos a pie de altar. Cris estaba muy nerviosa para seguir esperando en casa.

—¿Nerviosa por casarse conmigo?

—Sí, mi amor, muy nerviosa por casarse contigo, como lo estaba yo el día en que me casé con tu hermano.

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: Jenny Del

IG: @jennydelautora

Twitter: @ChicasTribu

Amazon: relinks.me/JennyDel

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: Jenny Del
IG: @jennydelautora
Twitter: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/JennyDel